

**ADVIENTO**

En cada celebración eucarística, tras la consagración, decimos: «*Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!*». Y al concluir el *Padre-nuestro*, el sacerdote reza: «*Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo*».

Parte esencial de nuestra fe cristiana es el hecho de que la historia tiene un principio, pero inexorablemente tiene también un final y, que a su término, lejos de abocar en la destrucción y en las tinieblas, Jesús se nos manifestará en el esplendor de su gloria. Nuestra vida tiende hacia ese final: **ver a Jesús en su poder y encontrarlo en su gloria**. Es algo que está situado en el futuro, ¡Sí!, pero que no debemos perder de vista, sino que, al contrario, tenemos que orientar nuestra vida presente de modo que podamos ir al encuentro de este final con plena confianza.

El recuerdo de nuestro final, propio en toda celebración eucarística, es reavivado al inicio de cada año litúrgico. El Evangelio que se nos proclamará este primer domingo de Adviento, está tomado del discurso escatológico de Jesús (Lucas 21,5-36). En él, hace resplandecer Jesús, el final y nos indica el modo en que debemos comportarnos para poder encontrarle, sin miedo, en su gloria. También, cuando acabe el año litúrgico (en el trigésimo tercer Domingo del Tiempo Ordinario), leeremos un pasaje del mismo discurso escatológico, para orientar nuestra mirada decididamente hacia ese futuro.

A la venida del Señor preceden, y a ella quedan vinculados, cambios radicales en el mundo actual, creado y ordenado por Dios. El sol, la luna y las estrellas son las luces que Dios creó en el cielo (Génesis 1,9-10), Él asignó también su puesto al mar, y dobló su poder. Ahora el mar traspasa sus límites y los poderes del cielo se ven convulsionados. El Antiguo testamento nos anunciaba un cambio así para el “*día del Señor*”, por obra del mismo Dios (Isaías 13,10; Joel 2,10; Ageo 2,6-21). El hecho de que estos acontecimientos aparezcan ahora, vinculados a la venida del Hijo del hombre, indican que Dios mismo se manifiesta en esa venida. Todo esto nos recuerda a los seres humanos, acostumbrados al ordenamiento físico del mundo y que nos fiamos de él; que el presente no es definitivo, sino transitorio, y anuncia al mismo tiempo la nueva creación, los nuevos cielos y la nueva tierra (Apocalipsis 21,1).

Jesús se designa como el Hijo del hombre al hablarnos de su poder divino: «*El Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados sobre la tierra... y es señor del sábado*» (Lucas 5,24; 6,5). Como Mesías y Salvador al anunciarnos su destino: «*Debe sufrir mucho, ser ejecutado y resucitar al tercer día*» (9,22-24; 17,25; 18,32-34). Como Juez y Señor al advertirnos: «*Si uno se avergüenza de mí y de mis palabras el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga glorioso junto con el Padre y los santos ángeles*» (9,26; 17,24). Y, lo completa con el anuncio radical de la transformación del mundo y su retorno glorioso: «*Entonces verán al Hijo del hombre venir sobre una nube, con gran poder y gloria*» (21,27).

La convulsión del mundo ha indicado ya, que es Dios mismo quien se manifiesta, pues, todos los elementos “*nube, poder y gloria*”, con los que queda caracterizada esta venida, hacen referencia a Dios. Jesús, como Resucitado, se mostró sólo a un grupo elegido de sus discípulos **-no a todo el mundo-**. Esta revelación, tiene lugar ante todo el mundo, **-para que todos la vean-**. Con ella, quedan también definitivamente confirmadas la misión y la obra de Jesús, llegando la historia a su final. Esta venida es la última y decisiva revelación de Jesús, que se manifiesta en su definitiva posición y dignidad, con el poder y la gloria que comparte con Dios Padre. Al mismo tiempo, es revelación de Dios, donde se nos da a conocer como Aquél que comparte su poder y gloria con su Hijo Jesucristo.

En la advertencia conclusiva, Jesús señala a sus discípulos cómo han de prepararse para el encuentro con el Hijo del hombre, **qué es lo que han de evitar y qué es lo que han de hacer**. Sus corazones no han de quedar embriagados ni han de sentirse dominados por las preocupaciones de la vida terrena: «*No andéis buscando qué comeréis ni qué beberéis; no estéis ansiosos*». Al contrario, para ellos debe prevalecer esta invitación: «*¡Levantad los corazones!*» Los corazones han de estar levantados, mirando ansiosamente, hacia Dios.

La preocupación por la vida terrena y la búsqueda de los bienes temporales pueden apoderarse del corazón hasta el punto de no ser ya sobrio y realista, sino embriagado y ofuscado, sin poder pensar ya libremente en Dios y en el final de la vida humana. El comportamiento correcto es: «*¡Velad y orad!*» Nuestro corazón debe estar sobrio y despierto. Debe orar, dirigirse a Dios. A lo largo de toda la vida, el corazón ha de estar vinculado a Dios, reconociéndolo como el Creador y Señor, dándole gracias por la vida y por todos los bienes, presentándole todas las necesidades y pidiéndole ayuda.

**Sólo el que está unido a Dios en la vida terrena, preparándose para acoger la plenitud de la revelación de Dios, puede presentarse con la cabeza alta y con plena confianza ante el Hijo del hombre y puede recibir de él la plenitud de vida.**

**DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Jeremías 33,14-16): *Suscitaré a David un vástago legítimo.*

**2ª lectura** (1ª Tesalonicenses 3,12-4,2): *Que el Señor os fortalezca interiormente.*

**Evangelio** (Lucas 21,25-28.34-36): *Se acerca vuestra liberación.*

El Adviento nos sitúa, una vez más, en la etapa de preparación para un nuevo recorrido por el misterio de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús; misterio que acompaña e ilumina nuestra vida personal y comunitaria, a la par que nos ayuda a situarnos en la historia colectiva de las personas que conviven con nosotros.

Cada día es más necesario que narremos, desde la fe vivida en comunidad, la experiencia que los creyentes vivimos comprometidos con otras gentes, en un mundo que debe ser transformado según el proyecto de Reino de Dios que Jesús, su Hijo, inició con un estilo de vida humano y religioso que nada tenía que ver con los modelos que hasta entonces se habían vivido.

Como testigos de Jesucristo, crucificado y resucitado, nosotros, sus seguidores, debemos esforzarnos por crear las mejores condiciones posibles para que el proyecto de Jesús sea conocido y vivido por el mayor número de personas. La Palabra de Dios que se nos proclama en este primer domingo de Adviento, nos propone la clave de la liberación: el pueblo necesita y va a ser liberado; debemos estar atentos y dispuestos a vivir y a colaborar en esa liberación, sobre todo en la de aquellas personas que están sometidas por el poder despótico, por la injusticia social y por el peso de sus propias limitaciones.

Cuando pasamos por delante de una librería o de un quiosco de prensa, nos preguntamos **¿quién puede leer hoy, tanto libro, periódicos y revistas como salen cada día, cada semana, cada mes?** Ciertamente es que las ediciones cada vez son más cortas y que las revistas aparecen y desaparecen; muchas veces lo único que cambia es el envoltorio (título y tapas) porque lo que interesa es vender el mayor número de ejemplares sin importar el contenido. Y cuando escuchamos la radio o vemos la televisión, tantas emisoras y cadenas, que repiten continuamente una programación insustancial y absurda; todas iguales, con un contenido frívolo, superficial, insignificante y baladí.

Tal exceso de información, lo que hace es desorientarnos, en lugar de ayudarnos a fijar la atención en lo que realmente importa. Otras veces lo que consigue es inmovilizarnos, debido al “*peso*” que se va incrementando, con tantas noticias sobre temas desagradables y tan difíciles de afrontar desde nuestra débil individualidad. También se ha introducido en el sistema actual de información la ley de mercado en el que todo se transforma en materia de compra y venta. Hay momentos en que llegamos a pensar que todo lo que nos cuentan es como una película de ficción que se termina cuando apagamos el televisor, cerramos la radio o dejamos de leer el periódico.

Lo que acontece cada día en la vida de la mayoría de las personas que habitamos en este planeta no es noticia; nunca aparecerá en una primera plana de los periódicos ni abrirá un programa de noticias de radio o de televisión. Sin embargo, los verdaderos protagonistas de la historia humana somos la inmensa mayoría de los hombres y mujeres que habitamos las ciudades y los pueblos de todos los países de la tierra: gozando y sufriendo, trabajando y descansando, destruyendo y construyendo, creando y creciendo, y así, logramos las personas, descubrir el sentido de la vida humana sobre la tierra.

Ésta es la historia verdadera; la que Dios salva, enviando a su Hijo, Jesús, para mostrar a las personas concretas, de una pequeña nación concreta, que es posible vivir la relación con los demás de manera fraterna, que Dios nos quiere como a sus hijos e hijas porque es Padre-Madre de todos y que, en demasiadas ocasiones, algunas personas quieren vivir a costa de creerse superiores a los demás, tratando de imponer y condenar a los más débiles a la parte más pesada de la vida: la enfermedad, la miseria y el hambre.

La historia de la salvación que Jesús vivió y anunció para los que vivieron con él, para todos los que ya habían muerto y para los que íbamos a vivir posteriormente, **no era ésa**. Esa historia era la que habían vivido sus antepasados y la que estaban viviendo sus contemporáneos; pero Jesús de Nazaret lo que trata de transmitir a sus paisanos es que el Padre Dios quiere que todas las personas vayamos descubriendo el verdadero sentido de nuestra vida. Para mostrarnos el camino de la vida, Jesús, en su encarnación, tuvo que abandonar «*su rango de Dios*», y algunos de sus contemporáneos quisieron que olvidara su categoría de «*hombre servidor*».

No se trata de sobrevivir de la mejor manera posible cuando la vida nos sonríe porque estamos bien física y económicamente, nadando en la abundancia y sin querer privarnos de ningún capricho; mucho menos, si para que nosotros podamos vivir así, hay otros que tienen que malvivir. Se trata, pues, de tomar la vida en nuestras manos como el mejor regalo que hemos recibido y cada uno tenemos que ir desarrollando, y ayudando a desarrollar a otros, con la participación solidaria de todos los que compartimos la vida en un mismo tiempo y espacio.

El Adviento puede ser un buen tiempo para recordar que estamos en camino, y para abandonar todo aquello que dificulta nuestra marcha.

**DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Baruc 5,1-9): *Dios mostrará su esplendor sobre ti.*

**2ª lectura** (Filipenses 1,4-6.8-11): *Así llegaréis limpios e irreprochables.*

**Evangelio** (Lucas 3,1-6): *Preparad el camino del Señor.*

Escrito unos 200 años a.C. el texto de Baruc (primera lectura) recoge los dolores y esperanzas de los deportados y anuncia un mensaje de consolación semejante al de Isaías. Por “*salvación*” se entiende aquí el regreso de la diáspora. Los hijos que se fueron van a volver, el orden alterado se va a restablecer y, lo que es más importante, el pueblo se ha reconciliado con Dios por la reflexión y penitencia.

La prisión no es capaz de enfriar su entusiasmo y disipar su emoción por la ayuda recibida de la comunidad de Filipo. Caridad no es igual a ceguera. A pesar de, o quizá gracias a, la cárcel, persecuciones y sufrimientos, Pablo (segunda lectura) da gracias a Dios por el progreso espiritual de los filipenses, por su maduración apreciativa de los valores. Las primeras impresiones deben ser sometidas a reflexión para que el juicio sea exacto.

Los cuatro Evangelios hablan de la actividad de Juan, pero sólo Lucas la sitúa en las coordenadas de espacio y tiempo en este pasaje: «*el año quince...*». Esa actividad del Bautista se estructura en tres secciones: su vocación de precursor, su predicación de conversión, su prisión y muerte.

Los datos cronológicos encuadran la gigantesca personalidad del Bautista en el marco religioso y político de su tiempo, y con tanta precisión como no se halla en ningún otro pasaje del N.T. La razón es que el tiempo se hace aquí historia de salvación. La predicación de Juan y el nacimiento de Jesús cortan el tiempo en un antes y un después. Ambos son dos personajes históricos, uno subordinado a otro. El texto de hoy, destaca el aspecto de su predicación como y en cuanto como preparación para entrar en el Reino. Su padre Zacarías había dicho que sería llamado «*Profeta del Altísimo con la misión de preparar los caminos del Señor*» (Lucas 1,76-79). Juan comienza su tarea en una fecha concreta, en una región bien delimitada, en tiempos de unas autoridades religiosas y políticas cuyos nombres se precisan. El contenido de su predicación es la conversión a Dios.

El oráculo de Isaías que se cita, adquiere en labios de Juan un significado nuevo. Del orden material se pasa al espiritual. El allanamiento de montañas y valles, el enderezamiento de los caminos torcidos y la igualación de lo escabroso, significan la preparación necesaria de los corazones para que todos puedan ver la salvación de Dios. Su bautismo no era un sacramento, pero sí un humilde reconocimiento de las faltas para hacer operativa la misericordia de Dios. La conversión consiste en hacer que Dios sea y ocupe el centro de la vida y de las actividades humanas.

Frente al convencimiento generalizado de que los grandes de la sociedad son los protagonistas que llevan la historia adelante, la insistencia de la Biblia es la de que Dios suele confundir nuestra mentalidad y llevar la historia por donde Él dispone, de acuerdo con sus planes, respondiendo a su voluntad, que es un sentido de bien para la humanidad que no terminamos de controlar, comprender ni, mucho menos, decidir.

Lucas, fiel a esta tradición bíblica, nos hace un lifting, nos da un repaso de maquillaje y peluquería, primero por los grandes de su sociedad para que queden bien en evidencia. **¿Quién conoce hoy las gestas heroicas de Pilato y los arrebatos religiosos de Anás y Caifás? ¿Por qué grandes obras y servicios a su país conocemos a Herodes?**

En cambio la Palabra de Dios se dirige al desierto, a la soledad, a la desnudez de una humanidad sin maquillajes, al ser humano que es la imagen de cualquier otro ser humano en lo esencial, buscador de horizontes, necesitado de comprensión, abierto a la transcendencia desde la pequeñez que experimenta en la grandeza del escenario cósmico y en la inmensidad de la tarea histórica que queda por hacer y ante la que siente su propia medida.

Allí, en esa soledad sin cámaras, en ese escenario sin ropajes ni maquillajes que le oculten, en medio de la realidad de su vida, Dios llama a cada uno, como a Juan, a realizar su propia trayectoria, a descubrir su propia tarea, a hacer posible el encuentro de cada uno consigo mismo y con Dios, sin el papanatismo de la imitación grotesca ante otros personajillos que nos pretenden maquillar y despersonalizar.

Dios nos convoca a colaborar con Él, en esa hermosa perspectiva que nos señala Isaías, para hacer llegar a todos la salvación, para que todos experimenten la vida como regalo lleno de posibilidades, como obsequio repleto de invitaciones, como don que llama a hacer realidad un mundo distinto en el que todos tenemos nuestra función y nuestra responsabilidad.

Hay que lavarse el cerebro, en este tiempo de preparación de la Navidad, y convertirse a la alegría, la libertad y la fiesta. Que sean otros los obsesionados por ponerse medallas a sí mismos mientras ponen verdes a los demás por irresponsables. Dios, que no nos pone verdes, pretende incorporarnos a todos sin excepción. Pero conviene que no estemos distraídos, pendientes de focos, cámaras o reconocimientos ajenos a la vida.

**LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA**

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya.*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Nos ha destinado en Cristo a ser hijos.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

*«Establezco hostilidades entre ti y la mujer. Entre tu estirpe y la suya; ella te herirá en la cabeza cuando tú la hieras en el talón»* (Génesis 3,15).

La tradición ha visto en este relato del Génesis, donde la mujer y su descendencia aparecen como enemigos mortales de la serpiente, terminando por destruirla, la prefiguración, el anticipo en el A.T. de la figura de **María**, la madre de Jesús, el Nuevo Adán, salvador de todos los hombres, por el cual el pecado fue derrotado. Además, el evangelio nos trae el saludo del ángel que declara a **María** *«la llena de gracia»* (Lucas 1,28); y el tratamiento de Isabel, llamándola *«bendita entre todas las mujeres»* (Lucas 1,42).

La lectura de estos fragmentos de la Biblia han hecho que la devoción de los fieles, de todos los tiempos, reconocieramos y proclamáramos la pureza inmaculada de **María** mucho antes de que el Papa Pío IX lo declarara dogma en 1804.

La **Inmaculada** es la Virgen de Adviento. En este tiempo de noche oscura, provocada por la ideología de un sistema injusto y opresor, que impide al hombre aspirar a la plenitud de vida, **María Inmaculada** brilla como estrella de bendición de Dios. Es el signo que Dios nos ofrece para levantar la esperanza del pueblo. Cuando el ser humano sufre una profunda crisis de muerte, aparece una mujer en *«estado de gracia»* como señal de victoria y promesa de vida.

Todas las grandes promesas pasan por una mujer. En la Biblia la historia se abre con la mujer (Eva); sigue con la mujer (Sara, Débora, Ana, Judit, Esther, Isabel...) y termina con la mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y coronada de estrellas (Apocalipsis 12,1), en lucha con el dragón, que concentra todo el poder del infierno y del mundo, pero termina siendo vencido.

Así, la **Inmaculada** quiere decir que el pecado en sus raíces más profundas puede ser vencido. Quiere decir que la historia se encamina hacia la plenitud de vida y que podemos esperar *«un cielo nuevo y una tierra nueva donde habite la justicia»*; los grandes ideales de cambiar el mundo no son meros "sueños"; otro mundo es posible y entre todos tenemos que hacerlo, poco a poco, realidad.

**María**, una muchacha del pueblo, escucha al mensajero de Dios y desde su pequeñez y fragilidad, se atreve a creer que para Dios no hay nada imposible y da su plena aprobación al mensaje divino, y se realiza la encarnación. "Encarnarse" significa que Dios asume la condición humana, comparte nuestra pobreza y acepta nuestra miseria para elevarnos a nosotros a compartir la misma vida divina. Por eso, **María** es invitada por Dios a alegrarse. La alegría en la Biblia es una nota característica de que se ha cumplido la promesa de Dios, y en **María** es una gran noticia también para el pueblo, tan necesitado de buenas noticias. En ella hemos sido favorecidos, "a-gracia-dos" todos.

**María** es bienaventurada por ser creyente y abierta totalmente a la voluntad de Dios, y Dios está a su lado. Gracias al "SÍ" de **María**, una muchacha de una aldea ignorada, Nazaret, ocurre la encarnación de Dios en la historia y se cumple el gran proyecto salvador de Dios. **María** es como la nueva Eva, de ahí la expresión: *«Madre de los vivientes»*. Por todo esto, la gracia de ser **inmaculada** más que un don personal exclusivo es un don a toda la humanidad a la que pertenece **María**, estrella de esperanza para nuestro mundo y orgullo de nuestra raza.

**María Inmaculada**, es prototipo de aquello que el pueblo está llamado a ser. Todos somos llamados a ser hijos de Dios. Todo esto es un don, una gracia, pero también una tarea, una responsabilidad. Formamos el pueblo de Dios en función y a favor de los otros. La **Inmaculada Concepción** es signo y garantía de la posibilidad de que el proyecto de Dios es realizable en esta pobre tierra; es fuerza y sustento de esperanza para el pueblo sencillo.

Según el relato del evangelio, la pobre **María** de Nazaret, la sierva del Señor, la mujer del pueblo, insignificante en la estructura social de su tiempo, es la **Virgen Inmaculada** venerada en los altares. La manera de exponer Lucas su relato está expresando que los grandes planes de Dios suceden en lo sencillo, en lo cotidiano, en medio de los pobres. Por eso el llamado "privilegio mariano" es en realidad el "privilegio de los pobres". La gracia de la que **María** está llena es patrimonio de todo el pueblo. **María**, sobre quien posa con predilección la mirada del Altísimo, constituye más que nunca para la Iglesia modelo y estímulo para convertirse, cada vez más, en Iglesia de los pobres.

**DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO**

**1ª lectura** (Sofonías 3,14-18a): *Alégrate y gózate de todo corazón.*

**2ª lectura** (Filipenses 4,4-7): *Estad siempre alegres en el Señor.*

**Evangelio** (Lucas 3,10-18): *Viene el que puede más que yo.*

Este domingo llamado “*Gaudete=alegraos*” empieza con una triple llamada a la alegría. Sofonías (primera lectura) pertenece a los llamados “*profetas menores*” y es el primero en identificar el futuro reino mesiánico como “*el reino de los pobres*” bajo la conocida expresión de «*pequeño resto de Israel*». Esa pequeñez, pobreza, humildad, es una virtud moral que se opone al orgullo de los que rechazan a Dios en sus vidas. Si otros textos proféticos amenazaron con el “*terrible día del Señor*”, este texto es un himno de alegría por la presencia de Dios en la Jerusalén reconstruida y nos introduce de lleno en la alegría de Navidad.

Es una alegría que ocupa a todo el hombre y, brotando del corazón, se expresa exteriormente en gestos y cánticos. Si Dios viene a colmarnos de sus dones, todos deben alegrarse con su presencia, incluso los desposeídos de bienes naturales. El texto tiene alcance mariano. María es la gran figura del Adviento. Ella recibió del ángel una invitación a la alegría, «*alégrate María*», y la aseguró contra todo temor porque «*el Señor está contigo*».

El motivo de la alegría de María se repite en el texto (segunda lectura) de los filipenses: «*el Señor está cerca*» y Pablo se mantiene en el tono de Sofonías: «*alegraos en el Señor*», según Pablo, la alegría debería ser una característica de la vida cristiana (1ª Tesalonicenses 5,16; Romanos 12,12 etc.). Esta alegría sería testimonio de la posesión de Cristo que atraería la atención de los que no creen. La alegría del Adviento no tiene los tonos triunfales de Pascua, ni los ardores apostólicos de Pentecostés. La alegría del Adviento es más bien interior, replegada en sí misma, en gesto de acogida y de impaciente adoración del Señor que viene.

Hay personas que cuando se acerca este tiempo, parecen desear que no llegase nunca. Se sienten molestos ante el bullicio y la alegría callejera, porque recuerdan a sus seres queridos recientemente fallecidos, o están atravesando malos momentos en su vida familiar, o en su vida personal; quizás están en el paro, o con un salario en precario que no les llega apenas para vivir, quizás tengan mala salud o algún familiar que padece una larga enfermedad y piensan: **¿Qué sentido tiene esa machacona invitación a la alegría, cuando nos sentimos como dejados de las manos de Dios?**

**¿Puede mandarse la alegría o imponerse por decreto?** Cuentan que el poeta Goethe hizo al fin de su vida esta declaración: “*no he tenido nunca en mi vida un solo día de alegría completa*”. La alegría nace unas veces del interior del corazón cuando uno consigue, por ejemplo, una meta apetecida, un objetivo propuesto.

Otras veces viene desde fuera como una alegre sorpresa inesperada, por ejemplo, cuando escuchamos unas palabras de elogio o de cariño, cuando recibimos un regalo, una llamada. Con la llegada de la alegría nos sentimos movidos a acercarnos a los demás y experimentamos nuevas energías interiores que nos impulsan a emprender algo nuevo.

Las llegadas fortuitas de la alegría apenas pueden provocarse. Pero sí es posible crear condiciones de alegría. En la vida hay cosas buenas y malas, como lo blanco y lo negro, como el día y la noche. Podemos ensombrecer nuestra existencia empeñados en restregar heridas, en ver sólo las sombras, lo negativo, los escándalos del mundo e incluso la “*pasividad*” de Dios en lugar de descubrir el bien que hay oculto y divulgar el que hay visible; nos hacemos mucho daño cuando somos más escarabajos de bajos fondos que abejas de superficie para disfrutar de la bondad de los hombres y de la belleza de la creación.

La fe nos da muchas motivaciones y perspectivas de alegría, a condición de no entenderla como una panacea universal con efecto automático. Por ejemplo la Navidad. San Pablo da la razón de la alegría que pide de los filipenses: «*el Señor está cerca*». En esa comunidad estamos también nosotros. La Navidad viene acompañada de buenas noticias. Pero la adversidad nunca está de vacaciones, ni siquiera en Navidad. Sin embargo, la razón cristiana de la alegría no es privilegio de nadie ni se identifica con lo que llamamos “*suerte en la vida*” y que nos alegra siempre el corazón.

La alegría profunda es don de Dios para todos dada como un don del Espíritu que nadie puede arrebatar. La alegría profunda espiritual, no consiste en risotadas o gritos, ni en la habilidad de hacer reír a los demás. La alegría verdadera es serenidad interior y buen humor como estado habitual del espíritu. El que tiene esta serenidad sale de sí mismo y tiende a seleccionar lo bueno y bello incluso en la adversidad. Esa es la medida que se hace patente a todo el mundo como pide Pablo a los filipenses.

Pablo no sólo nos invita a estar alegres, sino que nos recomienda que se nos note, que la gente nos vea y se contagie y comparta nuestra alegría. Y, por supuesto, la causa de nuestra alegría, que es la salvación, la gracia de Dios, la muerte y resurrección de Jesús, la compañía de María, y es también nuestra responsabilidad, nuestro compromiso y nuestros esfuerzos a favor de la paz, de la justicia y de la fraternidad.

**DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO**

1ª lectura (Miqueas 5,1-4a): *Y ésta será nuestra paz.*

2ª lectura (Hebreos 10,5-10): *Aquí estoy yo para hacer tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1,39-45): *Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.*

Encenderemos hoy la cuarta vela de la Corona del Adviento. Es la última, porque el anunciado por esos cirios está a la puerta. Se presente la llegada del Señor. Todo el que reflexiona sobre la grandeza y proceder de Dios se siente inundado de alegría. Es inminente la llegada del gran regalo de Dios, que quiere venir a nuestro mundo y quedarse con nosotros.

Las tres lecturas nos anuncian en diferentes tonos la venida del Salvador. Miqueas que es contemporáneo de Isaías, profetiza amenazas contra los abusos y la corrupción. En el texto de hoy (primera lectura) habla de la alegría en la esperanza del Salvador, que va a venir, recordando la fidelidad de Dios, que no dejará abandonado a su suerte al pequeño resto de Israel. Habla del Mesías como hombre, fuerte, capaz de liderar al pueblo y que está destinado a convertir en realidad las promesas hechas a David en cuya ciudad, Belén, nacerá.

Pablo en su carta a los hebreos (segunda lectura), también nos habla de la venida de Jesús, pero aquí como sacerdote, que no debe entenderse primariamente en relación con los sacrificios sino en su función de mediador (pontífice) entre Dios y los hombres. Esa mediación logra la reconciliación. Con ella se hace Jesús superior a todos los sacerdotes del Antiguo Testamento y sus sacrificios. A la entrada en este mundo pronuncia Jesús las palabras del salmo 39: **«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.»** Al final de su vida podrá decir, mirando atrás, que esa voluntad está cumplida (Juan 19,30).

El encuentro es el tema principal del evangelio. Nos muestra al que viene encontrándose con su precursor. El encuentro de las dos mujeres y el encuentro de los hijos en el seno de sus madres. Todavía no ha nacido el Salvador. Todavía es Adviento, tiempo de preparación para el encuentro con Dios que nos viene una vez más; el encuentro entre Dios y los hombres.

La fe debe estar sustentada, principalmente, sobre dos bases, principios o dimensiones. La primera es, indiscutiblemente **«el amor a Dios»**, nuestro creador, que debe estar siempre ante nuestros ojos, y que demostramos con el segundo aspecto o dimensión: **«el amor al prójimo»**, que debe estar presente en el amor a Dios. De no ser así, **¿qué sentido tendría la Encarnación?** El amor al prójimo se da como *control* de la veracidad del amor a Dios: **«porque si al prójimo a quien ves no le amas, ¿cómo vas a amar a Dios a quien no ves?»** (1 Juan 4,20). La fe tiene por objeto a Dios y es posesión de Dios, y la alegría de esta posesión hace que la fe sea virtud sociable, expansiva, necesariamente comunicable. El episodio de la visita de María a Isabel lo ilustra.

En la Encarnación ha tenido María una única, irreplicable experiencia de Dios. Primero escucha la Palabra de Dios a través del ángel. Luego se hace instruir sobre la manera de realizarse esa Palabra, como el mensaje de alegría por parte del ángel puede ser alegre noticia para ella. No es un **“SÍ”** porque me lo dicen, porque me lo mandan o porque así me lo han enseñado. Tampoco es un **“NO”** por incomodo y complicado. María oye y se esclarece sobre el asunto partiendo del supuesto de que la Palabra de Dios no es *“siempre clara para el hombre”*. Y acepta lo que comprende y también lo que no comprende poniendo esto a cargo de la fidelidad de Dios. Después no guarda esa experiencia celosamente para sí. Necesita salir, sacarla, exteriorizarla, **Ponerse en camino** con gozo hacia las montañas de Judea para comunicar su experiencia e incluso enriquecerla con la experiencia de Isabel. Quiere confirmar cómo la fe es también operativa en otros.

La fe puede plantearse como pregunta o discutirse como problema, pero necesita siempre comunicarse como certeza, como posesión. La fe crece en la comunicación. La fe se simboliza por la luz, **«pero nadie enciende una luz para ponerla debajo de un cubo»** (Mateo 5,15). La fe es también *“un obsequio racional”* de la mente. Necesita ser justificada para ser vivida y no para disecarla reduciéndola a conceptos. Cuando la fe se comunica unos saltan de alegría, como Juan en el seno materno de Isabel; otros cantan con alborozo: **«mi alma engrandece al Señor»** o **«dichosa tú porque has creído»**. **¿Cuándo cantamos los creyentes el entusiasmo de nuestra fe? ¿Hablamos los padres con los hijos de nuestras experiencias de fe?**

En este encuentro puede la contemplación sentir preferencia por las palabras de las madres o por los signos de los hijos no nacidos. Pero siempre habrá que hacer resaltar en María a la *“gran creyente”* como lo hacen el evangelista Lucas e Isabel. Y juntamente con su fe hay que resaltar el amor con los servicios que inspira: ser sacramento, signo de Dios, para los demás. La fe no es asunto privado ni puede ser vivida en solitario. Hacerlo así equivaldría a privar a otros de los motivos de la admiración jubilosa de Isabel y de los saltos de alegría de Juan. Como María, hay que ponerse en camino para comunicar la alegría de la salvación a todos los demás.

**LA NATIVIDAD DE JESÚS**

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *Y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Adórenle todos los ángeles de Dios.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *Al mundo vino, y en el mundo estaba.*

**¡Qué hermosos los pies del mensajero!**» Con estas palabras inicia Isaías un cántico que habla de la liberación del destierro. Las ondulaciones del paisaje desértico permiten ver aparecer y desaparecer a cualquier persona —en nuestro caso al “*mensajero que trae la buena nueva*”— que se acerque hasta nosotros. Aparece en la cresta de la duna o de un montículo y desaparece cuando el obstáculo siguiente nos lo aparta de la vista, aunque confiamos que pronto volverá a hacerse visible para los ojos y lo hará de una manera más próxima.

Ésta es nuestra esperanza: al estar más cerca, escucharemos mejor lo que nos pueda transmitir. Para que podamos llegar a verlo cara a cara es necesario que ande, que se encamine hacia el destino que le ha sido encomendado, y esto sólo es posible si mueve los pies y conoce a los destinatarios del mensaje del que es portador.

La buena nueva, de la que es portador este mensajero es que Dios viene a reinar con un estilo nuevo: no habrá derrota y castigo de los enemigos sino perdón; no buscará la imposición de una doctrina sino la propuesta de un camino de felicidad; no amontonará riquezas ni conquistará territorios; servirá con sencillez a todas las personas y a todos los pueblos de la tierra.

Los lenguajes de los mensajeros, anteriores a Jesús, aunque diversos, fueron uno. Todos ellos eran portadores del mensaje que habían recibido de otro y que sentían la obligación de transmitir para que las personas a las que el mensaje iba destinado experimentaran la preocupación de Dios por ellas.

Era ésta la manera que Dios había dispuesto para hacerse presente a su pueblo en todas las épocas de su historia. Así mantienen los piadosos israelitas la conciencia de ser el pueblo elegido para conservar las promesas que Dios ha ido haciendo de generación en generación; aunque han atravesado etapas en las que estas promesas no parecían verse. Jesús ya no hablará de promesas sino de realidades. Él va a tener un puesto de honor **«a la derecha de Dios Padre»**, hará posible que todos nosotros también tengamos acceso al Padre y que el título de hijos e hijas sea mayor que el de ángeles.

Por eso, hablar y aspirar en la comunidad cristiana a títulos y dignidades que no sean los de hijos de Dios y mantener relaciones desiguales —superior e inferior— entre sus miembros es alejar a Jesús de la vida de las personas. Él quiso que entre sus discípulos y seguidores hubiera siempre relaciones fraternas y que, a la hora de acercarse a las gentes, lo hicieran en actitud de servicio desinteresado. Nos preguntamos muchas veces sobre la posibilidad de cambiar este mundo. Soñamos con un mundo en que la pobreza sea erradicada, en que la justicia sea cosa del pasado, en el que la crueldad suene a perversa alucinación. **¿No será posible la hermandad? ¿No llegaremos a reconocer la sagrada dignidad del más insignificante de los hombres?**

También Dios pudo preguntarse: **¿Tendré que destruir este mundo perverso y pensar en otro nuevo?** Y Dios encontró la respuesta en su corazón. **¡Sí, otro mundo es posible! El mundo no será destruido, sino renovado.** Y hoy resuena la decisión divina: **«Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado.»** y su nombre será **“Enmanuel”**, - Dios con nosotros-. Nos ha nacido un Dios Salvador. Pero no nos salvará desde fuera, sino desde dentro, uniéndose sustancialmente al hombre y curándole desde su raíz. Dios se hizo hombre para que el hombre se haga dios. Misterio del amor más grande.

Entonces, si Dios está con nosotros y en nosotros, ya no hay lugar para la desesperanza o el pesimismo. Los más grandes sueños y los mejores ideales son posibles. Todo hombre, el mundo entero, recibirá una sobredosis de espíritu, una inmensa capacidad de renovación y transformación.

- Las armas no sólo no se entierran, sino que se multiplican y perfeccionan. **¿Será posible un mundo limpio y solidario?**
- La paloma de la paz no deja de recibir heridas. **¿Prevalecerá la palabra sobre el fragor belicoso?**
- La mentira y el error desfiguran o ahogan la verdad. **¿Resplandecerá la verdad sobre el error y la mentira?**
- La injusticia y la codicia desertizan la vida. **¿La solidaridad se impondrá sobre el egoísmo?**

**SÍ**, porque **LA PALABRA SE HIZO CARNE**. Misterio de humildad y despojo, de cercanía y empatía, de fraternidad y salvación. La Palabra viene en ayuda de las palabras. **La Palabra divina se hizo hombre**. Será para el hombre luz y victoria. Nos enseñará los caminos de la libertad y de la vida. Nos enseñará la infinita realidad del Padre y la gozosa verdad de nuestra fraternidad.

**¿Pero no será demasiado arriesgado? ¿Conoce bien el terreno que va a pisar? ¿Ha medido bien la fuerza de las tinieblas?** La Palabra no teme porque es **AMOR**. Y la persona que vive en el amor es invencible. Si acogemos la Palabra-Amor y nos dejamos amar; si creemos en la Palabra encarnada y liberadora, seremos revestidos de la fuerza de lo alto y la mayor de las utopías será posible.

### LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1ª Samuel 1,20-22.24-28): *Este niño pedía yo al Señor, ahora se lo cedo.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2.21-24): *Cuanto pedimos lo recibimos de Dios.*

Evangelio (Lucas 2,41-52): *Pero ellos no comprendieron lo que quería decir.*

Al parecer no existen recetas de aplicación inmediata para resolver la crisis generacional en las familias, y tampoco parece que podamos hallarlas en la Palabra, aunque sí que podemos encontrar algunas orientaciones de fondo. Tomemos, por ejemplo, la primera lectura y el evangelio, que tienen un enmarque común: el templo y la peregrinación anual de la familia judía.

Reconstruyamos las vicisitudes de Ana. El año anterior había venido al templo a orar «*al Señor llorando sin consuelo*» por su humillación de mujer *ofendida*, estéril. Al principio, en medio de las lágrimas, había logrado balbucear algunas palabras, con las que había invitado al Señor a «*mirar la aflicción de su sierva*» y a *acordarse* de ella. Después, según se iba prolongando la plegaria, las palabras se secaban. «*Ana oraba para sí; se movían sus labios, pero no se oía su voz*». Por eso, el sacerdote Elí creyó que estaba *ebria*. Ella reaccionó con firmeza y dignidad: «*No, señor; soy una mujer acongojada; no he bebido vino ni cosa embriagante, sino que me estoy desahogando ante el Señor*». Dios se ha *acordado* de aquella pobrecilla. Y ahora, después de un año, la mujer de Elcaná ha dado a luz un hijo al que ha llamado: Samuel «*porque se lo he pedido al Señor*», exclama, refiriéndose al nombre.

También Eva, cuando dio a luz a Caín, no pudo por menos que expresar la propia maravilla con una frase análoga: «*He adquirido un varón con el favor del Señor*» (Génesis 4,1). Así el primer nacimiento humano es puesto bajo el signo de la alabanza a Dios. Eva no quiere ver en el nacimiento de un hijo un fenómeno puramente biológico. Está convencida de que la venida al mundo de un niño exige la *complicidad* de Dios. Y su exclamación expresa una experiencia fundamental: el niño, aunque llega a través de una vía normal, natural, *es milagro*. Y, desde el momento que «*Ha adquirido un varón con el favor del Señor*», no puede establecer con el hijo una simple relación de posesión, ejercitar sobre él un poder total. Debe asumir una postura de sorpresa y, sobre todo, de respeto al misterio contenido en aquel hecho natural.

Ana no se limita a expresar a Dios, estupefacta, la propia alabanza, siente la exigencia de corresponder, de restituir. Y he ahí, que apenas el niño ha sido destetado, lo lleva al templo y lo entrega definitivamente al sacerdote Elí –el mismo que la había confundido con una ebria cuando rezaba desconsoladamente– resumiendo de una manera estupenda toda la historia y el significado de su gesto. *Yo soy la mujer que estuvo aquí, junto a ti, orando al Señor. Este niño pedía yo y el Señor me ha concedido la petición que le hice. Ahora yo «se lo cedo al Señor» por todos los días de su vida.* “*Cederlo*” a Dios significa considerar al hijo no como *propiedad* intocable, sino como don. Ana, *renuncia* a disponer de él. Lo pone a *disposición*. En lugar de ejercitar unos *derechos*, aplica la *gratitud*. No utiliza la *reivindicación*, sino que asume la *responsabilidad*.

Lo mismo hará María con su inigualable “*maternidad sacrificial*”. El episodio del *hallazgo* en el templo permite a Jesús aclarar el sentido de la propia misión: «*Debía estar en la casa de mi Padre*» (según la traducción más exacta). En lo que respecta a esta misión, Jesús se declara *independiente* de la autoridad familiar. Él ha de *responder* a un Padre, que no es el terreno. «*...Pero ellos no comprendieron lo que quería decir*». Sin embargo «*su madre conservaba todo esto en su corazón*». Es la postura típica de la fe frente al misterio: la *adoración*.

También el cuadro presentado en la primera lectura se concluye con un gesto significativo: «*Y se postraron allí ante el Señor*». No es cuestión de discutir o razonar, sino de acoger, adorando, una realidad que nos trasciende. Los dos episodios, aun en su sustancial diversidad por las circunstancias y por los protagonistas, contienen una lección válida para todos los tiempos y todas las culturas: *el respeto del misterio. Cada hijo es portador de un misterio.*

Existe una vocación personal, única, irrepetible, que no puede sacrificarse a nuestros caprichos egoístas, a nuestras ambiciones, a nuestras programaciones unitarias. Visto de una manera más general: cada componente de la familia representa una realidad sagrada que ha de respetarse. Ninguna postura arbitraria contraria a la dignidad y a la libertad debe *profanar* esa sacralidad que es propia de cada persona.

Aparentemente las dos vidas tienen resultados distintos. Ana *pierde* al hijo voluntariamente en el templo. María lo encuentra en el templo y se lo lleva a casa «*Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad*». En realidad, los dos hijos son *cedidos* al Señor y a su proyecto. Sus destinos ya superan el marco limitado de la familia. Cada hijo es *ofrecido*, no retenido, aprisionado en nuestros horizontes y esquemas *limitados*.

Custodiar no significa *sofocar*. Seguir no quiere decir *estorbar*. Proteger no hay que confundirlo con *sustituir*. Renunciar a toda pretensión de posesión y dominio sobre ellos, es dejarlos marchar al mundo para vivir su vida; para después reencontrarlos en la libertad y en el respeto de su itinerario *irrenunciable*. Dios restituye el don (**¡el don que es suyo!**), transformándolo en novedad y sorpresa, y pidiéndonos que lo acojamos en un ser diverso, diferente de nuestras pretensiones, planificaciones y... manipulaciones.



**SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS**

1ª lectura (Números 6,22-27): *El Señor se fije en ti y te conceda la paz.*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Así que ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *Y le pusieron por nombre Jesús.*

Hoy nos sentimos como el que recibe un regalo y lo desenvuelve entre sorpresa y agradecimiento, entre inquietud y posibilidad. Dios nos regala un nuevo año, sin estrenar, todo para nosotros... En este tiempo, que hoy comienza, escribiremos historias, acontecimientos, encuentros, sueños... unos positivos y otros no tanto. Acabamos de desenvolver este regalo, nos felicitamos y nos hacemos preguntas: ¿Sabremos usarlo? ¿Aprenderemos de errores pasados? ¿Seremos capaces de compartir este regalo? Son más las preguntas que las respuestas, más la ilusión que la certeza; más los proyectos que las realidades.

Al comenzar este año volvemos a escuchar (primera lectura) y sentir la bendición de Dios que cada día nos envuelve y acompaña: *«El Señor te bendiga y te proteja. Ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz»* ¡Qué bien nos sienta recibir esta bendición al comienzo de año! Dios nos la regala y ofrece a cada uno de nosotros, pero también a la humanidad en su conjunto, sedienta de bendición, ansiosa de paz.

Hay veces que olvidamos el sentido de muchas de las cosas que hacemos; nos resulta normal repetir costumbres, celebrar ritos, decir formulas aprendidas... acciones que rayan la superstición o, por lo menos, están lejos de su significado profundo. Hoy la bendición de Dios se hace realidad en la vida de una persona que vive ilusionada a pesar de su enfermedad; en el compromiso activo de jóvenes y adultos en ONG y asociaciones que trabajan por el bien común; en la oración de una monja contemplativa y en la acción de aquel que es capaz de renunciar al interés propio a favor de bien común.

La bendición de Dios la recibimos en la Eucaristía y en la Iglesia, pero también viene de la mano de movimientos sociales que nos recuerdan que *“otro mundo es posible”* y plantan la semilla de la justicia y la paz. Cuanto nos enseña la presencia de personas de otros países que cuidan a nuestros ancianos y nos enriquecen con su cultura y sus valores. Sin dejar de lado a tantas y tantas personas que desde el mundo profesional, cultural, obrero... no se conforman con la realidad establecida sino que luchan por un mundo más justo para todos. Ellos son la bendición de Dios.

Dios nos tiende su mano y nos da a su Hijo (segunda lectura), para hacernos a nosotros hijos suyos, miembros de su familia. Somos parte de la familia de Dios, y queremos estar atentos a su voz, a su proyecto y sentir su gracia que nos transforma en bendición para todos. Cada uno de nosotros somos parte de la bendición de Dios para los demás. Hoy levantaremos la copa de la justicia y la solidaridad, la copa del esfuerzo y del bien común, la copa de la entrega a los necesitados... esa copa no ha de quedar ajena a la vida de tantos *“empobrecidos”* de nuestro mundo, de cerca y de lejos. Nuestro brindis hoy tiene que concentrarse en el compromiso por los pobres, los desheredados, los sin techo, los sin trabajo, los que lo han perdido todo: los que han perdido hasta la paz.

La Iglesia (nosotros) está llamada a anunciar la Buena Noticia, transformando la realidad y enriqueciéndola con el Evangelio, con los valores y la vida de Jesucristo. La paz es, en la Biblia, la mayor de las bendiciones. La paz es don y tarea, donde todos estamos convocados. Una paz que se apoya en la justicia, en el perdón, en la verdad... Hoy más que nunca escuchamos *«dichosos los que construyen la paz, porque Dios los llamará sus hijos»*.

La fiesta central del día es **Santa María, Madre de Dios**, y a ella dirigimos nuestra mirada y nuestra oración. Ella es la primera de tantas *“madres coraje”* que han conocido, escuchado y seguido a Jesucristo. Desde el sí incondicional a Dios que afecta a toda la existencia entendemos su vida sencilla y luchadora, discreta y profética, contemplativa y arriesgada. Ella ha sabido mirar la realidad con el cariño con que Dios la mira, se ha fijado en los favoritos del Padre y ha apostado toda la vida en el proyecto de Dios. Hoy le pedimos nos enseñe a mirar la vida con un corazón abierto y agradecido, nos ayude a seguir los pasos de su Hijo y a construir la gran familia de los hijos de Dios.

Dios nos bendice, hoy y siempre. ¡**Feliz Año Nuevo!** Que cada día esté lleno de su amor; que en cada jornada de este año que comienza descubramos su llamada; que en todo momento seamos trabajadores de un mundo como Él lo sueña: un mundo en PAZ.

**DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD**

**1ª lectura** (Eclesiástico 24,1-2.8-12): *Eché raíces en la porción del Señor.*

**2ª lectura** (Efesios 1,3-6.15-18): *Nos predestinó para ser hijos adoptivos suyos.*

**Evangelio** (Juan 1,1-18): *A los que le recibieron les da poder para ser Hijos de Dios.*

¿Entenderían mucho del “*prólogo*” de san Juan los destinatarios de su Evangelio? Quizá menos incluso que los cristianos de hoy. Es un texto denso en teología que se leía al final de cada misa en la antigua liturgia en latín, y en la actual se repite varias veces en tiempo de Navidad. Se trata sin duda de un texto importante. Pero incluso una persona suficientemente instruida en cultura religiosa se encontrará incómoda frente a expresiones y conceptos aquí utilizados, como “*el Verbo*” (en latín), “*Logos*” (en griego), “*La Palabra*” (en castellano), *que existía ya en el principio y era Dios...* La Lectura resbala fácilmente como si nada tuviera que ver con la vida, con la vida de cada día más en particular, y sin embargo expresa una realidad espiritualmente vital que necesariamente hay que meditar.

Se repite una y otra vez el término “*palabra*”: En el principio existía la **Palabra**, la **Palabra** era Dios, todo se hizo por medio de la **Palabra**, en la **Palabra** había vida, la **Palabra** era luz... y la **Palabra** se hizo carne. Ahora bien la palabra o palabras son el vehículo normal de comunicación humana, son necesarias para la comunicación y desarrollo. Es la primera experiencia que todos los padres enseñamos a los hijos.

Pronunciar una palabra es como salir de sí mismo para entrar en la mente y corazón del otro. Las palabras tienen a veces fuerza para desencadenar energía y poner en marcha un proceso. Obedientes a la fuerza creadora de la Palabra de Dios iban saliendo sucesivamente las cosas de la nada. En el uso humano las palabras-orden o mandato ponen en marcha un proceso. Si las palabras son entendidas y aceptadas cumplen eficazmente su cometido de comunicación; si no son entendidas o no son obedecidas, entonces su ineficacia, hace que quede flotando en el aire.

Cuando san Juan llama «**Palabra**» al Hijo de Dios encarnado, está hablando de la mejor forma posible de comunicación que Dios mismo, tiene para comunicarse con los hombres. Dios que nos habló primero por los profetas, nos habló después por su Hijo, su **Palabra**. Y al hablarnos está Dios como saliendo de sí mismo para entrar en la mente y corazón de los hombres. Es el gran misterio de la Encarnación. Pero si esa Palabra no es oída o no es aceptada queda privada de su eficacia.

Es sorprendente y decepcionante la advertencia hecha por Juan sobre la manera como los hombres reaccionaron ante la aparición de esta Palabra de Dios. En su nacimiento hubo ya un cierto rechazo por cuanto no había lugar para él en la posada y tuvo que nacer desvalido en un portal. Espiritualmente vino a los suyos por su mensaje, pero los suyos no le recibieron. Sin embargo, la Palabra de Dios no puede desvirtuarse en sí misma por el rechazo de los hombres.

A cuantos la recibieron o la reciben les da poder para hacerse **hijos de Dios**. En esta posibilidad consiste el gran desarrollo, la gran promoción del hombre que puede, desde entonces, expresarse en lenguaje de Dios, vivir en Dios y ser alimentado con la vida de Dios. Es el gran mensaje de Navidad.

Independientemente de la aceptación o rechazo por parte de los hombres Dios es eficaz en sí mismo y para todos los que le reciben como don. Los regalos no se imponen precisamente por su gratuidad. El don de sí mismo que hace Dios en su Hijo puede ser rechazado y puede ser aceptado. La fe es ante todo un don, por lo tanto es gratuita. Sólo en segundo lugar es exigencia o compromiso de vivirla. El orgullo no acepta favores fácilmente porque no quiere ser deudor de nadie. El corazón abierto a su propia verdad de criatura limitada está también abierto al enriquecimiento por parte de su Creador.

Si formulásemos la pregunta de **¿Ha tenido usted alguna experiencia de Dios?** Unos escépticamente moverán los hombros extrañados, *¿eso no es para ellos!* Otros nos responderán que sí, que han sentido cómo en ocasiones Dios ha estado a su lado. Pero quien celebra la Navidad en la fe, tiene ya en esa misma celebración una experiencia de Dios. Porque la fe en el **Emmanuel, Dios con nosotros**, es una profesión en el Dios de la revelación, en que el Dios de la trascendencia se hace inmanencia, esencia, naturaleza; se deja ver, palpar, oír, interpelar.

Adentrémonos hasta el centro de la fe cristiana. Dios vino a los suyos, a su Creación. Dios viene a mi vida y mi historia, a tu vida y tu historia, a nuestra vida y nuestra historia: la fe en esa venida es ya una experiencia de la cercanía de Dios. Nadie va a misa por el hecho de saber que existe en alguna parte una Causa primera que lo hizo todo o Ser supremo que lo gobierna todo, sino porque existe una **Palabra** que es Dios y se hizo carne, habitó y se ha quedado en medio de nosotros como alimento, para que todos los que le reciben participen de la vida divina, la que corresponde a los que son **hijos de Dios**. Con el mensaje de Navidad cambia la vida y el destino del hombre.

**«Reconoce, cristiano, tu dignidad. Y una vez hecho hijo de Dios y admitido a su familiaridad, no deshonres esa dignidad y obra conforme a lo que eres»** (San León Magno).

## **LA EPIFANÍA DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Isaías 60,1-6): *Sobre ti amanecerá el Señor.*

**2ª lectura** (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

**Evangelio** (Mateo 2,1-12): *Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo.*

El relato de los Magos de Oriente creemos saberlo de memoria, lo conocemos perfectamente, estamos tan familiarizados con él que quizás nos extrañe las cosas que dice la narración evangélica de Mateo. Esto sucede, por ejemplo, con la ubicación del niño con su madre en una casa y no en el portal de Belén; se encuentra sólo con su madre y no con José y los animales: el buey y la mula. El relato evangélico tampoco dice que fueran reyes y que fueran tres; solamente indica que le rindieron homenaje; no dice cuantos eran; y que en los cofres –tampoco dice su número– había oro, incienso y mirra. La tradición iconográfica posterior ha tenido que representar un número concreto de Magos y los ha convertido en reyes poderosos que visitaban a otro rey, aparecido misteriosamente.

Nosotros siempre hemos considerado este día como “*mágico*” y también hemos hablado siempre de regalos, cosa que no se dice en el texto; lo que se dice es que le llevaron unos presentes, que en aquella época significaban el reconocer la importancia de una persona a quien se quería rendir un homenaje. Las otras lecturas de la Palabra de Dios, que se nos proponen para la liturgia de la fiesta de la Epifanía (o manifestación) del Señor, nos pueden ayudar a comprender el significado de los datos y símbolos que aparecen en este pasaje de los Magos de Oriente colocado, sólo por Mateo, en los capítulos de la infancia de Jesús.

Las personas que vivimos en las ciudades siempre que salimos a la naturaleza, nos sentimos atraídos y fascinados por la cantidad de estrellas que vemos en la noche; ya que las luces de la ciudad, la contaminación de los vehículos y otros obstáculos ocultan su brillo. En las ciudades es otro tipo de estrellas, o de superestrellas, las que atraen; es otro tipo de luz el que seduce y al que se dedica tiempo y esfuerzo. De ellas, personas muy serias y aparentemente responsables de grandes eventos y negocios lucrativos, dicen que ayudan a la felicidad de millones de personas que les admiran, les imitan y van tras ellas para hacerse fotografías, estrechar sus manos y pedirle autógrafos.

La llamada e invitación que hace el profeta Isaías (primera lectura) es a un pueblo, a un grupo de personas, que se han ido dispersando por diferentes lugares, creando diferentes colectivos, pero que tienen algo común; una promesa y su posible realización. Esto les mantendrá unidos y esperanzados en los tiempos oscuros de la desilusión y de la pequeñez; y lo que aparezca tendrá que ser algo nuevo para evitar la tentación de volver al pasado.

La situación socioeconómica actual provoca que las personas vayamos de un lado para otro, buscando mejorar nuestra propia situación. Aunque históricamente y por diferentes causas la inmigración ha existido siempre, hoy la conocemos y tratamos a escala mundial.

Este movimiento de personas y de culturas diferentes provoca la entrada de algo nuevo en estructuras viejas; muchos pueblos y naciones se ven afectados en su forma de vivir y en las mismas relaciones entre sus ciudadanos: El miedo a cambiar, el riesgo a perder la propia identidad, el desconocimiento del idioma y de las costumbres de los otros provocan el fenómeno de encerrarse en lo propio y no dar paso a lo nuevo. Se da incluso el rechazo de los que vienen de fuera por verles como competidores a la hora de acceder al mercado de trabajo, a la sanidad, a la enseñanza, etc.

La tarea de los “*creyentes*”, junto a todas aquellas personas de buena voluntad, es ser “*memoria histórica*” de la situación de inmigrantes por la que los distintos pueblos hemos pasado en diferentes momentos de la historia; a la vez que recordamos cómo nos hemos aprovechado de sus riquezas naturales en los tiempos de las distintas colonizaciones.

La televisión, ventana abierta a todo el mundo, da a conocer todas estas cosas que suceden en los diferentes rincones del planeta. Esto hace que los que menos tienen estén dispuestos a arriesgar hasta su propia vida para alcanzar el nivel de vida económico del que aparentemente disfrutamos los habitantes de la otra parte del mundo.

¡Qué equivocados! Cuánto engaño hay en la propaganda consumista, no sólo de productos materiales e ingenios tecnológicos, sino también en cuanto a la forma de vida de nuestros países, llamados desarrollados (como bien ha quedado demostrado en la reciente crisis económica).

La propaganda no cuenta a costa de qué las personas accedemos a ese nivel de vida que parece tan extraordinario. La cantidad de horas de trabajo dedicadas para obtener esas cosas sin plantearse siquiera si son necesarias. Tampoco dice la propaganda lo que no puedes hacer al disponer de menos tiempo para ello; así sucede con las relaciones familiares y con los planes con los amigos.

Por eso, entre nosotros llamamos un buen “*regalo*” al disponer de tiempo suficiente y al encontrar espacios gratuitos para cultivar la amistad y para que todos podamos crecer en unas relaciones familiares sólidas y enriquecedoras; de tal manera que nos resulte natural el **caminar a su Luz** y poder trabajar voluntariamente en la construcción de un mundo más justo y fraterno con personas de cualquier sitio, raza o religión.

**Ese es el mejor regalo que podemos desear en este día.**

**EL BAUTISMO DE JESÚS**

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Sobre él he puesto mi espíritu.*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Lucas 3,15-16.21-22): *Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.*

Juan abrió el camino a Jesús. Preparó los corazones, propició la conversión y puso al pueblo en expectación. Entonces aparece Jesús para ser bautizado. Jesús sintió al Padre tan cerca y al Espíritu tan dentro; fue una experiencia de fuego, un momento de intensa oración: **«Y mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma y se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto.»**

La historia de la salvación se realiza con admirables y dramáticos descensos. El Padre y el Hijo descienden con frecuencia sobre la criatura humana para remediar algunas de sus miserias. Nos prueba el amor misericordioso de Dios que nunca abandona a sus hijos. Son descendimientos ocasionales, como visitas familiares o encuentros de amigos. Recordemos cuando Dios paseaba con Adán en el paraíso **«a la hora de la brisa»** (Génesis 3,8), o salía en su busca; cuando Dios se sentaba a la mesa con Abrahán; cuando se comunicaba con Moisés de tú a tú. Y el Espíritu no cesaba de descender sobre patriarcas, jueces y profetas.

Pero en la plenitud de los tiempos, Dios, movido por un amor infinito al hombre, quiso descender de manera radical y definitiva. Fue cuando el Hijo de Dios, despojándose de su divinidad, se encarnó en las entrañas purísimas de María, asumiendo la condición humana de manera sustancial. **«Se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo»** (Filipenses 2,7). **La Palabra que estaba junto a Dios aterrizó en el vientre de María.**

Descendió por amor al hombre, para salvarnos, no desde arriba, sino desde abajo, desde dentro, compartiendo en todo nuestra condición humana, *menos en el pecado*, aunque **«en una carne semejante a la del pecado»** (Romanos 8,3). El Hijo de Dios se hace *hijo del hombre*. Aparece no como triunfador, sino como siervo. Se pone a nuestro servicio, nos da la mano, cura las heridas, lava los pies. Es un descenso continuado.

Y ahora, en el bautismo, otro descenso mayor. Aparece, precisamente en la cima geográfica más profunda de la tierra, para ser bautizado, en un *bautismo general*, mezclado entre pecadores, como un pecador más. Jesús no tuvo pecado, pero Dios **«le hizo pecado por nosotros»** (2 Corintios 5,21). Asumió el *pecado del mundo*. ¿Puede darse un descenso mayor? Bien está que asumiera nuestra fuerza, nuestros éxitos, nuestras alegrías, nuestros amores, pero asumió también nuestras miserias, nuestras torturas, nuestros pecados...

El *hijo del hombre* desciende hasta el final. Cuando entra en el Jordán es como bajar a las profundidades del abismo, a lo más hondo del infierno. A lo largo de la historia Cristo sigue descendiendo, uniendo su presencia a los más pobres y excluidos de la sociedad. Sigue tomando opción por los más pequeños, **porque no vino a ser servido, sino a servir.**

En el bautismo de Jesús se adelanta el tiempo nuevo, la era de la gracia y la misericordia. Es el paso de la ley que condena, al Espíritu que salva. Cuando Jesús sale del agua, anticipo de la Pascua, todo huele a tierra nueva, el cielo y la tierra se abrazan y se compenetran. Cuando Jesús sale del agua el Padre se hace presente, su palabra penetra hasta el fondo **–Tú eres mi hijo–**, y el Espíritu, Ungüento y Paloma, anida en su corazón. Es una experiencia tan intensa y gratificante que marcará a Cristo, el *Ungido*, para siempre. Siempre en dependencia filial al Padre, siempre alentado y movido por el Espíritu. Cuando Jesús sale del agua se inaugura el Reino de Dios. Es un Reino de perdón y de gracia, de alegría y confianza, de salvación y santificación. Es Dios mismo que se acerca y se hace presente. Jesús lo proclama enseguida: **«El Reino de Dios está cerca»**. Es lo mismo que decía Juan; pero ahora con más cercanía y más verdad, porque el Reino de Dios se personaliza en Él. Jesús es la cercanía de Dios y la gracia de Dios. Por eso, **«hoy se cumple esta escritura»** (Lucas 4,21).

Y nosotros ya estamos dentro del Reino de Dios, o también podemos decir que el Reino ya está dentro de nosotros, pero como fermento. El Padre también nos dice *tú eres mi hijo*. El Espíritu también nos unge y mora en nosotros. Estamos, pues, *divinizados*. Seamos consecuentes con estas realidades: Hemos sido bautizados en Cristo, no para ser servidos, sino para servir. Como Cristo hemos sido ungidos y enviados para evangelizar a los pobres, para proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos.

Esta dimensión diaconal, que exige tanta humildad y tanta caridad, es constitutiva de la Iglesia. Afecta, de algún modo a toda su misión y a todo bautizado. No es tarea de un grupo, sino de toda la comunidad. Todos somos servidores y voluntarios, no sólo los integrantes del Voluntariado, los de Cáritas o los visitantes de enfermos, ellos, en todos sus niveles, estimula, enseña, encauza y coordina esta dimensión eclesial, pero no suplente la responsabilidad y la vocación de todos. Todo cristiano, seguidor de Cristo, tiene que distinguirse de los otros por su mayor generosidad, ha de ser quien abra el camino, quien vaya delante y esté presente allí donde nadie quiera ir. La conciencia de que Jesús se ha entregado por nosotros hasta la muerte, tiene que llevarnos a vivir, no ya para nosotros mismos, sino para él y con él, entregarnos a los demás.

**DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 62,1-5): *A ti te llamarán "Mi favorita".*

2ª lectura (1ª Corintios 12,4-11): *El mismo y único Espíritu obra todo esto.*

Evangelio (Juan 2,1-11): *Haced lo que Él diga.*

Acabamos de celebrar los días de fiesta de la Navidad y del Año Nuevo. Resuenan aún entre nosotros cantos de amor y de paz. El pasado domingo, la fiesta del Bautismo de Jesús nos presentaba a nuestro Señor ya adulto, comenzando sus años de anuncio y realización del Reino de su Padre Dios, que son también nuestro Padre y nuestro Reino. A esa hermosa tarea somos invitados todos nosotros a lo largo de nuestra vida siguiendo los pasos y el ejemplo de Jesucristo.

Hoy vemos a Jesús asistiendo a una boda sencilla, un tanto improvisada. Se casan un chico y una chica, jóvenes, desde luego. La boda es uno de los acontecimientos humanos más gozosos y gratificantes. No se celebra tanto al novio y a la novia, sino el amor entre ambos, esa realidad misteriosa que todo lo crea y lo recrea.

La boda y el amor de los esposos expresa muchas veces en la Biblia el amor de Dios a su pueblo. La boda de Caná apunta pues a las bodas de Dios con el hombre. Es una de las más hermosas revelaciones de Dios, como puede verse en los profetas: *«Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó. La alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo»*, nos ha dicho Isaías.

También el Bautista se refiere a Jesús como el Novio (Juan 3,29), y el mismo Jesús alude a ello: *«¿Pueden acaso los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos?»* (Mateo 9,15). Quiere todo esto decir que Dios nos ama con un amor tan apasionado y entregado, como el mejor de los novios. En Jesucristo Dios nos ha manifestado su misericordia y su ternura, su generosidad y su gracia. Y lo que nos pide, antes que nada y más que nada, es amor, como el de una novia encariñada y entregada.

Esta experiencia de amor, que desde distintas vocaciones, es vivida por cada uno de nosotros, no está exenta de dificultades. En ese *"nido de amor"* y de muy diversas maneras, se presentan desiguales pruebas, problemas de los que brotan no pocas *"criaturas"* y en donde muchas vidas son *"abortadas"*, cercenadas hasta en el mismo momento que empezamos a soñar ilusionadamente y nos lo planteamos con distintas preguntas: **¿Cuándo y cómo nos vamos a casar?, ¿dónde vamos a vivir?, ¿de qué ha servido estudiar una carrera?, ¿tanto sacrificio, vale para algo?**

Estas y otras cualesquiera situaciones, más o menos parecidas, hacen que las relaciones se alteren, y el amor entre los novios o esposos se perturbe y enfríe. Lo sabemos por experiencia, y lo vemos cada día en los medios de comunicación, que con todo lujo de morbo y detalles nos presentan las tragedias que tienen como fondo unas relaciones de desamor que llevan, algunas veces, hasta la muerte. Las víctimas son con demasiada frecuencia mujeres, y siempre los hijos.

Hay también entre nosotros otras vidas que sin llegar a salir en ese escenario público de la tragedia, viven la dureza de desdichas anónimas, desconocidas de casi todos. Son esas parejas a las que *"no les queda vino"*, signo de una alegría que ellos no disfrutaron y que nos tropezamos con demasiada frecuencia: *No les queda dinero para llegar a fin de mes; carecen de un empleo digno y estable; han de pagar una elevada y gravosa hipoteca de un piso durante demasiados años; los turnos de trabajo hacen difícil la convivencia;* para muchos son escasos los momentos de encuentro, sereno y enamorado.

El apuro de los novios de Caná no es de la gravedad de los ya mencionados. No tenemos los nombres de estos jóvenes, pero si sabemos que Jesús, su madre y sus discípulos están allí invitados. María, la madre pendiente de la más mínima de nuestras necesidades, se dan cuenta de que nos les queda vino, y sin hacer apenas caso de la negativa: *«mujer, aun no ha llegado mi hora»*, ordena a los criados: *«haced lo que Él os diga»*. Entonces la boda se convierte en algo más que un compromiso y contrato, será sacramento y el vino no faltará. Por eso, el gesto de Jesús sacándoles del apuro es el gran milagro que debemos intentar llegar a comprender y reproducir. Donde hay amor verdadero, allí está Jesús, allí está Dios.

María ha sabido ver el apuro y ha hecho por ellos lo que estaba en su mano. Jesús es el único que puede convertir el *"agua en vino"*, que puede cambiar el *"eros en ágape"*, el único que puede mejorar la calidad de ese *"vino-amor"*. El evangelio nos dice que, al ver el signo de Jesús, creció la fe de sus discípulos en Él.

Muchos de los invitados a la boda de Caná, gustaron el vino y eso fue todo. Los discípulos *saborearon* el vino, por el vino *comprendieron* el signo, y por el signo se abrió su mente a lo significado: *el Reino de Dios*. Creyeron en Él, se fueron con Él, le acompañaron, le anunciaron, y murieron por Él.

Juan afirma en su evangelio que Jesús ha venido para dar vida y para darla no de cualquier manera sino en abundancia (10,10). El vino bueno sería la calidad e intensidad de este amor, que da las fuerzas necesarias para convertir la vida en una continua fiesta de fraternal entrega, en un interminable banquete en donde corra en abundancia el vino del amor, la comprensión, la justicia y la paz.

**DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Nehemías 8,2-10): *Leyeron el libro de la ley. ¿Qué significa la alegría de la fe?*

2ª lectura (1ª Corintios 12,12-30): *Vosotros sois el cuerpo de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1,1-4; 4,14-21): *Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír.*

En el comienzo de su predicación Jesús se presenta como el “*ungido*” del Espíritu Santo, el Cristo o Mesías de Dios. El Espíritu no sólo lo ha tocado, sino que lo ha penetrado, todas sus entrañas están empapadas en él. En Jesús se manifiesta el corazón de Dios que se conmueve ante nuestras miserias, sean corporales o espirituales. Jesús es, según el médico Lucas cuyo evangelio leemos este año, “*el Dios que ha venido a liberal al hombre y cargar con sus males*”; el ungido por el Espíritu, del que emanaba una fuerza curativa y restauradora.

«*Hoy se cumple esta escritura.*» Está citando a Isaías, pero él recuerda la experiencia bautismal, en la que se sentía invadido por esta fuerza gozosa del Señor. Este Espíritu divino ya no se separará de él, sino que lo alentará, lo dirigirá, lo colmará de gozo y de amor misericordioso.

Si de María se dice que sería *cubierta por la sombra* –la nube- *del Espíritu*, si de Isabel se dice que *estaba llena del Espíritu*, si de Simeón se dice que *el Espíritu Santo estaba en él*, de Jesús hay que decir no sólo que *estaba lleno* (Lucas 4,1), sino que *estaba empapado hasta rebosar*. Jesús será el hombre del Espíritu, enteramente “*espiritual*”, de manera que cada palabra y cada toque iban cargados de esta energía divina.

Jesús es el enviado de Dios. El Padre lo envía al mundo. ¡Qué misión! Del cielo a la tierra, de la gloria divina a la miseria humana. Jesús se reconoce como el enviado, tu enviado: «*Como tu me has enviado al mundo*» (Juan 17,3). Y su respuesta fue: «*Heme aquí*» (Hebreos 10,7). Ahora es el Espíritu el que le envía, pero en cada momento y en cada tarea, todo lo que haga será movido por el Espíritu.

La palabra de Jesús en Nazaret fue como un discurso programático. Es un buen resumen de su acción misionera, de su misión pastoral. Hay en él cuatro palabras clave: *evangelio, libertad, luz y gracia*.

**Evangelio** a los pobres. Buena noticia, consuelo, alegría y esperanza para los pobres. Jesús hace opción por los pobres, pobres en el sentido más amplio: “*todos los que sufren*”. En la cita de Isaías, se añade poco después: «*a vendar los corazones rotos*» y más tarde: «*para consolar a todos los que lloran*» (61,1-2). La Buena noticia es que los pobres son amados de Dios, que Dios está con ellos, que se inicia para ellos un proceso de dignificación y salvación.

**Libertad** a los cautivos. Dios es libertad, «*donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad*» (2 Corintios 3,17). Jesús es incompatible con la esclavitud, la opresión o las cadenas. Donde está el Espíritu de Jesús «*se abren las puertas de las cárceles y se rompen los cepos de los prisioneros*» (Hechos 16,26). Misión del Siervo era: «*sacar a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en las tinieblas*» (Isaías 42,7). Naturalmente que hay muchas clases de cautiverio, de cárceles y calabozos. Podemos tener el cuerpo cautivo o el alma, son muchas las posibles esclavitudes. Jesús nos quiere enteramente libres. «*La verdad os hará libres*» (Juan 8,32).

**Luz** vista a los ciegos. Muchos ciegos fueron iluminados por Jesús, porque él es “*la luz del mundo*”, y quiere curar a todos los ciegos, también a los ciegos del corazón. Son ciegos los que se cierran a la luz de la fe, los que bloquean la verdad, los que se fanatizan en el error. Son ciegos los duros de corazón, los que no saben ver y reconocer al hermano y al pobre, los que no ven la huella de Dios en su vida y en todas las cosas.

**Año de gracia.** El jubileo que se celebraba cada siete y cada cincuenta años ahora se puede celebrar todos los años y todos los días. El perdón y la gracia de Dios se ofrecen sin medidas. Isaías hablaba también del «*día de la venganza de nuestro Dios*» (61,2). Pues ya no hay más venganzas. Ya sólo hay gracia. Ya todo es gracia. Dios es sólo amor y todo amor.

Juan hablaba del Reino de Dios, que está cerca. «*Hoy se cumple*», yo os digo que el Reino de Dios ha empezado hoy. Hoy empieza el Reino del perdón y de la salvación. «*El Señor está sobre mí*». Jesús más que una explicación, lo que hace es anunciar un acontecimiento. Hoy, aquí, Dios se hace presente con su gracia. Hoy, aquí, Dios nos ofrece su gracia salvadora, Hoy, aquí, se inicia un movimiento de liberación que se extenderá por todos los pueblos. Y un diluvio de paz bañará toda la tierra.

La misión no ha terminado. La tarea es inmensa: pobres, ciegos y esclavos, por millones, siguen esperando buenas noticias y signos de liberación. Por otra parte el Espíritu del Señor *nos unge y nos urge*. Entonces **¿por qué seguimos divididos?** Si el Espíritu nos enseña a hablar la misma lengua, a poner en común los mismos sentimientos, a multiplicar los diálogos y los encuentros. Si la división, los desencuentros y el desamor continúan, es que no hemos acogido al Espíritu.

**DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Jeremías 1,4-5.17-19): *Te nombré profeta de los gentiles.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 12,31-13,13): *Entonces veremos cara a cara.*

**Evangelio** (Lucas 4,21-30): *Se admiraban de las palabras que salían de sus labios.*

El que había sido colmado por Dios con su Espíritu y el que Dios había decidido enviarnos, está ante su pueblo, anunciando el reino de Dios y el año de gracia del Señor. Sus paisanos pueden saber que Dios se dirige a su pueblo de un modo particular y que ellos están invitados a creer y a escuchar en adelante a aquel por quien Dios los interpela. Lo que Jesús les dice tiene un carácter programático y ejemplar; vale para todos aquellos a quienes Dios lo ha enviado, para todos a quienes él se dirige.

La reacción de los habitantes de Nazaret tiene dos aspectos. Por una parte, quedan impresionados ante la aparición de Jesús, aprueban a Jesús y se maravillan de las palabras de gracia que escuchan de él. Por otra parte, con su pregunta retórica -«¿No es este el hijo de José?»- anteponen el conocimiento que tienen del Jesús, que había vivido tan modestamente entre ellos.

Aunque no lo dicen de manera explícita, detrás de esta doble reacción se esconde una despectiva pregunta: **¿Cómo puede ser ese singular mensajero de Dios el que ha vivido tantos años entre nosotros de un modo tan sencillo, Cómo podemos creer esto?** Planteada de diversas formas y por personas diversas, esa pregunta y algunas otras acompañará todo el camino de Jesús y la trayectoria de la Iglesia: **¿Cómo puede ser el Mesías de Dios el que ha sido rechazado y crucificado?**

Así, la mayor inclinación de Dios hacia el hombre, la Encarnación de su Hijo, se convierte en el mayor desafío. Como no se acomoda a la imagen que los hombres han imaginado de Dios y de su manera de obrar, se encuentran ante la alternativa de acoger al mensajero de Dios tal como es, cambiando la imagen que se han formado de Dios, o permanecer con su imagen de Dios, rechazando a su mensajero.

Los oyentes muestran de múltiples modos su radical rechazo de Jesús. Se ponen furiosos, empujan a Jesús fuera de la ciudad y quieren matarlo. No están dispuestos a seguir a un profeta que pide ser acogido tal como él mismo se presenta y hacen oídos sordos a sus exigencias. Con furor revelan su profundo y encarnizado rechazo. Consideran que la aparición y las palabras de Jesús son tan falsas que sólo cabe una reacción justa: la de eliminarlo.

Los enviados del Dios verdadero que intentan derribar los altares de divinidades acomodaticias, suelen correr peligro de linchamiento, ¡como todos los profetas! En nuestra sociedad occidental se dice que vivimos en la tolerancia, que ya no hay entre nosotros guerras religiosas, ni cruzadas, ni Inquisición. Pero la Iglesia y los hombres de la Iglesia no tienen libertad en todas partes para proclamar la verdad que delata y compromete.

Hay demasiados fundamentalismos ideológicos o religiosos que matan: Mueren trapenses en Argelia, religiosas en Ruanda, obispos en Latinoamérica; misioneros y misioneras caen en distintas partes de este mundo, víctimas de fundamentalismos intolerantes, sólo por querer anunciar con libertad el mensaje de Jesús: **llevar la libertad a los cautivos, la luz a los ciegos, el consuelo a los tristes, y anunciar la vida, la paz y gracia del Señor.**

Donde hay libertad, amor, defensa de la vida, allí hay mensajeros de Dios, allí está Dios. El que aterroriza, coarta la libertad, odia y mata no puede presentarse más que como emisario del mal y enemigo de Dios.

De todas nuestras costumbres, aspiraciones, deseos y valores corrientes; todo cuanto tenemos, todo lo que somos y hacemos, también en el campo religioso, sin amor, no significan nada; todo se debilita, se desvanece, o se traiciona y muere. Solo el amor es lo que queda cuando el resto de valores se pierden.

Para quien ha conocido a lo largo de su vida, tantas cosas, tantas posibilidades, tantas teorías, tantas personas, proyectos y programas, saben que al final, lo que realmente cuenta y hace posible todo lo realmente humano, es el amor. Su importancia es tal que claramente se manifiesta como verdad existencial, sin la cual todo es reducido a teoría, a inutilidad.

La familia, sin amor, es una dura convivencia. El matrimonio, sin amor, es un contrato. La religión, sin amor, es una ideología. El trabajo, sin amor, es una pena, no es servicio. La vida, sin amor, es frustrante, no llena, no satisface, no realiza. El mejor mensaje, sin amor, no capta, no atrae. Sin amor, todo acaba derrumbándose. El ser humano, sin amor, se muere. Dios, sin amor, es una quimera, un ídolo o un monstruo.

Ante Dios más que la justicia, vale el amor sin límites y sin condiciones. No podemos esperar lo que nos merecemos, afortunadamente, sino que podemos esperararlo todo porque ÉL, por amor, nos lo dará. **¡Hasta el futuro!** Conviene repetirlo, **¡hasta el futuro!**, porque aunque toda una colección de agoreros nos anuncie un final caótico y destructor. Dios transformará ese futuro en vida y el frío glacial de la muerte, en calor, energía y alegría. El amor lo puede todo, máxime si es el amor de Dios.

Dios desborda todos nuestros esquemas y nuestros intentos de apropiación, porque **Dios es AMOR y es VIDA, es LIBERTAD y es APERTURA.**

**DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 6,1-2a.3-8): *¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí? – Aquí estoy, mándame.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5,1-11): *Rema mar adentro... te haré pescador de hombres.*

**Necesitamos experiencias de Dios.** ¿Cómo podemos hablar de un hecho si no lo hemos presenciado? ¿Cómo podemos manifestar una realidad si no la hemos conocido primero? ¿Cómo podemos dar testimonio de Dios si no nos hemos encontrado con Él? ¿Cómo hubiera podido Pablo ser apóstol de Jesucristo si no se hubiera encontrado con Él en el camino? Hubiera sido rechazado, dado los celos que tenían sobre su persona. Hoy más que nunca se necesita la vivencia de Dios, lo que llamamos “*mística*”; la apologética no es suficiente, ni siquiera la dogmática. Más que maestros, se necesitan, necesitamos testigos.

La experiencia está relacionada con la vida, con el toque entrañable, con el *saborear* y llorar. Es algo más que pensar incluso que creer. Veamos algunas frases de Santa Teresa, la española gran maestra de la mística:

- *«Es cosa extraña cuán diferentemente se entiende de lo que después de experimentado se ve»*
- *«Esto visto por experiencia es otro negocio que sólo pensarlo y creerlo»*
- *«Plega al Señor sea así que lo sepáis de la manera que hace al caso, impreso en las entrañas».*

Todas las experiencias, más o menos intensas, más o menos elevadas, más o menos frecuentes, incluyen de un modo o de otro la palabra, la luz, la certeza, la transformación y la disponibilidad.

La experiencia de Dios es inefable, pero posible. Como la iniciativa es suya, puede sorprendernos y desestabilizarnos. Pero normalmente es preciso una preparación, una búsqueda, una ambientación, un deseo apasionado. Necesita silencio, vaciarse, anhelar, esperar, pedir, amar... Dios va marcando los tiempos y los ritmos.

En las lecturas de este domingo aparece con toda claridad la conexión entre la fe, como experiencia de Dios, y la misión de evangelizar, como necesidad de comunicar y compartir el gozo de la experiencia tremenda, incontenible.

**Porque creemos, no podemos callar, tenemos que hablar.**

Isaías tiene la experiencia de Dios en el templo; allí se siente sobrecogido ante la inmensidad de Dios, se siente pecador e indigno ante la santidad de Dios, pequeño e insignificante ante la tarea que se le asigna, pero allí se pone incondicionalmente a disposición de Dios y acepta ser enviado: *«aquí estoy, mándame».*

Algo semejante le ocurre a Pedro; tras la experiencia insólita de la pesca milagrosa, reconoce al Señor y se siente pecador e insignificante en su presencia, deslumbrado por el poder divino. Y acepta humildemente la nueva misión de ser pescador de hombres, que Jesús le encomienda.

Pablo, por su parte, también se siente llamado y convocado tras la experiencia de su encuentro con el Señor, reconoce que es el último porque antes fue su perseguidor, pero sabe que el Señor le ha llamado y acepta con dedicación su tarea de evangelizar, como les recuerda haber hecho a los corintios.

La experiencia de Dios, la experiencia religiosa, la vivencia profunda del encuentro con Dios en la oración, en los sacramentos, en la eucaristía de cada semana, así como otros posibles encuentros y experiencias en ocasiones excepcionales de la vida, como pueden ser el éxito o el fracaso, la enfermedad o la salud recobrada, la amistad con una persona, el trabajo, la dedicación a los otros, la lucha por la justicia, la defensa de un inocente, etc., son siempre experiencias que nos llenan de gozo y que llenan nuestro corazón y nuestra vida de una manera incontenible.

Por eso sentimos la necesidad de hablar, tenemos que contarlo, tenemos que comunicarlo y compartirlo con los demás. La experiencia de Dios, de su gracia, de su amor nos invade de manera incontenible. Por eso Pablo invita a los cristianos de Corinto, después de hacerles partícipes de su encuentro con Jesús resucitado, a que perseveren en la fe recibida y a su vez sean testigos y evangelizadores.

Predicar no es sólo decir o contar nuestra experiencia de Dios, aunque también. Evangelizar no consiste en decir a los otros lo que deben creer o lo que tienen que hacer, y mucho menos es tratar de imponer un credo o una moral determinada. No se trata de ganar adeptos o de hacer proselitismo por una buena causa. Evangelizar es, primero, vivir con autenticidad el Evangelio, vivir como cristianos, y, segundo, contagiar nuestra alegría y el gozo de nuestra vida cristiana, para compartir con todos los que quieran nuestra fe, nuestra esperanza, nuestra felicidad.

Como la luz, que, además de lucir y resplandecer, ilumina y despeja las tinieblas, y nos ayuda a descubrir la realidad, así tiene que ser la vida del creyente: luminosa e iluminadora, ejemplar y ejemplarizante, de modo que llame la atención y suscite el interés por conocerla y el deseo de compartirla. Entonces es el momento de tomar la palabra, de comunicar las vivencias de la fe, de expresar con sencillez, cómo es nuestro encuentro con el Señor y cuál puede ser el camino que facilite el encuentro del otro con el Señor.

Ser “*pescador de hombres*”, ser apóstol y la misión recibida de Jesús, nada tiene que ver con cualquier artimaña o trampa para liar a los otros, sino el ofrecimiento generoso y el don inestimable de compartir un gozo y una felicidad capaces de colmar toda una vida.



**DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Jeremías 17,5-8): *Será como un árbol que no cesa de dar fruto.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,1-11): *Nuestra esperanza es Cristo.*

Evangelio (Lucas 6,17.20-26): *Dichosos..., porque vuestro es el Reino de Dios.*

Celebramos en este domingo la Campaña contra el Hambre en el Mundo. Manos Unidas, como Cáritas y otras muchas organizaciones católicas, quiere ser, dentro de la Iglesia, testimonio de la caridad de Cristo; compuesta por personas que quieren hacer brillar la ternura, la compasión y los servicios del buen samaritano; quieren evangelizar a los pobres, ser profetas del amor. Trabajan desde el amor y para amar. Un amor hecho servicio liberador. Se sienten **«urgidos por el amor de Cristo»** (2 Corintios 5,14).

Manos Unidas quiere extender más los brazos y las manos salvadoras de Dios. Quiere ser prolongación de esas manos divinas, para que lleguen a los más olvidados y desheredados de la tierra. Compartiendo los gozos y esperanzas, y aliviando las angustias y tristezas de los pobres y de cuantos sufren en este mundo. Los cristianos, no podemos nunca olvidar que a los pobres y a los que sufren, el evangelio los proclama **“bienaventurados”, porque suyo es el reino de Dios.**

Desde el interior de la Iglesia y desde la sociedad son muchas las voces que han advertido sobre la gravedad de la pobreza y del hambre. **Juan Pablo II** dijo: **«En el inicio de un nuevo siglo, la pobreza de miles de millones de hombres y mujeres es la cuestión que, más que cualquier otra, interpela a nuestra conciencia humana y cristiana, para interrogarse cómo juzgará la Historia a una generación que, habiendo podido acabar con el hambre en el mundo, no lo hizo».** El mismo mensaje nos transmitió el movimiento **Pobreza Cero**, expresado así: **«Somos la primera generación capaz de erradicar la pobreza».** Y nos animó a unirnos a la campaña con esta invitación: **«Rebélate contra la pobreza. Más hechos, menos palabras».** Han pasado unos años y, no sólo no ha mejorado la situación sino que ha empeorado con la generación de una crisis económica mundial.

Cuando miramos a nuestro alrededor, en esta nuestra sociedad acomodada, **¿no nos damos cuenta de que todo está centrado en la satisfacción de nuestras necesidades y caprichos?** Se nos invita a consumir, a acumular toda clase de electrodomésticos, coches, casas, vacaciones, viajes, diversiones; se nos incita a consumir salud, cultura, progreso; a comprar lo último que la ciencia o la técnica considera que es bueno y deseable. Sin embargo, la quinta parte de la humanidad no tiene absolutamente nada para sobrevivir.

A su vez, el texto evangélico de Lucas amonesta seriamente: **«¡Ay de vosotros! Los ricos y saciados, porque tendréis hambre y lloraréis».** Es en el encuentro con el “pobre”, como el “rico” puede encontrar su salvación. Así lo ha expresado también Benedicto XVI en su encíclica “Dios es amor”, recogiendo parábolas de Lucas.

El rico Epulón (Lucas, 16) suplica, desde el lugar de los condenados, que se advierta a sus hermanos de lo que sucede a quien ha ignorado frívolamente al pobre necesitado. Quiere Jesús, con este grito, hacernos volver al recto camino. Y en la parábola del buen samaritano (Lucas, 10), enseña Jesús, que prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y al que yo pueda ayudar. No tengo que ver y considerar al otro como mi prójimo, **tengo que convertirme y ser yo prójimo para todos los demás.** Y no de una forma genérica y abstracta, sino con mi compromiso, práctica y concretamente, aquí ahora y en todo momento.

Concluye el Papa este punto recordando de modo particular la gran parábola del juicio final (Mateo, 25) en el cual el amor al necesitado se convierte en el criterio último y decisivo para la valoración positiva o negativa de la vida humana, al identificarse Jesús mismo con los pobres, los hambrientos y sedientos, los forasteros, los desnudos, enfermos o encarcelados: **«Conmigo lo hicisteis».** Por eso, **«cerrar los ojos ante el prójimo necesitado nos convierte en ciegos ante Dios»**, dice el Papa. O con palabras de la Sagrada Escritura: **«Quien cierra los ojos al clamor del necesitado, no será escuchado cuando grite»** (Proverbios 21,13).

Dios bendice a los hambrientos porque sufren, porque están vacíos. Entonces Dios se obliga a consolarlos y llenarlos: **«A los hambrientos los colma de bienes».** No podemos permitir que haya personas que siguen muriendo de hambre en muchas regiones de la tierra. Los cristianos somos, responsables portadores de un mensaje, que nos ha sido dado, para ser acogido y entregado; un mensaje de amor que puede cambiar el mundo.

El Reino de Dios es un banquete inimaginable. Dios quiere saciar nuestras hambres, por eso multiplicó los panes. Él mismo por amor, se hizo pan para saciar nuestras hambres. La Mesa de la Eucaristía es signo de la entrega de Jesús por todos los hombres, sacramento de amor universal de Dios a sus hijos e hijas. Debe haber una continuidad inseparable entre la Mesa Eucarística, la Mesa Familiar y la Mesa Universal a la que pueden sentarse sin distinciones, ricos y pobres. Benedicto XVI sigue diciendo en su encíclica: **«Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma».**

Solo el Amor, puede hacer cambiar a este mundo.

**MIÉRCOLES DE CENIZA**

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Rasgad los corazones y no las vestiduras.*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Ahora es día de salvación.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará.*

La celebración del Miércoles de Ceniza marca la entrada en el tiempo de Cuaresma: los cuarenta días que son preparación y camino al tiempo de Pascua, que es el que verdaderamente deberíamos vivir los creyentes en Jesús. Él vive para siempre y ya nada ni nadie podrá arrebatárnoslo; el sentido de nuestra vida es para siempre. Ésta es la vida nueva, la vida que crece y se desarrolla en nuestro interior para que otros se beneficien de ello.

Los ayunos, las limosnas, las oraciones propias de este tiempo no tienen ningún sentido, si no aprovechan a las personas de nuestro entorno cercano; si no ayudan a la edificación y a la presencia del Reino de Dios en medio de este mundo, limitado por el poder de unos pocos que gobiernan en su provecho, por la riqueza de unos grupos que controlan en su beneficio y por las normas y los ritos de los que se creen representantes de la divinidad.

La Cuaresma como cualquier tiempo, es tiempo de mirar los signos de nuestro alrededor: los de salvación y los de condenación. Es tiempo de juzgar, desde el plan de Dios, los avances y las dificultades de la humanidad. Y es tiempo de actuar, transformando los corazones de las personas y de las organizaciones en corazones verdaderamente humanos y en estructuras que ayuden a la vida de la gente.

Cualquier estructura, cualquier persona, estamos demasiado acostumbrados a mirar la vida y los acontecimientos desde lo que nosotros hacemos. Eso es lo que marca nuestro estilo de vida y nuestra valoración sobre la manera que otros tienen de vivir y de manifestarse en la vida cotidiana. Nuestras relaciones también están marcadas por lo mismo; de ahí que la mayoría de las personas andemos siempre con gente que piensa, habla y actúa como nosotros. Nos resulta bastante complicado entrar en relaciones con los que son diferentes; un ejemplo lo tenemos en nuestro trato con las personas de otros países y de otras costumbres que viven entre nosotros.

Éste puede ser un buen momento para abandonar la seguridad de lo conocido y la limitación del “*siempre ha sido así*”; puede ser el momento oportuno para salir del refugio en que hemos convertido nuestras casas y del inmovilismo de nuestras ideas. Así podremos entrar en el dinamismo de mirar lo nuevo que está naciendo, de escuchar otros lenguajes y otras tradiciones que traen de fuera (los que tienen que venir obligados y los que vienen voluntariamente) y así podremos responder de forma constructiva a la interpelación de los diferentes.

La mirada de Dios no es sólo de la historia pasada y de las historias vividas; ni siquiera es contemplación sólo del momento presente, con sus aciertos y desaciertos. Tampoco nos lo llegaremos a encontrar únicamente en un futuro más o menos lejano, en el que nos espera para juzgarnos. La compañía del Señor es desde antes de todo esto, pues desde siempre somos parte de su sueño de humanidad. Y es firme, igual y para siempre. Dios no es como lo pensamos ni como lo contamos y expresamos, pues nosotros, somos muy cambiantes, y depende, la mayoría de las veces, de cómo nos va la vida.

Dios se manifiesta siempre de la misma manera: impulsando la vida de todas las criaturas, haciéndose el contradicho en los momentos duros y difíciles de la vida, estimulando a los cobardes de corazón y manteniendo fielmente los compromisos adquiridos con quienes le aman. Por ello es preciso que todos los creyentes soñemos y nos planteemos nuestra vida, con la frecuencia que nos sea posible, en la dimensión de eternidad. Es decir, en el horizonte del Dios de Jesús, Padre y Madre que nos ha amado con ternura desde siempre, nos espera en su hogar para abrazarnos y nos acompaña cada día en la construcción y en la fiesta de la fraternidad.

Como el de Jesús, nuestro proceso será siempre bajar a lo profundo: a lo que todavía no es, a lo que aún no tiene sentido, a lo que tenemos enterrado y nadie lo conoce porque está escondido, a veces hasta para nosotros mismos. Es **bajar para subir**, impulsados por la vida verdadera, a lo más alto de Dios **«Para que donde yo estoy, estéis también vosotros»**.

A lo largo de este tiempo de Cuaresma y Pascua subiremos, animados por la Palabra de Dios, al monte Tabor para saber un poco más del Maestro a quien queremos seguir con nuestro estilo de vida. Subiremos también al Calvario, en el monte Gólgota, para contemplar de quién nos viene el caudal de vida nueva que brota en nosotros.

Y por fin veremos subir a Jesús, mejor dicho ascender, junto al Padre. De la mano de Lucas, al final de su evangelio y al comienzo del libro de los Hechos de los apóstoles, acompañaremos a los primeros discípulos en la despedida emotiva de Jesús y en el encargo que les hace, que nos hace, de ser testigos suyos y misioneros en todas partes y en todos los ambientes, **«hasta los confines de la tierra»**.

Esta misión y tarea, que realizamos en el exterior de nosotros mismos, nace y se desarrolla en nuestro interior. Ahí es donde experimentamos la llamada del amor de Dios, la relación con Él y el encargo de hacerlo saber a todo el mundo.

**DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA**

1ª lectura (Deuteronomio 26,4-10): *Y te postrarás en presencia del Señor, tu Dios.*

2ª lectura (Romanos 10,8-13): *Todo el que invoca el nombre del Señor se salvará.*

Evangelio (Lucas 4,1-13): *No tentarás al Señor, tu Dios.*

Comenzamos un camino. Es el camino del seguidor de Jesús. Camino que sube a Jerusalén a celebrar la Pascua y vivir la culminación de la entrega de Jesús. Para andar esta senda tendremos que recorrer algunas etapas de la vida. El punto de partida lo ponemos cada uno con nuestra situación vital en el momento presente. El punto de llegada será una vida más acorde con el proyecto que Dios tiene con cada uno y con la humanidad entera. Las etapas intermedias se debaten entre tentaciones y momentos de ilusión y esperanza; entre la búsqueda de frutos y la experiencia del fracaso y perdón... Todos estamos convocados a recorrer este camino de vida que nos lleva a la Pascua.

Muchas sugerencias nos ofrece la estampa de Jesús tentado en el desierto:

**Fue tentado.** Porque era hombre como nosotros, hijo del hombre. La tentación fue real y sentida, no sólo ejemplarizante. Fue una lucha interior, Jesús luchando entre el bien y el mal. **Lleno del Espíritu Santo, llevado al desierto por el Espíritu.** Es tentación desde la plenitud, no desde el vacío. No es por falta de gracia, sino con desbordamiento de gracia. Acababa de recibir la efusión del Espíritu en el Bautismo. No nos asustemos si somos tentados. La tentación puede llegar por decadencia espiritual o por progreso en la perfección.

**En el desierto.** No es un lugar geográfico, sino teológico. Es el lugar de prueba, de búsqueda, de austeridad, de escucha, de oración. Lugar de encuentro con uno mismo y con Dios. Lugar de tentaciones y purificaciones. Lugar de grandes decisiones y encuentros, lugar de misericordia. Lugar de amor. **«De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo, aquel seguirme tú por el desierto»** (Jeremías 2,2). Jesús fue tentado en el desierto y en los caminos y en las ciudades y en casa. Sobre todo fue tentado en el huerto y en la cruz. Y fue tentado por el diablo y por los familiares y por los discípulos y por el pueblo y por las autoridades...

**Durante cuarenta días.** Tampoco es un número matemático, sino teológico. Repite los esquemas bíblicos, para significar un largo periodo. Jesús fue tentado a lo largo de su vida, y especialmente en los momentos finales, los días de la Pasión. **«Si eres Hijo de Dios».** La tentación apela a su dignidad y grandeza. En otro momento se fijará en su debilidad y su abandono. **Si eres Hijo de Dios, muéstralo. Si tienes poder, pruébalo. Si anuncias el Reino de Dios, adelántalo.**

Al empezar su ministerio, Jesús quiere decidir, no sólo el objetivo, sino los medios para conseguirlo, cuáles son los caminos que tiene que recorrer. Las tres tentaciones ofrecen a Jesús un camino triunfalista, desde el tener, el poder y la gloria. Utilizar el milagro fácil en provecho propio. El Padre, la Palabra, *lo que está escrito, lo que está mandado*, le marcan el camino del servicio, de la humanidad, de la misericordia, de la entrega. La salvación no vendrá por la fuerza o la victoria o el aplauso. Ése fue el camino de Adán. Vendrá por la solidaridad, la empatía, el amor entregado. Vendrá no por la fuerza del hombre, sino por la gracia de Dios.

La fuerza y la sabiduría de Dios son misteriosas, tienen que ver con la fuerza y la sabiduría del amor. Así, lo que parece más débil, como la cruz, puede ser lo más fuerte, como la Pascua. Hay actitudes personales o sociales que rompen el proyecto de vida, niegan los derechos de todos, impiden pensar en el desarrollo sostenible de la creación y atentan contra el bien común. Las tentaciones son la posibilidad de abandonar el proyecto de vida evangélico en pro de la comodidad, del interés particular, del beneficio propio a costa del aprovechamiento, a costa de los demás.

La principal tentación es no dejar que Dios sea Dios, quitarle la iniciativa salvadora, querer *“controlarle”* o sustituirle por otros dioses que, aparentemente, nos pueden hacer la vida más fácil. En el camino de la vida que todos recorreremos hay etapas de *“desierto”*, de especial dureza en las que podemos *“tirar la toalla”* de un proyecto de vida apoyado en Dios. Son muchos los anuncios de una vida cómoda y una sociedad de bienestar donde, quizá, no todos tengan cabida. Son las nuevas tentaciones. Sociedad de triunfadores; ciudades, barrios y pueblos sólo para algunos; familias encerradas en sí mismas; personas que sólo dicen **“YO”**.

Hay otros dioses que dominan en muchos lugares: los bienes, la seguridad, la comodidad, el prestigio, la apariencia... tienen un hueco en el corazón de individuos y sociedades. Quizá harán la vida más cómoda, pero ¿Nos hacen más libres? Las respuestas de Jesús son actuales: **«No sólo de pan vive el hombre»**, vive de relación, de sueños, de proyectos, vive de esfuerzo y vive de fiesta. **«Al Señor tu Dios, adorarás y a él solo darás culto»**, porque Él no te hará esclavo, sino que te llevará a la libertad junto a toda su familia: **la humanidad**.

La Palabra de Dios es viva y eficaz. Transforma a aquel que la quiera escuchar y proclamar. Su Palabra es la igual dignidad de toda persona, más allá de raza, nacionalidad, sexo o religión. La Palabra es cada hombre y cada mujer en busca de un proyecto y una vida digna.

**DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA**

1ª lectura (Génesis 15,5-12.17-18): *Mira al cielo; cuenta las estrellas si puedes.*

2ª lectura (Filipenses 3,17-4,1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9,28b-36): *Vieron su gloria.*

Estamos haciendo con Jesús nuestro camino personal y comunitario hacia la Pascua. Nos hemos comprometido a seguir sus pasos, especialmente en este camino cuaresmal. Hemos estado con Él en el *desierto de la vida*, hoy subimos con él al *monte de la luz*. Y lo seguiremos adondequiera que vaya. Pues, **¿Adonde iremos, si no?** Subir *“a lo alto de la montaña”*. Significa un esfuerzo de superación, una voluntad de purificación, un anhelo de limpieza y de belleza. En el fondo hay un deseo de cambio, de ideales, de transcendencia. Después del esfuerzo superador, nos sentimos más liberados de ataduras y pasividades, más personalizados, más capacitados para crecer. Parece que las cumbres son más bellas y que llegan a tocar el cielo. El ambiente es más limpio, el silencio es más gratificante. La montaña tiene su misterio y nos atrae. *Jesús subió con Pedro, Juan y Santiago*. Jesús podía haber subido solo, como en el desierto. Pero fue aquella una experiencia demasiado dura, como para repetirla. Jesús necesita amigos y testigos. No todos los doce están preparados para el ascenso y para las experiencias misteriosas. Con Pedro, Juan y Santiago tiene más confianza; ellos, a pesar de sus defectos, tienen más fe. Pedro sobre todo; *“ya no se hacía sin Jesús”*. No llevaba Jesús consigo las Escrituras ni puntos de meditación, pero llevaba mucha hambre de Dios. Necesitaba encontrarse *“cara a cara”* con Dios, como Moisés, sentir su presencia, escuchar su Nombre. **Padre, aquí estoy, Abba**. Necesitaba sentirse llamado **Hijo**. No era una característica más de su personalidad, era toda su personalidad. Cuando el Padre le decía **Hijo**, todo su ser se estremecía, como si lo estuviera engendrando de nuevo. Y necesitaba experimentar la intimidad y la fuerza del Espíritu. Era el beso y el abrazo del Padre, pero en fuego, era la dicha y el éxtasis de la divinidad. Cuando Moisés hablaba con Dios, su rostro se volvía *“radiante, por haber hablado con Yahveh”*, de manera que tenía que ponerse un velo sobre su cara, para no deslumbrar (Éxodo 34, 29.33). La oración que llega al encuentro con Dios encierra tal energía que puede transformar, no ya a la persona, sino al mundo. La oración, podemos decir, es el punto de apoyo para mover la tierra. Por ejemplo: la oración de Pablo y Silas **«produjo un terremoto tan fuerte que los mismos cimientos de la cárcel se conmovieron, quedando abiertas las puertas y rotas las cadenas»** (Hechos 16,26). Algo parecido sucedía cuando oraban los primeros cristianos al Espíritu: **«Acabada la oración retembló el lugar donde estaban reunidos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo»** (Hechos 4,31). La oración de Jesús fue tan intensa que vistió de gloria su cuerpo y el monte todo. **«Sus vestidos brillaban de blanco»**, nos dice Lucas, **«de un blanco deslumbrador»** especificará Marcos (9,3). En una verdadera y espléndida transfiguración, Moisés y Elías, que entendían de estas cosas, completan la escena con gloria. Ellos hablan con Jesús de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén. El mensaje, de momento, se dirige a Jesús, porque los discípulos no están preparados. Confirman e iluminan el hecho de la muerte. El Mesías tenía que padecer. Es la lección más difícil de entender (Lucas 24,27). Lo que en el Tabor se manifiesta está orientado hacia el misterio de Cristo, y muy en concreto hacia el misterio pascual: Todo el amor de Dios reverberando en Jesucristo y todo el amor de Jesucristo culminando en su entrega hasta la muerte. Fijándonos todavía un poco más en las manifestaciones externas, vemos a los discípulos, que no rezaban, sino que se *“caían de sueño”* (¡qué ordinarios y qué contraste, como en Getsemaní!), pero que despiertan *“en la gloria”* y quisieran quedarse allí para siempre. **¡Qué bien, qué gusto, qué bonito!**, como quien contempla un maravilloso espectáculo. Enseguida el **Espíritu Santo** se hace presente, pero de manera humilde, casi imperceptible a los ojos, como realidad envolvente, como *Nube* gozosa y protectora. El Espíritu ilumina el misterio pascual desde dentro, a la vez que consuela y conforta. La luz y el gozo son signos de su presencia, pero Él no habla. El pasaje termina prácticamente con la voz de Dios. En el marco del monte iluminado y del cuerpo de Cristo resplandeciente, Dios mismo se deja sentir, se deja escuchar: **«Este es mi hijo»**. Se dirige a Jesús, pero también a los apóstoles: **«el escogido, escuchadle»**. Es mi Hijo, aunque lo veáis como un hombre cualquiera. Es mi Hijo, aunque lo veáis sufrir. Es mi Hijo, aunque lo veáis derrotado y muerto. Pero no conocerá la corrupción, porque es mi Hijo. Dios no se manifiesta porque sí o para nada, ni siquiera para dar una alegría pasajera, sino para revelar un misterio, que siempre será de amor. Su epifanía desborda la palabra y los signos, es acción colmada, plena, de salvación. El Tabor queda ahí como iluminando el Calvario y como un anticipo pascual. Jesús necesitaba esta experiencia para reafirmar sus opciones y para recibir fortaleza, a la luz de la esperanza. Los discípulos sí que la necesitaban para que no desfallecieran en la fe en los momentos difíciles. También nosotros necesitamos experiencias como la del Tabor, para acumular luces y consuelos que necesitaremos en momentos de prueba o de pasión. Están ahí, en la Palabra, en el ejemplo, en la oración, en la Eucaristía, en el dolor, en el hermano, en tantas y tantas experiencias luminosas que escuchamos, no desde las nubes, sino en los acontecimientos cotidianos de nuestra vida.

**DOMINGO TERCERO DE CUARESMA**

1ª lectura (Éxodo 3,1-8a.13-15): *“Yo-soy” me envía a vosotros.*

2ª lectura (1ª Corintios 10,1-6.10-12): *El que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.*

Evangelio (Lucas 13,1-9): *Déjala todavía este año.*

Las desgracias no las debemos considerar como castigos. Son causa de nuestra naturaleza y en ocasiones invitaciones a la conversión. Nos lo enseñó Jesús hace 2000 años y todavía no acabamos de aprender. No hemos desterrado ni del lenguaje ni del subconsciente esta teología primitiva. Dios espera y sigue dando oportunidades. Pero no nos castigemos a nosotros mismos con nuestra inoperancia y nuestra esterilidad. Dios quiere cultivarnos, exigimos y sigue siempre esperando.

Dios sale siempre a nuestro encuentro. Es una historia vocacional. Dios toma la iniciativa y la pobre criatura se defiende como puede. Dios atrae, y el hombre se resiste. Dios envía y el enviado pone toda clase de pegas. Al final la victoria será del amor de Dios y de la fe del hombre.

La vocación de Moisés no es algo individual, tiene dimensiones de pueblo, como una nueva gestación o un renacimiento. Supone un paso más en la historia de la salvación. Un grado más en la misma revelación de Dios: *«Me aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Él-Sadday, pero no me di a conocer a ellos con mi nombre de Yahveh»* (Éxodo 6,3). Cada nueva manifestación de Dios supone una más intensa comunión con Él y un mayor compromiso desde Él.

Dios se insinúa a Moisés por medio de la llama. Una llama que ilumina, pero no quema; arde, pero no destruye. Así es el amor. Dios es llama de amor. Arde en mí y en ti. No importa que prenda en una zarza o en un rosal. Dios puede manifestarse en el barro y en el metal. El resultado será siempre precioso (2ª Corintios 4,7). Arde en mi barro.

El fuego de la zarza es un signo, como lo fue la estrella para los Magos. Es como un despertador. Moisés andaba muy ocupado y preocupado por su familia y su trabajo, y eso que no estaba en la ciudad, sino en el desierto. La zarza ardiente polariza su interés y su búsqueda. Sólo el que busca encuentra. Todo el que busca encuentra. ¿Cuántos signos ardientes necesita nuestro mundo, despistado y estresado?

Moisés, llamado por Dios, elegido y amado de Dios, su amigo, dejará de ser pastor para convertirse en profeta –y eso que no sabía hablar- y liberador de su pueblo. Moisés, el salvado de las aguas, salvará a su pueblo de la esclavitud, siempre por la gracia de Dios.

El encuentro con Dios compromete. Las experiencias de Dios nos obligan a dar testimonio de ese Dios. Dios te ha llamado y te envía. Podría hacer las cosas por sí mismo, pero no quiere anular la tarea humana. Dios confía en el hombre. Él no hará nunca lo que pueda hacer el hombre, (lo que puedas hacer tú). Por eso lo envía, lo contrario sería humillarle.

Porque Dios es Amor, nos exige, nos urge, quiere vernos crecer y fructificar. Como el Señor de los talentos. Como la vid y los sarmientos. Hay que sacar lo mejor que llevamos dentro. Tenemos el peligro de quedarnos en la mediocridad, de guardar nuestros talentos bajo tierra, por miedo, por indolencia, por no querer arriesgar.

Espiritualidad de crecimiento. No nos conformemos con llegar a *“suficiente”* si podemos sacar *“sobresaliente”*. No basta con no hacer nada malo, hay que hacer mucho bueno, frutos de bondad y de justicia. La cesta llena de frutos. La higuera cargada de higos.

El amor se compromete. El amor no se cruza de brazos ni se mete las manos en los bolsillos. El amor no se encoge de hombros ni se tapa los oídos. No es pasota ni se echa para atrás. No olvida a las personas ni se desentiende de los problemas de los demás. Es responsable y activo, es generoso con su tiempo, siempre disponible, no regatea el esfuerzo. El amor siembra y espera, ayuda y espera, enseña y espera. El amor siempre lleva fruto.

Dios Amor también espera. **Un año más**, ¿quién sabe? ¡**Un año más!**, repite, para lo mismo repetir al año siguiente. **Y es que Dios-Amor es paciente, ¡sin límites!** El amor siempre espera una respuesta positiva de la persona amada.

Dios no destruye, pero el hombre puede destruirse a sí mismo. Ésta es nuestra dramática responsabilidad. Podemos tomar opciones de vacío y de muerte. Moisés pudo haberse quedado con sus ovejas, como el joven rico con sus riquezas. Éste no era malo, era incluso bueno, y Jesús lo miró con cariño, pero no dio el fruto que de él se esperaba. Lo mismo podemos decir del pueblo judío, en general.

A la luz de esta palabra tendremos que revisar nuestras vidas. Quizá nos hemos acomodado, nos hemos acostumbrado, nos parece que ya hemos hecho bastante. **¿Qué más podemos hacer?** - *«Señora, más»*, respondía San Vicente de Paúl a la reina. En los temas de la fe y del amor no hay jubilación.

**DOMINGO CUARTO DE CUARESMA**

**1ª lectura** (Josué 5,9-12): *El día siguiente a la Pascua, comieron del fruto de la tierra.*

**2ª lectura** (2ª Corintios 5,17-21): *Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.*

**Evangelio** (Lucas 15,1-3.11-32): *Deberías alegrarte, estaba perdido y lo hemos recuperado.*

Este domingo llamado “*Laetare*” –**Alégrate**- debe llamarse ahora *domingo de la reconciliación* si atendemos al contenido de las lecturas. Josué celebra la Pascua por primera vez en la Tierra Prometida y con productos de esa tierra. Detrás quedan los años del desierto con su historia de infidelidades acrecentadas por el contagio con los vecinos paganos y su decadencia moral. Se hace necesaria una purificación de todo vestigio de infidelidad propia y contagio ajeno. De esta purificación con renovación de la Alianza arranca la renovación espiritual.

Pablo insiste una vez más en el hecho de que, por la reconciliación, queda el cristiano unido con Cristo y de esa unión nace una nueva criatura. Todo lo viejo queda superado para dar paso a las exigencias del hombre nuevo en Cristo. Cristo nos ha reconciliado con su muerte y el amor al Resucitado debe inspirar y centrar toda actividad apostólica. El mensajero que anuncia el Evangelio para perdón de los pecados, está anunciando al mundo el mensaje de la reconciliación con Dios y de los hombres entre sí.

La reconciliación se hace más real y universal en Cristo. Por medio de Él todo el mundo queda reconciliado con Dios, y aquí, está representado por los dos hermanos y el padre que refleja de una manera plástica el amor perdonador de Dios, por eso la figura central no es ninguno de los hijos sino el padre. El hijo menor se va y se degrada; el hijo mayor se queda pero sin amor. Afectivamente está tan lejos del corazón del padre como su hermano. Su fidelidad no es amor sino cálculo interesado y frío. Hasta el momento final de la historia ni el menor ni el mayor conocían el corazón del padre: es el mensaje. La recuperación de la amistad con Dios está siempre al alcance de la mano con sólo decidirse a volver a Él.

Podemos escuchar esta historia como un bello e interesante relato, con una cierta distancia para sentir un poco de compasión por el hijo pequeño. De pronto reconocemos nuestro rostro: “*éste soy yo mismo*”, ésta es mi propia historia, y nos salta el corazón de alegría por la misericordia del Padre que está en los cielos. Me identifico con el hijo pequeño. Sin embargo nuestra conversión al Padre es de corta duración. En el Padrenuestro pedimos: **«Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido»**. Quien no tiene misericordia, perderá de nuevo la misericordia de Dios, si se comporta como el hijo mayor: **«Deberías alegrarte porque este hermano tuyo...»** Me identifico también con el hijo mayor y escucho al padre que me recuerda que su hijo es mi hermano. Hijos inconscientes, caprichosos, consumistas, como el primero hay muchos; orgullosos, puritanos, intolerantes, cumplidores pero sin corazón, como el segundo, también hay muchos; arrepentidos y humildes hay menos. Padre misericordioso, que respeta, que espera, que perdona, que recrea con alegría, sólo hay uno, Dios.

Ciertamente que la parábola trata del camino de la conversión y del perdón que nos ofrece Dios, que está siempre esperando al pecador con los brazos abiertos. Pero la entenderíamos de un modo unilateral, si ponemos el acento sobre el hijo arrepentido que se convierte, cuando realmente, trata principalmente más del amor compasivo del padre y de estar dispuestos a ser misericordiosos. Cuando una parábola tiene dos partes, el acento está colocado en la segunda y, el relato del hermano mayor es una invitación a practicar la comprensión e indulgencia.

Dios, nuestro Padre, es infinitamente misericordioso. Nos acepta tal como somos, independientemente de los caminos que hayamos recorrido. Sólo tenemos que volver a Él, lo cual es fácil, puesto que no tenemos que habérmolas con un padre castigador, sino con uno amoroso. El mensaje del Dios misericordioso es enormemente importante para cada uno de nosotros.

Sólo entenderemos qué significa tener un Padre en el cielo cuando nos dejemos contagiar del amor del corazón paternal y miremos en nuestro alrededor a quién dirigir ese amor, al colega tan distante que nos denigra para subir él, al vecino que necesita nuestra ayuda, a los hijos que se han vuelto extraños en la propia casa. Entonces la oración del Padrenuestro que quizá murmuramos como una obligación, se convertirá en una conversación con el Padre. Nos toca la intención del Evangelio, si practicamos más la misericordia. Para muchos cristianos, la conversión representa un fenómeno excepcional, clamoroso, del que son protagonistas individuos que pasan de las tinieblas del error a la luz de la verdad, de una conducta perversa a una vida “ejemplar”. No sospechan que la conversión es un deber fundamental y habitual del cristiano, que se inscribe en el registro de lo cotidiano.

Cuando uno dice: **¡Yo me he convertido!**, inmediatamente, habría que preguntarle: **¿Cuántas veces?** Pues son víctimas de un equívoco, según el cual se es cristiano de una manera definitiva. Como uno que ha conseguido el doctorado, y es y permanece doctor, letrado o ingeniero para siempre. No, no se es cristiano, sino que simplemente uno intenta hacerse cristiano. Nadie puede afirmar que lo ha alcanzado de una manera estable, firme y segura. Se tiende hacia esa meta y cada vez estaremos más cerca, pero nunca se consigue totalmente, de una vez y para siempre.

**DOMINGO QUINTO DE CUARESMA**

1ª lectura (Isaías 43,16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

2ª lectura (Filipenses 3,8-14): *La justicia que viene de Dios.*

Evangelio (Juan 8,1-11): *Mujer, ¿dónde están tus acusadores?*

Dios secó el mar, abriendo en él camino a un pueblo liberado. Ahora abre camino por el desierto, en el que hará brotar ríos de vida, para que un pueblo rescatado camine gozoso y pueda saciar su sed. Y su bondad no se agota ni en el mar ni en el desierto. Hay que mirar al futuro. Dios está siempre dispuesto a cambiar el orden de las cosas para obtenernos su salvación.

También Pablo nos invita a mirar al futuro, y el futuro no es una nueva liberación, el futuro es Cristo. En su comparación, todo lo pasado es pérdida. Pues con relación a Cristo estamos siempre en camino. Lo alcanzaremos cuando lleguemos a *conocerlo y a comulgar con su pasión y resurrección*. Nos queda todavía mucha carrera, o quizá mucha apertura para acogerlo a Él.

El caso de la adúltera no es mera anécdota, es un signo de la novedad de Jesucristo, es el nuevo estilo, el nuevo espíritu, el nuevo programa, el nuevo paradigma. Lo antiguo, representado por la Ley y sus guardianes, era condenar al pecador y, en su caso, ejecutarlo, como al blasfemo y a las adúlteras. Lo nuevo, la ley de Jesús, era distinguir entre el pecado, que se rechaza, y el pecador, que se perdona y se restaura. Terminar con el pecado, no con los pecadores, porque en ese caso ¿quién quedaría sobre la tierra?

Siempre nos ha asustado el tener que comparecer ante el tribunal de Dios. **¿Quién puede sentirse puro ante su mirada?** Incluso aun entre los justos. **¿Quién puede sentirse bueno ante su santidad?** Pensando en ello hasta podríamos enfermar de escrúpulos y sentir una constante necesidad de purificaciones, indulgencias y confesiones generales. Y es que no acabamos de aceptar la novedad del Evangelio. No nos acabamos de creer que Dios es Padre, que Dios es Amor misericordioso, que Dios se complace en perdonar, que Cristo no ha venido a condenar, sino a reconciliarnos con Dios y entre nosotros.

Hoy nos vuelve a enseñar Jesús, no con parábolas, como la del hijo pródigo, sino con sentencias, que van en la misma línea de misericordia. Es una sentencia que será normativa, que hace doctrina. No hace falta repetir el caso y las sórdidas intenciones de los acusadores. No estaba en juego la vida o la muerte de la mujer, ellos sabían bien lo que tenían que hacer, lo que estaba mandado, no les hacía falta consultas. Deshonraron a la mujer a la luz pública, y, al mismo tiempo, la utilizaron para conseguir un argumento contra el profeta. Manipularon incluso la misma ley, para usarla como arma arrojadiza y no precisamente contra quien la transgredió, sino contra quien la trascendió.

Estaba en juego el prestigio, o quizá la vida misma del profeta. Si optaba por la ley, condenando a la adúltera, se negaba a sí mismo. Si optaba por la mujer, anulando la ley, se arruinaba a sí mismo. La justicia sobre la misericordia o la misericordia sobre la justicia. Para Jesús estaba claro. Él es misericordioso, no puede ir en contra de la misericordia. No podía negarse a sí mismo. Los escribas y los fariseos urgen de Jesús una respuesta. Jesús escribe..., ¿quiere repensar la respuesta...? Quizá escriba los pecados de los acusadores..., quizá escriba la única ley: la del amor. Los letrados se impacientan. Entonces Jesús, mirándoles fijamente a los ojos, para que se miren en su espejo, habla diciéndoles: *«tiradle piedras...»* ¡Muy bien! Si hay que tirar piedras a todo pecador, tiremos piedras. Así se acabarán las piedras y se acabarán los pecadores. Venga, un diluvio de piedras, los unos contra los otros.

*«...pero sólo aquel que esté limpio de toda culpa»*. Entonces, las piedras que esgrimían en sus manos se fueron deslizando hacia el suelo. Una tras otra fueron cayendo, y ellos emprendieron la huida vergonzosa de los derrotados, *«empezando por los más viejos»*; claro, eran los más prudentes y los que acumulaban más pecados. *«Yo tampoco te condeno»*. Jesús, el único que podía tirar piedras, no condena.

La mujer quizá no lo conocía. Si lo hubiese conocido, sabiendo que la vida estaba en sus manos, no hubiera temblado tanto: *«a tu tribunal apelo»*. Ojalá fuera siempre así, ojalá sintamos que la última decisión es siempre de Jesús. *«Anda, y en adelante no peques más»*. Seguro que a la mujer no le quedaron ganas de seguir pecando, no ya por miedo, sino por la mirada de Jesús. Una transmisión de luz, de amor inmenso, que le hacía sentirse limpia.

Jesús distingue entre el pecado y el pecador. Éste tiene que ser respetado y perdonado. El pecado ha de ser eliminado de nuestra vida, porque esclaviza y destruye. El pecado desequilibra y hace sufrir a todos. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Por eso es Buena Noticia, para los que se reconocen pecadores, aunque no lo es para los que se obstinan en no reconocer sus culpas y tratan por todos los medios de cargarlas sobre los otros.

Una Buena Noticia que se convierte en lema y proyecto de paz y de convivencia para todos los pueblos. Porque, en definitiva, la paz nunca será el resultado de una negociación, sino de un perdón mutuo, que implica el arrepentimiento del mal hecho y el propósito de no volver a pecar. Y no de cualquier manera, ni con racanismos de ninguna especie, sino al estilo de Jesús, como Él nos enseñó.

**DOMINGO DE RAMOS**

**Evangelio** (Lucas 19,28-40): *Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras.*

**1ª lectura** (Isaías 50,4-7): *No oculté el rostro a insultos y salivazos...*

**2ª lectura** (Filipenses 2,6-11): *Tomó la condición de esclavo.*

**Pasión** (Lucas 22,14-23,56): *Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros.*

Cualquier colectivo humano de los que formamos parte, cuando tenemos por delante unos días de fiesta, nos hacemos la pregunta ¿qué podemos hacer juntos durante estos días? La tendencia actual, en el tiempo de ocio, es romper la rutina de la vida ordinaria.

Para eso tenemos diferentes opciones: escapar del lugar en el que se reside; realizar actividades diferentes a las que se hacen habitualmente; juntarse con personas afines para compartir los proyectos de vida que estamos intentando sacar adelante o, simplemente, quedarse en casa a descansar. Cualquiera de estas opciones es perfectamente válida, sobre todo, si previamente el grupo que la va a realizar la ha planteado desde lo que está viviendo cada uno de sus miembros, personal y colectivamente.

Luego, habiendo compartido la situación de cada cual, toman la opción más correcta. Es decir, si olvidando el interés personal de cada uno, se mira lo más conveniente para el colectivo o grupo, consiguiendo, de esta forma, que la celebración de estos días festivos, discurran de manera agradable para el conjunto.

Para nosotros, cristianos, que creemos y queremos seguir a Jesús, la opción prioritaria, que no nos debe faltar, en uno o en otro momento, durante estos días, es hacer una profunda reflexión de los misterios que celebramos.

A lo largo de la Cuaresma hemos caminado anhelando llegar a la fiesta de las fiestas, la Pascua. Ya llegamos a la meta. Lo que pasa es que las cosas del Espíritu no pueden someterse a nuestros parámetros y medidas cronológicas: Ahora toca cantar, ahora toca llorar; ahora toca reír, ahora toca alabar y bendecir a Dios... No hacemos fiesta porque toque, sino porque nos sale del alma. Podría ser que tuviéramos que celebrar la Pascua, pero con espíritu cuaresmal, o al revés.

Comenzamos la semana, viendo que el pueblo sencillo judío empezó a creer en Jesús como Mesías. Al menos así lo aclaman, batiendo palmas y ramas de olivo y alfombrando con mantos su paso: **¡Bendito el que viene como rey en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega de nuestro padre David! ¡Viva el hijo de David!** Es verdad que, quizás ese entusiasmo, procedía de todos los milagros que habían visto. Era una fe bastante superficial.

Si Jesús hubiera seguido en línea “*milagrera*”, si se hubiera defendido cuando le prendieron; si hubiera vencido a las autoridades del Sanedrín y hubiera realizado allí algún milagro, como dejar con la mano seca al que le dio la bofetada, o dejar sin habla al Sumo Sacerdote que, perdiendo su fuerzas, no fuera capaz de rasgar sus vestiduras; si hubiera venido un ángel para sacarle de la sala donde estaba preso, o cuando le escupían se volviera contra ellos el escupitajo; si hubiera hecho alguna gracia a Herodes, como que se levantara de su trono y le bailara la corona con la gracia que lo hizo Salomé; si, en fin, ante Pilato y ante el pueblo que allí estaba congregado, hubiera pronunciado un discurso más elocuente que el de Marco Antonio a la muerte de César, y les hubiera hecho a todos llorar... ¿No hubiera sido liberado y aclamado como Mesías por los siglos?

Pero Jesús hace ya tiempo que había superado estas tentaciones. La salvación del mundo no vendría por la fuerza, sino por la debilidad. **«Ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir lo fuerte»** (1 Corintios 1, 27). La cruz es pura debilidad. Por eso, qué lamentable error cuando se escoge la cruz como arma para el combate y la victoria. *No sólo es pecado, es un trágico error, una desvirtuación del misterio.* Dios no quiere conquistar el mundo por la fuerza. **«No quiere cristianos vencidos, sino convencidos»** (San Agustín). Dios no quiere imponer la salvación sino ofrecerla. **¡Cristo muere por amor!** No es la muerte en sí la que salva, sino el amor capaz de morir. Si fuéramos capaces de amarnos así, el mundo estaría salvado.

De todos modos, cada vez que celebramos *en espíritu y en verdad* la Pascua, estamos anticipando la Pascua definitiva. Pero es sólo eso, un anticipo, como un aperitivo. Lo de *ya pero todavía no*. Es el comienzo, todavía no es la plenitud. Seguimos, pues, en espera. **«Nuestra salvación es objeto de esperanza»** (Romanos 8,24). Ahora vemos, pero como detrás de un velo, en un espejo, confusamente. Esperamos ver **«cara a cara»** (1 Corintios 13,12). Y anhelamos ese encuentro. Hemos alcanzado al Señor, pero no del todo. Ha resucitado y nos ha resucitado el Señor, pero aún tenemos que seguir resucitando. Ha venido el Señor, pero que venga. **¡Ven, Señor Jesús resucitado!**

Es el tiempo del alleluia, del alabar a Yahveh. Repetiremos el alleluia, la alabanza, una vez y otra, pero sabiendo que hay más. **«Toda nuestra vida presente debe discurrir en la alabanza a Dios, porque en ella consistirá la alegría sempiterna de la vida futura (...) Es que se nos ha prometido algo que todavía no poseemos (...) Nos alegramos por la esperanza»** (San Agustín, Sal 148,1).



**SEMANA SANTA**

**La pasión del Salvador es la salvación de los hombres.** Es el misterio del dolor. No se entiende que para salvar al hombre Dios-todopoderoso tuviera que padecer. Por eso los discípulos no entendieron nada del trágico final de su maestro, se escandalizaron y algunos perdieron la fe. Tampoco nos extraña que la catequesis prioritaria de Jesús resucitado se centrara en que *«el Mesías tenía que padecer»*. Una catequesis siempre necesaria.

El Salvador padece para que el hombre doliente se salve. Es un tema a meditar especialmente en estos días. El Salvador podía haber salvado de muchas otras maneras. Recordemos las tentaciones de Jesús en el desierto y en Getsemaní: *«aparta de mí ese cáliz»*. ¿Por qué ha de escoger el camino del dolor, del fracaso, de la humillación y derrota, de la vergüenza, del sinsentido, es decir, el camino de la cruz?

Dios se ha hecho hombre de verdad y el dolor es el hilo rojo que recorre toda la historia del hombre, pero... ¿Por qué ese camino? - ¿Será para manifestar hasta dónde llega el amor de Dios? *«Nadie tiene amor mayor...»* - ¿Será para compadecerse junto al hombre que sufre y estar cerca de todos? *«Quiso ser por un tiempo lo que somos nosotros»*. - ¿Será para dar respuesta a la vieja queja, de por qué Dios permite tanto sufrimiento (verdadera piedra de escándalo para creer). ¿Dónde estaba Dios? *«Pues estaba ahí, junto a ti, sufriendo»*. - ¿Será para redimir el dolor, pues sufriendolo Él, lo ilumina y cambia de sentido? *«Ya no será desgracia, sino gracia»*. - ¿Será, doctrina tradicional, para expiación de los pecados? *«Haciéndose Él responsable del pecado del mundo»*. Así lo cantan los poemas del sirvo de Yahveh.

*«Quiso el Señor morir por nosotros»*. Nadie le quita la vida, Él mismo la da. – Jesús muere para participar de la condición humana, que es mortal. – Jesús muere para dar muerte a la muerte y quitarle su aguijón. – Jesús muere para probar que el amor es más fuerte que la muerte, porque Él murió por amor (todo el que es infinitamente amado no muere, todo el que ama hasta la muerte no muere porque el amor no puede morir). – Jesús muere para que la muerte no fuera el amargo final. – Jesús muere para que nosotros no muriéramos del todo, muere para que podamos vivir. – Jesús muere como hombre para que nosotros nos hiciéramos como Dios, muere en el tiempo para que viviéramos en la eternidad.

*«Vivir en Él eternamente»*. Jesús muere para que nosotros fuéramos eternos. Esta realidad marca nuestra fe y nuestra vida cristiana por entero. El cristiano defiende la vida, porque sabe que el hombre no es un *ser-para-la-muerte*, sino *para-la-vida*. Somos capaces de morir con alegría y esperanza porque estamos amenazados de resurrección. Nos duele la muerte por lo que supone de separación de nuestros seres queridos *«perder la costumbre de estar juntos»* (San Agustín), no porque creamos que la muerte sea la mayor de las desgracias. Las circunstancias que acompañan a la muerte pueden ser muy dolorosas, como fue la de Cristo, pero pasan. Pasa el dolor, pasa el ¡ay!; lo que permanece es el ¡oh! Y así lo vemos en algunas de las oraciones que diremos en estos días:

*«Al morir destruyo nuestra culpa y al resucitar fuimos justificados»* (Prefacio, Domingo de Ramos). *«Te pedimos, Señor, que la celebración de estos santos misterios nos lleve a alcanzar plenitud de amor y de vida»* (Oración, Jueves Santo). *«Oh Dios, te pedimos nos hagas semejantes a tu Hijo, así, quienes por la naturaleza humana somos imagen de Adán, el hombre terreno, por la acción de tu gracia seremos imagen de Jesucristo, el hombre celestial»* (Oración, Viernes Santo). *«¿De qué nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados? ¿Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!»* (Vigilia Pascual, Exultet-Pregón Pascual). *«Que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu»* (Vigilia Pascua, Bendición del agua). *«Que la nueva vida que nace de estos sacramentos pascales sea, por tu gracia, prenda de vida eterna»* (Vigilia Pascual, Oración, ofrendas).

Pero no pensemos sólo en la vida después de la muerte. La vida eterna la preguntamos ya. La resurrección no sólo será, ¡ES! Ya empezamos a estar y a vivir resucitados cuando vivimos en el amor. Es el comienzo de los bienes futuros. Con la resurrección de Jesucristo se anticipa el futuro. ¡Él es el futuro! Así, viviendo en Él estamos empezando a vivir el futuro: la alegría del futuro, la paz del futuro, la oración del futuro, la comunión del futuro... ¡marana-tha!, que venga ya el Futuro. El Reino de Dios está dentro de nosotros.

Cuando sentimos la presencia de Dios, cuando escuchamos la Palabra de Jesús, cuando nos abrimos al Aliento del Espíritu, el Futuro se nos hace presente; cuando nos sentimos incondicionalmente amados, cuando amamos hasta el fin, cuando compartimos cuanto tenemos y cuanto somos, el Futuro es presente; cuando sufrimos con aceptación y esperanza, cuando palpamos la presencia de Cristo en el dolor, cuando somos capaces de bendecir sufriendo, el Futuro es ya una realidad; cuando compartimos siendo pobres, cuando trabajamos solidariamente, cuando nos dejamos tocar por la inspiración creativa, estamos labrando las piedras del futuro.

Vivamos esta semana con alegría y gocemos en la esperanza, porque bebemos, sí, de la fuente, pero no agotamos la fuente.

**PASCUA DE RESURRECCIÓN**

**1ª lectura** (Hechos 10,34a.37-43): *Los que creen en Él reciben el perdón.*

**2ª lectura** (Colosenses 3,1-4): *Vuestra vida está en Cristo.*

**Evangelio** (Juan 20,1-9): *Vio la losa quitada del sepulcro.*

La Vigilia pascual no es una celebración más, es la celebración de las celebraciones. La madre de todas las celebraciones. **¡CRISTO HA RESUCITADO!** Ninguna celebración sería posible sin la resurrección de Jesucristo.

**¡CRISTO HA RESUCITADO!**, y con su victoria pone en fuga a los poderes de las tinieblas. Así lo cantábamos en medio de la noche, en la Vigilia Pascual, noche santa para nosotros. *«Ahuyenta los pecados, lava las culpas, devuelve la inocencia a los caídos, la alegría a los tristes, expulsa el odio, trae la concordia, dobliga a los poderosos»* (“Exultet”-Pregón Pascual).

La vida vieja: el egoísmo, la violencia, la codicia, los deseos carnales... todos nuestros pecados fueron clavados en la cruz y quedaron sepultados en el sepulcro. El misterio Pascual es ciertamente misterio de santidad, porque es la derrota de lo viejo, de lo tenebroso, de lo feo, de lo maloliente, y el triunfo de la luz y la belleza, de la gracia y del perfume. **¡CRISTO HA RESUCITADO!** Ahora se impone victoriosa la vida nueva.

*«Cristo, derramando su sangre, canceló el recibo del antiguo pecado»* (“Exultet”-Pregón Pascual). Necesitamos romper ataduras y levantarnos gozosos con Jesús. Cristo es nuestra Tierra Prometida. Cristo es nuestra libertad. Cristo es nuestra victoria. Cristo es nuestra resurrección y nuestra pascua. *«Ésta es la noche en que sacaste de Egipto a los israelitas (...) Ésta es la noche en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo»* (“Exultet”-Pregón Pascual).

También escuchamos la descripción de las maravillas realizadas a lo largo de la historia, que es necesario meditar y guardar. Guardar la palabra es acoger a Cristo, porque todas las palabras son preparación, anuncio, explicación de la **PALABRA**, Cristo Jesús, nuestro salvador. Y todas las palabras culminan en la Pascua, en la victoria sobre la muerte, en la efusión del Espíritu.

Jesús mismo lo explicará a sus discípulos: *«Estaba escrito»*; *«lo que estaba escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos acerca de mí»* (Lucas 24, 25-27.44). **¡Todo se ha cumplido!** *¡Ha pasado!*: es lo que llamamos Pascua. Se *pasó* de la nada al ser, **“Pascua de la Nueva Creación”**; se *pasó* de la esclavitud a la libertad, **“Pascua de la liberación”**; se *pasó* de la muerte a la vida, **“Pascua de la resurrección”**, la Pascua de nuestro Señor Jesucristo, la pascua de todos los creyentes en Cristo.

Todas las pascuas son posibles por el aliento vivificante del Espíritu Santo. Donde alienta el Espíritu hay vida. Donde sopla el Espíritu hay libertad. Donde está el Espíritu no puede haber muerte, porque el Espíritu-Amor es más fuerte. Por eso Cristo, dinamizado por el Espíritu, resucitó.

Esta noche Cristo resucitado quiere unirse a nosotros y resucitar en nosotros. Celebramos la comunión con Cristo. Noche de bodas. Celebramos el amor entregado de Cristo, las bodas de nuestro Dios. Celebrar es cantar con el corazón. *«Porque estas son las fiestas de Pascua, en las que se inmola el verdadero cordero (...) ¡Qué noche tan dichosa (...) en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!»* (“Exultet”-Pregón Pascual).

Celebramos la Victoria de Cristo sobre la muerte, pero no sólo la de Cristo, también la nuestra. Cristo resucitado nos contagia su resurrección. La resurrección corporal es el resultado de otras resurrecciones. Resucitamos de toda clase de muerte: de la muerte biológica, de la muerte psicológica, de la muerte espiritual. Muere el cuerpo, muere la mente, muere el corazón. Cristo nos resucita de la tristeza, de la desesperanza, del vacío y del sinsentido. Cristo nos resucita de la esclavitud, del vicio, de la maldad. Cristo nos resucita, sobre todo, del desamor. El que no ama está muerto. Vivir consiste en Amar.

Cristo nos vivifica porque nos esponja en su amor, alienta nuestros pulmones con el Espíritu del Amor. Y el amor es más fuerte que la muerte. Por eso tendremos vida para siempre, porque su amor es eterno, no tiene fin.

*«Esta es la noche de que estaba escrito: será la noche clara como el día, la noche iluminada por mi gozo»* (“Exultet”-Pregón Pascual). Ya no hay noche, porque los poderes de la noche fueron derrotados. Ya todo será luz, porque Cristo es el sol que no se apaga, e irradia gozo y vida. Cristo es el día, *«lucero que no conoce ocaso y brilla sereno para el linaje humano»* (“Exultet”-Pregón Pascual). **¡CRISTO HA RESUCITADO!** Nuestro cielo está para siempre despejado. **!!!ALLELUIA!!!**

**DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 5,12-16): *...todos se curaban.*

**2ª lectura** (Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el primero y el último.*

**Evangelio** (Juan 20,19-31): *Dichosos los que crean sin haber visto.*

Fue necesario un largo proceso para que los discípulos de Jesús descubrieran y entendieran la resurrección. Anonadados por los sucesos del Viernes Santo, vemos a la comunidad, atemorizada, encerrada en sí misma... acorralados no ven más allá. La oscuridad y el miedo siguen demasiado presentes como para abrir las puertas de casa y gritar la mayor de las noticias. Es tan oscura la noche que sólo el encuentro con el resucitado será capaz de traer luz, haciendo que todo brille con un resplandor nuevo.

Hoy Jesús se sigue haciendo presente en nuestra casa y en nuestra vida, en nuestra Iglesia y en nuestro mundo... lugares que se encuentran, en demasiadas ocasiones, con las puertas cerradas ante la novedad de cada persona y, sobre todo, ante la constante novedad de Dios. La presencia del mismo Jesús con quien habían compartido vida los discípulos, va a ser un mensaje de paz, de perdón y de envío. Todo es nuevo, todo ha sido renovado. La infidelidad de los discípulos en los momentos crudos ha quedado atrás y ha sido superada por la presencia de Jesús resucitado en medio de la comunidad.

La celebración de la Pascua es, para los creyentes, un tiempo de novedad. Todo es nuevo, todo ha sido renovado. La vida del cristiano queda transformada en Aquel que hoy también nos dice **«paz a vosotros»**. El mayor anuncio es que Jesús ha resucitado; la mejor noticia es que nosotros lo hemos conocido; el primer encargo es seguir su tarea, haciendo nuevas las cosas.

Esta experiencia de novedad brota de un encuentro con Jesucristo a partir del cual volvemos a nacer de nuevo. Encuentro que a los discípulos les cambió radicalmente, que a tantas personas les ha transformado la vida y que a cada creyente le hace ser reflejo y transparencia de Dios. **¡Hemos visto al Señor!** Ese es el grito de los discípulos a Tomás, y ese es el testimonio de los creyentes y de la Iglesia hoy. Ver al Señor significa entrar en relación con él, escuchar su Palabra, sentir su compañía, saber de su amistad y vivir su mensaje. Ver al Señor es dejarse abrazar por su amor, hacer propio su proyecto y confiarse a su voluntad.

No se llega a la fe por pruebas físicas o racionales. No sería fe. **«Dichosos los que crean sin haber visto»**. No hay argumentos, ni filosóficos ni de laboratorio, que consigan alcanzar a Dios. Hemos recibido la fe, no tanto por razonamientos sino por contagio; y sabemos que en el fondo es un don. Fue Dios quien abrió los ojos a nuestra alma, para que lo pudiéramos ver. Pero la fe tampoco es irracional, no es un absurdo creer. La fe tiene también sus razones y sus *“visiones”*. El creyente no ve a Dios, pero ve sus signos y sus huellas. El creyente ve con el corazón. **«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»**

Ver con el corazón entra en la órbita de la experiencia, del amor y la gracia. No es puro sentimiento o un cierto voluntarismo o una simple adhesión a la autoridad. La fe es gracia y es luz. No es un: *“creo porque sí”*, pero es un: *“creo sí”*. Lo mismo que puedo decir: *“Amo porque amo”*, también puedo decir: *“creo, porque amo”*; o mejor aún: *“creo porque soy amado”*, porque la iniciativa es de la gracia de Dios.

Tu no ves a Dios, pero sientes vivamente que te envuelve su misericordia, tan cercano, tan íntimo, como aliento de tu aliento. *“Eres amado, luego Cristo vive”*.

- **No ves a Dios**, pero ves su mano providente en todas las cosas.
- **No ves a Dios**, pero ves su misterio amoroso en la profundidad de las personas y de los seres.
- **No ves a Dios**, pero ves en el mundo reflejos de su bondad y de su belleza.
- **No ves a Dios**, pero te sientes incondicionalmente amado por un Amor inmenso.
- **No ves a Dios**, pero lo palpas en las comunidades de amor auténtico.
- **No ves a Dios**, pero sientes una fuerza que te supera para amar, para crear, para sufrir...

Hoy vemos al Señor en la Iglesia, que reúne a los buscadores de Dios; en los pobres, imagen viva de su amor; en su Palabra escrita y manifestada en los acontecimientos; en los Sacramentos, expresión de su compañía eficaz; en tantas y tantas personas que viven y dan su vida en la construcción del Reino. Vemos a Dios reflejado en rostros compasivos, en comunidades fraternas, en mensajes reconciliadores, en oraciones confiadas...; en la brisa silenciosa, seguimos viendo al Señor.

A pesar de la oscuridad de la muerte, ha ganado la luz de la resurrección. La victoria de Dios es un hecho. Jesucristo está vivo, es el principio y el fin, es el Señor. **¡Todo tiene sentido!** Ahora entendemos su vida entregada; contemplamos su pasión salvadora y su resurrección, que anticipa la victoria universal de Dios. La resurrección no ha evitado el sufrimiento ni ha evadido el dolor, no ha disminuido el compromiso pero, sobre todo, no ha dejado que el fracaso, la noche y la muerte fueran las últimas palabras.

**DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 5,27b-32.40b-41): *Obedecer a Dios antes que a los hombres.*

2ª lectura (Apocalipsis 5,11-14): *El honor, la gloria y el poder por los siglos.*

Evangelio (Juan 21,1-19): *Toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.*

No fue sencillo para los discípulos de Jesús sobreponerse al duro golpe de su muerte y aceptar el reto de la resurrección. La muerte de Jesús, en una cruz como un malhechor, los dejó desconcertados a pesar de las advertencias que Jesús les había anticipado. Nunca lo tomaron en serio y así, mientras Jesús trataba de prepararlos para el trance, anunciándoles que iba a morir, ellos seguían haciéndose ilusiones, preparándose para copar los mejores puestos el día del triunfo. Por eso ahora, desconcertados, acaban por resignarse y volver a las andadas. Pedro toma la iniciativa, diciendo que se va a pescar, y, los demás bajando la cabeza se van con él. Hay que seguir, hay que vivir, hay que trabajar. Siempre pensamos, cuando las cosas no suceden como desearíamos, que lo mejor es dejarse de aventuras y volver a lo de antes. ¿Por qué a fuer de realistas, siempre creemos que lo de antes es mejor, porque no damos crédito a la providencia, al milagro, a lo sorprendente? Ellos habían oído el mensaje de las mujeres, el de los discípulos de Emaús, incluso habían tenido su propia experiencia en anteriores apariciones... pero las cosas ya no eran lo mismo, ya no era como antes, ya se habían desvanecido sus sueños de grandeza. Cuando los caminos de la providencia no coinciden con los de nuestras ambiciones, fácilmente dejamos de confiar en Dios, ¿para qué, nos decimos, si no nos va a hacer caso?

La experiencia de los pescadores no pudo ser más decepcionante. Toda la noche tratando de pescar para huir de sus preocupaciones..., y toda la noche perdida, sin coger ni un solo pez. Deciden volverse a tierra desesperanzados... y, cuando ya están de vuelta de todo, ven lo que no habían visto hasta ese momento: un hombre los observa desde la orilla y les habla invitándoles a echar las redes. Después de toda una noche en blanco, debieron sentirse no sólo sorprendidos, sino casi ofendidos. Pero estaban tan cansados que, casi sin darse cuenta, hicieron caso al desconocido y eso les abrió los ojos para reconocer al Señor. La presencia de Jesús junto al lago de Tiberiades coincide con la amanecida. Tenía que ser así. Se dio a conocer por su Palabra y por la pesca. Jesús es buen pescador, y entiende los secretos de la mar y de las olas. El que convirtió el agua en vino, el que multiplicó los panes, el que caminó sobre las aguas y calmó las tempestades, ahora regala a los discípulos una buena redada de peces. La pesca está apuntando al trabajo evangelizador, un trabajo que ha de contar con la presencia de Jesús, porque «*sin mí, no podéis nada*». La abundancia de peces está significando a la Iglesia, llamada a crecer en todos los pueblos, llamada a salvar a todos los hombres, llamada a unir a todas las razas y culturas. «*Es el Señor*». Jesús no era reconocido a la primera. «*Es el Señor*», ¿no sientes su presencia? Se interponían la duda, el miedo, el ropaje y el aspecto del personaje. «*Es el Señor*», Juan reconoció al Señor, el primero, no tanto por la figura, sino por los signos. Tenía mucha fe, más que los demás. Cuando llegó a la tumba vacía, *vio y creyó*, antes que Pedro. Por su mayor fe, va siempre delante. No le hace falta preguntar nada, lleva a Cristo en su mente y en su corazón. «*Es el Señor*», dijo Juan y Pedro se lanzó al agua a su encuentro. De repente todo encajaba: los avisos de Jesús sobre su muerte, los anuncios de la resurrección, su propia experiencia, su corazón. Nunca sabremos cuánto tiempo necesitaron los apóstoles para darse por vencidos y creer en la resurrección de Jesús. Pero lo cierto es que no fueron precisamente crédulos, sino obstinados y que les costó mucho convencerse. ¿No nos pasa a nosotros lo mismo? ¿Cuánto tiempo hace que sabemos y recitamos el credo? Pero... ¿creemos en la resurrección? No es verdad que acabemos de tomarlo en serio en nuestra vida. Tal vez por eso no acabamos de ver a Dios, de reconocer al Señor en momentos puntuales de la vida, en el otro, en el que nos necesita, en las alegrías y en las penas del hermano.

El libro de los Hechos nos relata con todo detalle la reacción de los apóstoles cuando se convencieron de que Jesús había resucitado, que estaba vivo y seguía contando con ellos. Aquel día, recibida la fuerza de lo alto, se lanzaron a los cuatro vientos a dar testimonio de Jesús resucitado y contagiar a las gentes su gozo y su esperanza. En vano trataron de impedirse las autoridades, con el pretexto de no alborotar ni exacerbar los ánimos de los oyentes. Ellos a lo suyo, a cumplir la misión recibida de Jesús. Fueron inútiles las amenazas y los castigos. Ellos a lo suyo, a predicar el Evangelio. Y es que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

La historia de la Iglesia está llena de dificultades y tropiezos para llevar adelante la misión recibida de Jesús. Pero permanece fiel a través de los siglos en llevar a cabo la tarea encomendada. El anuncio de la muerte y resurrección del Señor, que eso es el Evangelio, sigue siendo la tarea urgente e inaplazable de la Iglesia y de todos los cristianos. La eucaristía, que celebramos, como la de Jesús con sus discípulos a orillas del lago, es la gran ocasión para ver al Señor, para reconocerlo, para recibirlo, para recuperar el ánimo y la esperanza, para apreciar su definitiva presencia y sentir las ganas de cumplir con la misión. **¡Vamos, almorzad, comed y bebed, que es mucho lo que hay que hacer!**, nos dice Jesús. Porque el mundo necesita con urgencia una voz de esperanza, de ánimo, de ilusión para poder vivir y construir un mundo más fraternal.

**DOMINGO CUARTO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 13,14.43-52): *La salvación llegue hasta el extremo de la tierra.*

**2ª lectura** (Apocalipsis 7,9.14b-17): *De toda nación, raza, pueblo y lengua.*

**Evangelio** (Juan 10,27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz.*

En la historia ha habido muchas personas, en distintas generaciones y culturas, que han querido expresar a través de la imagen del buen pastor, la situación real e inquietante en que se han encontrado. No lo hacían esperando una solución inmediata sino confiando en quien no engaña ni esconde la realidad, sino que la asume y la encauza hacia la esperanza que es el motor animador de la historia. En dialéctica contraposición a los que considerándose pastores, no son buenos, sino aprovechados, el pastor ha de ser humilde y sensible, debe ser también inteligente y valiente, tiene que ser capaz de dirigir y defender a las ovejas.

Por la misma razón, los primeros cristianos deseando expresar el anhelo del buen guía, animador en las motivaciones internas y protector frente a las autoridades externas que los torturaban y perseguían, por no doblegarse a las pretensiones imperialistas de un poder que se consideraba intocable, en sus manifestaciones artísticas lo representaban con la imagen del Buen Pastor con el que, en lenguaje simbólico por la obligada clandestinidad, personificaban y se referían a Jesús.

Existía ya una larga tradición en utilizar la figura del pastor como referente comparativo, de los que ejercían alguna responsabilidad en la comunidad política o religiosa. Los profetas, ya habían advertido que en el ejercicio de la autoridad hay quienes buscan sus propios intereses, descuidando las necesidades del pueblo y dando satisfacción a sus pretensiones a costa del sacrificio de unas comunidades que veían, impotentes, cómo se desvanecía la confianza que habían depositado en sus guías. Dios quiso llamarse a sí mismo Pastor, que en aquella cultura agrícola significa un ideal de amor humilde, responsable y generoso.

Jesús también utiliza esta figura, tan constante en la tradición bíblica, para marcar una distancia entre su mensaje y otros mensajes, entre su liderazgo de servicio y otros modos de liderazgo, manipuladores de los mensajes y aprovechados de la oportunidad que se les brinda en el ejercicio del poder, para dirigir a la sociedad o a la comunidad por donde ellos quieren, en lugar de pensar en lo que la comunidad y la sociedad necesitan.

En Jesús descubrimos a Dios en su grandeza y en su cercanía, en su misterio y en su ternura, en su inmensidad divina y en su pequeñez humana, en su realidad y en su sinceridad que no engaña ni se deja manipular, que sabe comprender, amar y acoger. No es fácil para la mente humana, habituada a tanta manipulación y a dejarse llevar por quienes le dicen lo que quieren oír, abrirse a la relación confiada de este Dios del que Jesús nos habla. Con Él encontramos a Dios y nos encontraremos a nosotros mismos.

En Jesús es donde hallamos respuesta a las grandes inquietudes que conmueven las zonas más hondas de nuestro ser. Él nos conduce a la fuente en la que mana el agua que da vida y sacia el hambre y la sed. Él seca nuestras lágrimas y tiene palabras que recogen nuestro hondo sentir de seres que buscamos siempre nuevos pastos, nuevos horizontes, nuevas metas, nuevas tierras en las que cultivar y hacer crecer las semillas que albergamos en nuestra constitución de seres humanos.

En Él encontramos quien hará realidad, como dice simbólicamente el Apocalipsis, todo lo que en la historia constituye la esencia humana, el ser buscadores insaciables de un tesoro, caminantes incansables de un camino, aspirantes eternos de un más allá de nosotros mismos en donde podamos encontrarnos, al fin, en paz. A cambio no se nos pide que hagamos determinadas concesiones, ni que depositemos nuestro voto con tal papeleta, ni que paguemos la cuota correspondiente. Solamente se nos pide que conozcamos, que busquemos conocer al Jesús, enviado de Dios, Palabra profunda que nos dice cómo somos y cómo es Dios.

Jesús se presenta como modelo de pastor, en un marco de victoria y alegría pascual. Pastor generoso, capaz de darlo todo, de darse por entero, de dar la vida por sus ovejas; está dotado de toda la fuerza que le viene de Dios. Todo lo que tiene el Padre se lo comunica al Hijo. Están tan estrecha y enteramente unidos, que no hay diferencia, son uno. El Pastor se puso en alto para mirar mejor a su rebaño y para que pudiera ser visto mejor por sus ovejas: **«Mirarán al que traspasaron»**. Alto de miras, alto de ideales, alto de promesas y exigencias. Se puso en alto para cubrirnos con su sombra y para elevar la mirada de cuantos creen en él.

El Pastor no nos quiere gusanos que se arrastran por tierra, o personas que se curvan, doblegadas por cansancios, desesperanzas y fuerzas opresivas. El Pastor nos quiere jóvenes liberados y optimistas, capaces de superar records de altura y de escalar las montañas más elevadas. El Pastor no quiere divisiones y guerras en su rebaño. Quiere que se multipliquen los encuentros, los entendimientos, los acercamientos. Quiere que prevalezca el diálogo sobre las intolerancias, los perdones sobre las venganzas, las acogidas sobre los rechazos, las puestas en común sobre las individualizaciones y egoísmos. El Pastor no quiere que nos conformemos con lo ya conseguido, nos pide un compromiso más, un palmo más, siempre un esfuerzo más.

**DOMINGO QUINTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 14,21b-27): *Les animaba a perseverar en la fe.*

2ª lectura (Apocalipsis 21,1-5a): *Ésta es la morada de Dios con los hombres.*

Evangelio (Juan 13,31-33a.34-35): *Conocerán que sois discípulos míos si os amáis unos a otros.*

En la última cena de Jesús con sus discípulos, el Maestro les entrega signos y palabras que deberán permanecer siempre como distintivos de que Él está vivo y de que ellos (y nosotros) sus discípulos, prolongamos la vida del Señor a lo largo de la historia. **«Si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros»**. Así, desde ese mismo instante, ha quedado para siempre el gesto de hacer el lavatorio de los pies, prueba de entrega en servicio a los demás, como hizo Jesús, Maestro y Señor.

Hoy escuchamos otra petición o deseo de Jesús para los suyos, para el discipulado de todos los tiempos: **«Amaos unos a otros como yo os he amado»**. Esta, no otra, será la señal por la que os conocerán. No conviene pasar muy deprisa por estas palabras, esta frase tantas veces oída y pocas veces entendida y puesta en práctica, porque quizá sólo la comprenderemos y viviremos del todo después. Mientras llega ese día, siempre estaremos en camino de crecer en el conocimiento del amor que Dios nos tiene, y en nuestro compromiso de amar cada vez más y mejor a los hermanos.

El amor de Dios nos precede y acompaña siempre. **«El amor puede ser mandado porque antes es dado»**, nos ha dicho Benedicto XVI en su Encíclica *“Dios es Amor”*. Dios ama a su pueblo y a sus hijos entrañablemente, desde sus entrañas maternas: **«¿Podrá una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvido»**, dice el Señor, que te quiere entrañablemente. Palabras como estas del profeta Isaías y otras parecidas, llenan la Biblia y han llenado de gozo y esperanza la vida de muchas personas a lo largo de la historia.

El amor cristiano es siempre un amor *“agradecido”* a aquel que nos amó primero. En las palabras de Jesús, una de ellas, pasa casi desapercibida en una lectura rápida, pero es clave para nuestra meditación y comprensión; la palabra es: **“como”**. Ese **«como yo»** debe ser la clave del amor para los discípulos de Cristo, porque con frecuencia las palabras más sublimes, son desvirtuadas cuando las empleamos de una forma rutinaria.

Muchas declaraciones de amor encierran en sí mismas un egoísmo grande. Y si nos examináramos con desnudez delante de Dios, habremos de reconocer que las relaciones entre los hermanos, públicas y privadas, eclesiales y sociales, personales y colectivas, tuyas y mías, no están inspiradas por un amor como el de Jesús. El amor no es la fuente, en demasiadas ocasiones, de las acciones y de las actitudes humanas, incluidos también los que nos llamamos y presumimos de cristianos. Tampoco parece que sea el amor quien mueva las relaciones internacionales en un mundo que sistemáticamente destruye la naturaleza y mata de hambre a sus moradores.

La Iglesia ha sido *“convocada”* para ser testigo de este amor y, el primer paso es *“dejarse amar”*. Nadie puede saber lo que es el amor de Cristo si antes no lo experimenta. Sin amor no puede haber comunidad ni puede haber seguimiento de Cristo. Hay muchas clases y niveles de amor, el de los cristianos debe ser el más grande, - *“la luz que más brille”*.- Si hay personas compasivas, *ellos más*; si hay personas generosas, *ellos más*; si hay personas serviciales, *ellos más*; si hay personas fraternales, *ellos más*. Siempre un poquito más, en un intento de asemejarlo al amor de nuestro Señor Jesucristo.

El amor de Jesucristo, ¡es un misterio!, ¿quién lo puede medir?, ¡no tiene igual! Puedes agregarle todos los calificativos: desprendido, generoso, magnánimo, dadivoso; gratuito, regalado, paciente y probado; espléndido, partidario, adicto, solidario; amable, atento, cortés y completo; inclinado, servicial, absoluto, incondicional; clemente, desmedido, ilimitado y sufrido; caritativo, amistoso, compasivo, misericordioso; inmenso, definitivo, fiel y leal hasta el final. Pues bien, siempre será mejor y siempre será mayor. Ese amor no se conquista, es un regalo, es un don. Él nos amó primero. **«Como yo os he amado»**. La experiencia de ese amor es esencial en la vivencia cristiana, para después poderlo mostrar y dar al mundo.

**«El primero entre vosotros, que sea vuestro servidor»** (Mateo, 20.26). Desde esta experiencia los discípulos de Cristo, se aman **con el amor de Cristo**; desde esta experiencia los cristianos, aman a los demás **con el amor de Cristo**. Es el argumento que el mundo espera de la Iglesia. **Es un reto**, no se convence con palabras y argumentos, sino con el testimonio del encuentro en el amor: **«En esto conocerán que sois mis discípulos»**. Al quedar suprimida en la Comunidad toda relación de poder, sustituyéndolo por el espíritu de servicio, seremos dichosos. La Iglesia no se apoya en el poder ni en el dinero ni en la ciencia, sino en el amor, en la debilidad y la fuerza del amor, cuya máxima expresión es la cruz: **«En la Iglesia no hay más ministerio que el del servicio, y toda dignidad no es más que ordenación del servicio, un servicio fraternal»** (Benedicto XVI). A este amor personalizado le llamamos también fuerza del **Espíritu Santo**.

**DOMINGO SEXTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 15,1-2.22-29): *Algunos os alarman e inquietan con sus palabras.*

2ª lectura (Apocalipsis 21,10-14.22-23): *Es su santuario, el Señor Dios y el Cordero.*

Evangelio (Juan 14,23-29): *La paz os dejo, mi paz os doy.*

La presencia de Cristo Resucitado en la tierra, en medio de sus apóstoles, llega a su fin. El Resucitado, con su presencia visible, se va alejando y enseña a entrar en esa otra dimensión de comunión con Él, con su Padre y con el Espíritu, que son invisibles. En un amplio discurso de despedida, Jesús va dando una serie de enseñanzas e instrucciones para cuando Él falte; ¿qué les sucederá a los discípulos cuando Él les deje? Jesús conoce sus temores reales, les previene, trata de darles ánimo y de tranquilizarlos: **«Qué no tiemble vuestro corazón ni se acobarde».**

Jesús habla a los discípulos del amor como fundamento de la comunión con Él y con su Padre, y establece una estrecha relación entre amor a Jesús y a su mensaje. Jesús identifica su mensaje con el Padre, y este trata, principalmente, del amor a los hombres, como ha demostrado a lo largo de toda la historia de Israel, poniéndose siempre de parte del oprimido e injustamente tratado. Fue su amor el que los sacó de la esclavitud de Egipto. Este mismo mensaje es el que Jesús cumple y transmite a sus discípulos.

Sus recomendaciones o mandatos, por tanto, se refieren en particular al amor, que se muestra, ofreciendo al oprimido el medio de salir de su opresión. Es el mensaje de un éxodo fuera del sistema injusto, abriendo los ojos de los ciegos para que conozcan la dignidad humana según el designio de Dios y haciendo caminar a los paralíticos por entre las ideologías opresoras; es el amor al hombre manifestado en el compartir su independencia liberándolo de la explotación. Para seguir esta línea que llega hasta la entrega de la propia vida, hay que estar identificados con Jesús. Es el Espíritu, fuerza del amor de Dios, el que identifica con Él e imprime al hombre su dinamismo para la acción.

Cuando Jesús falte, los discípulos no quedarán huérfanos; contarán con el Espíritu Santo que estará siempre con ellos: **«El Paráclito, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho.»** “Paráclito” es un término que significa “abogado”, “defensor legal” en el tribunal de la vida y “asesor jurídico” en el mundo hostil, y lo que es más, este Espíritu estará con ellos y será el maestro de la comunidad; su misión será recordar el mensaje y hacer que se comprenda. Jesús promete su presencia interiorizada en el corazón de cada discípulo. Si Jesús es la morada del Padre, ahora revela que, todos los creyentes se van a convertir en “templo vivo” donde fijarán el Padre, Él y el Espíritu Santo su morada. Signo de dicha presencia será **observar su mensaje, es decir, su amor.** Esta presencia de Dios en la comunidad cristiana y en cada miembro cambia el concepto antiguo de Dios y la relación del hombre con Él. Hasta ahora se concebía a Dios como una realidad externa, lejana y distante; la relación entre Él y los hombres se establecía a través de la ley; su observancia atraía el favor de Dios. El mundo quedaba en la esfera de lo “profano”; había que salir de él para entrar en la esfera de lo sagrado, donde se encuentra Dios. Así se establecía una clara división y separación entre los dos mundos.

La venida del Espíritu de Jesús y del Padre significa el cambio de relación entre Dios y el hombre. La comunidad y cada miembro se convierten en morada de la divinidad, la misma realidad humana se hace santuario de Dios. De esta manera Dios sacraliza al hombre y, a través de él, toda la creación. No hay ya ámbito sagrado donde Dios se manifieste fuera del ser humano. Dios Padre ya no es un Dios lejano, sino el que se acerca al hombre, objeto de su amor, formando comunidad con él. Buscar a Dios no exige ir a encontrarlo fuera de uno mismo, sino dejarse encontrar por Él, descubrir y aceptar su presencia por una relación, que ya no es de siervo-Señor, sino de Padre-hijo. Esta nueva relación del ser humano con Dios implica también una nueva relación de los hombres entre sí.

La Palabra y el Amor están muy relacionados: **«El que me ama guardará mi Palabra.»** Por otra parte también se nos dice: **«El que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama.»** ¿Qué es primero, la Palabra o el Amor? Tendríamos que optar por el Amor. Nadie escucha si no ama. Aunque también es verdad que nadie ama lo que no conoce. Todo está muy relacionado, pero la predisposición propia no es la curiosidad, conocer por conocer, sino la disponibilidad, la acogida amorosa de la Palabra.

Lo mismo podríamos decir sobre la fe y el amor. **¿Creo porque amo o amo porque creo?** El amor conduce hacia la fe, como en María, como en Magdalena, como en Pedro; y la fe conduce al amor, como en José, como en Marta, como en Juan, como el centurión que se consideraba indigno.

Al fin y al cabo, la Palabra de Cristo es **Amor: -«Que mi Padre os ama, que os améis como yo»-** Quien escucha está acogiendo un mensaje y una energía de amor. Quien ama está alimentándose de la Palabra. Guardemos, pues, la Palabra amando y amemos escuchando la Palabra, así seremos testigos de la realidad, del misterio de Cristo. Demasiados sufrimientos tenían los hombres para que venga el Hijo de Dios a echar nuevas cargas sobre sus hombros. Demasiados sufrimientos tienen los pobres y los hombres todos para que venga la Iglesia a exigirles más. No, todo lo contrario. La Iglesia está para liberar al hombre de tantos yugos y cadenas que lo despersonalizan: **«Venid a mí los que estáis cargados y fatigados y yo os aliviaré.»**

## **LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR**

**1ª lectura** (Hechos 1,1-11): *Se elevó a la vista de ellos.*

**2ª lectura** (Efesios 1,17-23): *Le sentó a su derecha en el cielo.*

**Evangelio** (Lucas 24,46-53): *Mientras les bendecía, iba subiendo al cielo.*

Jesús sube al cielo, los apóstoles, embobados, contemplan su ascensión y los ángeles, reconduciendo la mirada de los discípulos a la tierra, amonestan: **«Galileos. ¿Qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?»**

El acontecimiento decisivo de esta historia no es el hecho de que Cristo suba al cielo, de que Jesús vuelva al Padre. La Ascensión no es la narración de una despedida sino el relato de un encargo, el envío a una misión. El fin del tiempo de Jesús de Nazaret es el comienzo del tiempo de la Iglesia.

Todo ha cambiado con la resurrección de Cristo. Y, la bendición que Jesús da a sus discípulos, lleva implícita una misión, un cometido. Cuando Jesús les dice: **«Sed mis testigos en el mundo entero»**, los discípulos reciben una responsabilidad, adquieren un compromiso.

Jesús los bendice y los envía a Jerusalén, no para que conserven la bendición para sí, sino para que ellos sean transmisores de esa bendición para todas las gentes. Además les anuncia: **«Yo os enviaré lo que mi Padre ha prometido; vosotros quedaos en la ciudad, hasta que os revistáis de la fuerza de lo alto.»** Jesús anuncia la unión intensa entre el cielo y la tierra. Aquí les predice el acontecimiento de Pentecostés.

Después se dice: **«Ellos se volvieron a Jerusalén con gran alegría»**. Llama la atención, la reacción de los discípulos. Habría que pensar en una despedida dolorosa. El amigo a quien quieren y con el que han vivido tanto, se marcha y los deja. Han caminado recorriendo junto a él el país; han comido y convivido con él días y noches. Jesús los lleva hacia Betania, los bendice y se separa de ellos, ascendiendo hacia el cielo.

Ya no ocurre como en la mañana de Pascua, en que unos huían de Jerusalén para Emaús y otros se encerraban llenos de miedo. De pronto Jerusalén ya no es más el lugar de la consternación y la muerte, del que hay que escaparse, sino el lugar de la vida, de la fe y de la predicación. Ahora, **“llenos de alegría”**, viven en Jerusalén en medio de las gentes, van con ellas al templo y celebran el culto.

**“Y dejas, Pastor santo, tu grey en este valle hondo y oscuro”**, dice el poeta; abandona nuestra tierra y regresa al Padre. Una lectura superficial de esta narración puede dar la impresión de que Jesús nos abandona. En realidad este punto de vista es falso. ¡Jesús no nos ha abandonado! Además de prometer a los suyos el Espíritu Santo que les proveerá de la fuerza necesaria para ser sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra, Jesús anuncia a sus discípulos: **«Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»** (Mateo 28,20).

La despedida de Jesús abre un espacio en el mundo para lo nuevo, para una gozosa esperanza. La historia de la Ascensión es la historia de unos hombres que se han hecho adultos. Ser adulto quiere decir ser independiente, vivir sin una figura que está junto a nosotros y nos dice lo que hay que hacer. **¡Toda una aventura!** Jesús se despide de los suyos porque tiene confianza en ellos, porque confía en que ellos, puedan llevar su palabra y su bendición a todos los hombres.

El misterio de la Encarnación se prolonga indefinidamente. Dios se hizo hombre en el hijo de María, pero se sigue haciendo hombre en los pobres, en los tristes, en los enfermos, en todos los que sufren; se hace hombre en los hermanos, en todos los hombres que están llamados a ser nuestros hermanos.

Él está en el cielo, pero, nuestras manos son ahora sus manos, nuestros pies, son ahora sus pies, nuestra voz es ahora su voz. Nosotros somos hoy esas personas de la confianza de Cristo; somos nosotros en quien confía para llevar su mensaje de esperanza y amor a todos los confines de la tierra.

Dios se humaniza en el amor humano, en los que se quieren, en los que viven en común, en los que rezan unidos. Dios se humaniza en los que creen en Jesús y guardan su palabra, en los que se dejan guiar por el Espíritu, en los que transforman sus vidas viviendo en Jesucristo, como un matrimonio espiritual. Dios se humaniza en los que comen el cuerpo y la sangre de Cristo, en los que se identifican con Cristo Pastor, en todos aquellos que pueden ser considerados como **“otros cristos”**.

No es preciso viajar a Tierra Santa para encontrar a Jesús. Jesús ha dejado sus huellas en este mundo y podemos encontrarlo en la oración, en la escucha de su Palabra, en la reunión de la comunidad. Pero, sobre todo, nos lo vamos a encontrar cuando nos preocupamos de los pobres, de los enfermos, de todos los marginados por esta nuestra sociedad, allí es donde nos lo encontraremos: **«Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis»** (Mateo 25,40).

En todas partes donde los hombres crean un espacio de justicia y amor, allí está Jesús presente; allí donde se crea un pedazo de cielo para los demás, allí está Jesús presente. Todo se resume en el amor: **«Tú que por el camino de amor descendiste hasta nosotros, haz que nosotros, por el mismo camino, ascendamos hasta ti»** (Oración litúrgica).



**PASCUA DE PENTECOSTÉS**

**1ª lectura** (Hechos 2,1-11): *Estaban todos reunidos en el mismo lugar.*

**2ª lectura** (Romanos 8,8-17): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

**Evangelio** (Juan 14,16-16.23b-26): *Vendremos a él y haremos morada en él.*

La santidad forma parte del nombre y definición del Espíritu. Dios es santo ¡naturalmente!, incluso “*es tres veces santo*” y así lo proclamamos diariamente, en la Eucaristía: **SANTO, SANTO, SANTO...**; más, en el Espíritu, no es una cualidad, sino que es su esencia, pues sólo al Espíritu lo nombramos así. La santidad, en el A.T. tiene un matiz de separación de todo lo profano e impuro, un Dios inaccesible. Para acercarse a este Dios hay que descalzarse, lavarse, purificarse una y mil veces.

En el N.T. la santidad nos llega por una acogida plena del Espíritu Santo, que nos lleva a una íntima participación en la vida de Cristo y una comunión con el Padre. Traduciendo en expresión más concreta, como Dios es amor, como Cristo es la encarnación de este amor, la santidad se irá consiguiendo en la medida en que vivamos el amor de Dios. No es más santo el que reza, el que domina su cuerpo, el que hace más ofrendas y sacrificios, sino el que más se ejercita en el amor.

Si todo lo relativo a Dios es indefinible, por el abismo de su misterio, mucho más lo que es referente al Espíritu, porque nos faltan analogías. Sabemos algo de lo que es un padre y de lo que es un hijo, pero **¿Y del Espíritu?** Por eso, hablando de Él, utilizamos más la poesía, los símbolos, los efectos de su presencia. Conocemos al Espíritu por experiencias. Lo que importa saber es que el Espíritu “*es el aliento de Jesús*”, que todas las palabras y acciones de Jesús, eran inspiradas y movidas por Él. Y de Jesús, de su aliento y de su costado nos llega a todos.

Al “*desaparecer*” Jesús de la vista de sus discípulos, desaparece Aquel que les invitaba a vivir la manera de estar en el mundo de forma diferente a como lo hacían sus contemporáneos; Aquel que iba por delante de ellos en el camino. Por eso, cuando la obra de Jesús, tanto para sus discípulos como para aquellos que se oponían a él, resulta un fracaso, las aguas vuelven a su cauce. Los dirigentes judíos a su templo y a sus “*negocios*” con Dios y con los hombres, y los discípulos a tratar de pasar inadvertidos para que nadie se fije en ellos y esto les traiga problemas.

Va a acontecer, ni más ni menos, lo que Jesús ya les había indicado: recibiréis la fuerza de lo alto, el espíritu que os irá guiando en lo que debéis hacer y decir delante de los hombres cuando os escuchen, en sus diferentes situaciones, y también cuando, los que pretenden organizar la vida a su antojo, os persigan por ser discípulos míos.

En nuestra sociedad se ha exacerbado el sentido de la propiedad privada; crecen sin cesar las medidas de seguridad: guardias, vallas, perros, rejas, cámaras acorazadas, puertas blindadas..., todo se protege: las casas, los enseres, el dinero, las joyas, las obras de arte..., todo menos las personas anónimas, a las que les cerramos las puertas y a las que, sin darle la menor importancia, le quitamos el trabajo, le arrebatamos su dignidad y las convertimos en objetos de placer o de malos tratos, las ignoramos y las dejamos morir de hambre. Cerrar las puertas no es la mejor manera de perder el miedo y, aislarse no conduce a la libertad ni conlleva la felicidad. En el caso de los discípulos de Jesús **«el miedo a los judíos»** es vencido por la fuerza del Espíritu Santo.

Vencidos todos los miedos, los exteriores y los interiores, en cada uno de ellos y en la comunidad, saldrán a la vida, a la relación con las personas y con los acontecimientos. Y hablarán de su experiencia con Jesús y, al hablarles de lo que habían escuchado y de lo que le habían visto hacer, harán como Él: liberarán de las ataduras, sanarán de las enfermedades y animarán a vivir en grupo y a compartir lo que hacen, lo que tienen y lo que son.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, leemos: **«los que acogieron su palabra se bautizaron y se les agregaron aquel día unas tres mil personas»** Menuda catequesis; qué poder de convencimiento el de los apóstoles. **¿Por qué hoy nos cuesta tanto convencer a alguien para que se convierta en seguidor de Jesús y forme parte de nuestra comunidad cristiana?**

Debemos acercarnos a la Palabra de Dios con sencillez, compartiendo nuestras reflexiones, inquietudes y experiencias, en grupos, con la ayuda de aquellos que la estudian y la conocen mejor que nosotros, para así ir creciendo en la fe y conocimiento de Jesús. No debemos leerla como hacemos con las noticias o crónicas que nos llegan de los diferentes acontecimientos y que además, cuando las contrastamos con otro medio de comunicación, vemos que están en completo desacuerdo; dependiendo, siempre de quién lo cuente y de si está a favor o en contra del evento que está narrando.

Lo que Lucas, y los demás cronistas de los primeros tiempos de la comunidad eclesial, nos quisieron transmitir es que tanto ellos, que comunicaban su experiencia personal y comunitaria, como los oyentes de ese anuncio se sentían atraídos por las palabras y por los hechos de Jesús.

Por eso, al intentar llevar a la práctica ese estilo de vida eran conscientes de que, sólo contando con una fuerza tan extraordinaria que venga de Dios, podían desde su debilidad, realizar las mismas obras transformadoras que realizó Jesús. Y esto es “*algo*” que ni los judíos, ni el mundo, ni nadie podrán ya detener.

**LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

1ª lectura (Proverbios 8,22-31): *La Sabiduría fue formada antes de comenzar la tierra.*

2ª lectura (Romanos 5,1-5): *Nos apoyamos en la esperanza de alcanzar la gloria.*

Evangelio (Juan 16,12-15): *Os comunicará lo que está por venir.*

Profesamos nuestra fe en Dios uno y trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La profesamos desde nuestro nacimiento espiritual, hasta que morimos abrazados a la cruz. La profesamos en nuestras oraciones, signos y bendiciones, catequesis y enseñanzas, cantos, nombres y tradiciones.

Aunque no hemos sido muy conscientes de la importancia espiritual de este misterio, sabemos, por la gracia de Dios, que es fuente, marca y meta de toda nuestra vida: **Fuente** y origen de toda vida y toda gracia, tres corrientes en una; **Marca** porque estamos hechos a su imagen, con dinamismo de comunión; y **Meta** ya que «*Nos has hecho, Señor, para ti*», y caminamos hacia nuestro destino definitivo en tu abrazo trinitario.

El **PADRE**, es “*mano blanda*” según San Juan de la Cruz. Blanda por la ternura y la misericordia. Pero también mano fuerte, creadora y protectora. De sus dedos salieron las espirales de estrellas, la vida innumerable, las figuras del hombre y la mujer, bien moldeadas. El **HIJO** es “*toque delicado*”, cercanía sustancial a nuestra carne. Su toque era curativo y amistoso. Su toque era transmisión de gracia. Su toque elevaba y dignificaba. Después Él se dejó tocar y traspasar para redimirnos y salvarnos. El **ESPÍRITU** es “*llama viva*”, que purifica y transforma, da calor y amistad, embellece y transfigura. De su llama se desprenden emanaciones, inflamaciones y cauterios de amor hecho fuego, que apasiona. Ya nunca tendremos frío, porque Él es “*nuestra calor*”. Ya nunca tendremos miedo, porque en Él estamos encendidos.

**Padre, Hijo, Espíritu Santo**, unidos en fuerte abrazo, viviendo la comunión perfecta, sosteniendo y recreando la vida toda, desbordando en hijos y familias, tan distintos, tan iguales; sostén y fundamento de todo lo creado. La **Trinidad** no es sólo para crearla, es para practicarla y para vivirla. Sí, estamos hechos a imagen y semejanza de la Trinidad, pero no se refiere a lo físico o a cualidades más o menos buenas, más o menos brillantes; ni porque tengamos conciencia de lo bueno y de lo malo o porque seamos libres para lo bueno y para lo malo; ni siquiera porque tengamos afán de superación o capacidad creativa. Todo esto es un conjunto de valores que colocan al hombre en el centro de la creación.

Pero la imagen divina con la que estamos marcados es más honda, llega al núcleo de nuestro ser y nuestra personalidad, se enraíza en nuestra rica constitución. Podríamos llamarla dinamismo de relación, de acogida, de comunión y de entrega. Porque **Dios es amor**, el hombre está hecho de manera que tiende con toda su fuerza a vivir en relación. El hombre que se encierra en sí mismo, se convierte en autista y es una caricatura de persona. El hombre es más humano y más persona en la medida en que se abre, se comunica, dialoga, comparte y ama. El hombre no se crea a sí mismo ni se realiza para sí mismo. ¡Depende de tantas personas y circunstancias amorosas!, se perfecciona cuando vive para los demás.

Este es un proceso largo, penoso y difícil. Tenemos también otras tendencias que bloquean este dinamismo. «*Nuestro camino ha de ser liberador, superando tendencias y pasiones que te “curvan” que te atan, te destruyen*» (S. Agustín); tenemos que ir conquistando etapas y metas marcadas por la belleza, la dignidad, el servicio, la comunicación...

Practicar la **Trinidad** es ir multiplicando las acciones que forjan comunidad. Vivir la Trinidad es sentir e irradiar todas las virtualidades del amor, de la *ágape*. «*La caridad es el elemento esencial de la Santísima Trinidad*». Entonces, las imágenes más parecidas de la **Trinidad** son aquellas en las que brillan los valores divinos, como la amistad, la familia, el grupo, la asociación, la comunidad. Esto exige que las personas alcancen un grado notable de libertad y dignidad, que respeten y estimen al otro, sea quien sea y de la condición que sea, que aprendan a dialogar, a compartir y a servir. Entonces, cuantos trabajan por la liberación de los hombres y los pueblos, cuantos se esfuerzan por dar a todos la palabra, cuantos luchan por la igualdad y la solidaridad, son imágenes trinitarias e instrumentos en manos de la Santísima Trinidad.

¡**Dios es nuestra meta!** Hacía Él caminamos todos, aunque no lo sepamos. En todas nuestras búsquedas sinceras Dios se hace el encontradizo o las va alentando. Cuando deseamos un mundo mejor, comprometidos por la paz y la solidaridad, estamos deseando a Dios. Cuando tenemos hambre y sed de justicia, estamos “*hombreando*” a Dios. Cuando buscamos la verdad, la belleza, la felicidad completa, estamos anhelando a Dios.

Nos encaminamos hacia Dios uno y trino cuando nos queremos, cuando formamos familia, cuando trabajamos por la tolerancia, el diálogo y la reconciliación, levantando bandera contra el armamentismo y la tiranía, cuando optamos por el encuentro de los pueblos, las razas, las civilizaciones y religiones, estamos dando pasos hacia la Trinidad.

«*Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti*»

**EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO**

1ª lectura (Génesis 14,18-20): *Melquisedec, sacerdote de Dios, sacó pan y vino.*

2ª lectura (Corintios 11,23-26): *Proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.*

Evangelio (Lucas 9,11b-17): *Comieron todos y se saciaron.*

Una persona hambrienta siempre ha sido una miseria, una desgracia condenada a muerte prematura. Una persona que mendiga un trozo de pan es una criatura carente de los derechos más fundamentales, una caricatura de hombre y de hijo de Dios. Por eso Jesús, un día, multiplicó los panes y los peces, como signo de una nueva creación. El alimento, primero compartido, luego bendecido y multiplicado, después sobrante y recogido, es un ejemplo a seguir, marca unas pautas de comportamiento. Se trata de sumar y compartir, de respetar y agradecer, de multiplicar y bendecir, de guardar y prever con prudencia o providencia y austeridad.

No quiso Jesús, en el desierto, convertir las piedras en pan, porque sería solución mágica y vanidosa, que no educa ni salva. Tampoco dio de comer a todos los pobres todos los días, pues no era esa su misión; ¿qué iban a hacer los agricultores, panaderos, economistas y políticos?, lo suyo era iluminar, enseñar el camino a seguir. Lo mismo que cuando curaba enfermos, quería decir que la fe, la cercanía y el amor generoso, hacen milagros. Si hablamos, no de hace dos mil años, sino de nuestra realidad económico-social, diremos que una persona mal nutrida, prematuramente envejecida, que llega a morir por hambre o enfermedades derivadas o enfermedades que podrían ser curadas, no sólo es una miseria desgraciada, sino una blasfemia y un sacrilegio; o si preferimos un lenguaje secularizado, diremos que es una tremenda injusticia, una crueldad inhumana, una corrupción de personas y sistemas, una perversión de las estructuras políticas, económicas y sociales.

Hoy tenemos alimentos suficientes para alimentar a una humanidad muy superior a la que existe, hoy tenemos medios suficientes para convertir nuestra tierra en un paraíso. *«Otro mundo es posible»*. Hoy podemos hacer un mundo nuevo, pero nos falta voluntad, y luz. Somos a la vez grandes y enanos. Nos sobra inteligencia y nos falta corazón. Hoy no haría falta *multiplicar* los panes y los peces, sino que bastaría con *dividirlos* equitativamente. Aprender a mirar, a sentir y a dividir. No carecemos de alimentos, sino de sentimientos. Carecemos de luz, el egoísmo nos ciega. Seguimos sin ver al que está herido en el camino. Padecemos sordera y aturdimiento, seguimos sin escuchar los gemidos de Lázaro.

En el mundo desarrollado la carencia no es tanto de pan, sino de palabra. Es un tremendo castigo, porque *«no sólo de pan vive el hombre»* (Mateo 4,4). Estamos hambrientos de Palabra: *«He aquí que vienen días-oráculo de Yahvé- en que yo mandaré hambre a la tierra más no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Yahvé»* (Amós 8,11). Y no solamente de la palabra de Dios, sino de toda palabra que ilumina y humaniza. La verdad es que las palabras abundan, tenemos poderosos medios de comunicación y *demasiada* información. Pero la mayor de las veces, en vez de formar, aliena; en lugar de participar, oculta; en vez de unificar, separa, en vez de comunicar, aísla; en lugar de humanizar, embrutece. Necesitamos palabras-luz, palabras-belleza, palabras-encanto, palabras-libertad, palabras-vida. Algo de esto querían expresar los antiguos cuando hablaban del **Logos**.

*«Si el mundo antiguo había soñado que, en el fondo, el verdadero alimento del hombre, aquello por lo que el hombre vive, era el Logos, la sabiduría eterna...»* (Benedicto XVI). Se estaba pensando en esa Sabiduría que orienta la vida entera del hombre, que le ofrece ideales y estímulos, que le gratifica y trasciende. Un derecho fundamental de la persona, es el derecho a la formación, a la educación, a la cultura y al saber. Pero, Sabiduría, es más que ciencia. Saber, equivale a saborear más que a almacenar conocimientos. Nos encontramos con una sociedad que consume palabras, imágenes, música, pero no *saborea*; hay carencia de ideales y valores. Se ansía la gratificación momentánea, pero se constata desencanto y vacío. Ya no se trata de no tener hambre de palabra, sino de algo peor, no tener hambre de nada. *«Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia»* (Mateo 5,6), de verdad, de libertad, de solidaridad, de amistad, de Dios.

Benedicto XVI completaba la frase antes citada: *«Ahora el Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor. La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús»*. El Logos se ha hecho carne. La sabiduría de Dios *«echó raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad»* (Eclesiástico 24,12). Se mezcló entre los hombres, nos enseñó su verdad, nos alimentó con sus palabras de vida. Se hizo para todos, *camino, verdad y vida*. Quien escucha a Jesús será iluminado. Quien cree en Jesús será salvado, vivirá en plenitud.

*«El Logos se hizo pan.»* Ahora sí que puede saciar nuestras hambres todas. Jesús se ofrece como pan de vida. Quien se alimenta de Jesús ya no volverá a tener hambre ni sed. Quien come a Jesús ya no morirá: Pan, Palabra, Amor. Pero no seamos egoístas. No nos contentemos con escuchar y guardar la Palabra, tenemos que compartirla. Tenemos que ser profetas y predicar la palabra a los demás. Tenemos que hacernos palabra, encarnarla, que la palabra se haga carne en nosotros. No te contentes con alimentarte **tú**, tienes que alimentar **tú** a los hambrientos, tienes **tú** que hacerte pan y luz para los demás.

**DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (2º Samuel 12,7-10.13): *Te ungi rey, liberándote.*

2ª lectura (Gálatas 2,16.19-21): *Vivo de la fe en el Hijo de Dios.*

Evangelio (Lucas 7,36-8,3): *Tus pecados están perdonados.*

Jesús con su mensaje, pero, sobre todo, con su conducta, cambió muchas cosas. Pero lo que más llama la atención es el cambio que introdujo en los valores que deben regir la vida de las personas y en la conducta que tienen que adoptar. Para los judíos el ideal de santidad lo colocaban en el cumplimiento escrupuloso de la ley y tradiciones.

En la escena que Lucas nos presenta hoy, una mujer pecadora se acerca a Jesús, y Jesús no la rechaza sino que la acoge con amabilidad, se deja tocar, besar... vuelve el evangelista sobre uno de sus temas favoritos: **“la misericordia de Dios con los pecadores”**. Jesús sigue desarrollando su ministerio en Galilea, pero no todos entienden sus gestos de misericordia, y le acusan de ser amigo de pecadores y comer con ellos.

Jesús es invitado a un banquete lo que significa que, quien lo invita, le considera persona honorable. Pero todo queda en entredicho, cuando una persona, considerada pecadora y que además es mujer, irrumpe en la casa y comienza a bañar los pies de Jesús con sus lágrimas, **«se los besaba y se los secaba con su cabellera.»** Todos estos gestos, dadas las circunstancias, resultaban escandalosos, y es explicable la reacción del fariseo para quien el contacto físico con una pecadora es causa de impureza. No cabe duda que es sorprendente que Jesús se deje tocar por la mujer pecadora sin oponer ninguna resistencia.

Simón era un varón piadoso y moralmente intachable, no obstante, es incapaz de comprender los gestos de misericordia de Jesús, ya que, por creerse bueno y justo, jamás lo ha experimentado. Por eso, no puede entender la gratitud del amor misericordioso y el perdón de Dios.

Los cambios, cuando van al fondo de las cosas, producen desconcierto. Esto sucedió a Juan el Bautista, que esperaba y creía en el cambio, pero basado en el modelo de reconvenciones y amenazas. Jesús, sin embargo, vio que lo que varía radicalmente a la gente es el cambio basado en una cercana acogida; por eso, nunca Jesús amenazó. Mayor desconcierto provocó en todo el ambiente judío y farisaico el modelo de acogida y aceptación que practicaba Jesús, ya que cuestionaba el mismo fundamento del sistema, llamado **“sistema de pureza y santidad”**.

Estos cambios fueron tan profundos, que sorprendieron, desconcertaron y hasta escandalizaron, sobre todo, a la gente más religiosa. Sin embargo, los pecadores, los publicanos, las prostitutas, las mujeres de mala fama, los excluidos se sentían bien con Jesús. Sin duda porque Jesús no los rechazaba, ni les condenaba, por el contrario, los comprendía, los acogía, los trataba con respeto y en él, encontraban cariño y compasión todas aquellas personas, que para la gente respetable eran de mala fama. Los fariseos de entonces y de todos los tiempos no pueden comprender ni aceptar la paradoja central del evangelio: **“el amor y el perdón totalmente gratuito de Dios”**.

De acuerdo a este sistema, el fariseo queda profundamente desconcertado: **¿Cómo va a ser éste un profeta, un hombre de Dios, cuando Dios es garante del orden expresado en las normas de pureza, que prohíben tocar a una mujer impura?** Por contra, Jesús no responde a los criterios establecidos de honor y de pureza, sino que en nombre de Dios ofrece otro orden y otros valores alternativos. Jesús es profeta de un Dios que se afirma como misericordia y no como santidad.

En otros muchos momentos, aparece Jesús junto con los pecadores y come con ellos. En este comportamiento de Jesús se ve clara su actitud: **“La acogida tierna y entrañable”**. En esto se distancia tanto de Juan el Bautista, como de los demás grupos. Con todo esto, no significa que Jesús no reconozca la realidad del pecado, reconoce la pecaminosidad del ser humano; ni tampoco la minimiza, pero recalca que, la venida del reino es gracia y no es venganza, ni desquite, ni un juicio severo. Por eso, no rechaza a la mujer pecadora, pero tampoco ataca a Simón; quiere hacerle comprender, con la parábola del prestamista.

¡Es una acogida liberadora!, por eso el reconocer el propio pecado, ya no lleva a la angustia, ni al miedo, sino que es algo liberador. Si los milagros libran del mal físico, y la expulsión de los espíritus del poder del mal, la acogida es liberadora de la esclavitud interior, y lo es porque en la acogida resplandece el amor gratuito que nos ama tal como somos, incluso nos ama mucho más que nos merecemos.

La acogida es liberadora porque devuelve la dignidad de los despreciados y marginados. Lo que dignifica a las personas es el amor, por eso, **«el más desvalido y olvidado, vale más que todo el oro del mundo, porque es hijo de Dios y hermano nuestro»**. Esta acogida, expresión de un amor incondicional de Dios, logra, lo que no logra las puras exigencias morales, ni las amenazas, ni las condenas, ni los desprecios sociales, logra la liberación gozosa interior. ¡Qué bien lo expresa la mujer pecadora! El gran amor, que se manifiesta en sus gestos, es prueba de una experiencia profunda del amor de Dios que le ha perdonado. Y ¡qué bien lo resumió Jesús! Al decir a la mujer: **«Tu fe te ha salvado, vete en paz»**.

## **DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Zacarías 12,10-11; 13,1): *Me mirarán a mí, a quien traspasaron.*

**2ª lectura** (Gálatas 3,26-29): *Ya no hay distinciones, todos somos uno en Cristo.*

**Evangelio** (Lucas 9,18-24): *El que pierda su vida por mi causa se salvará.*

Tras un paréntesis de cuatro meses, hemos retomado la lectura continuada del evangelio de Lucas en los domingos del tiempo ordinario. La habíamos abandonamos en el pasado mes de febrero para celebrar la Cuaresma y la Pascua, y nos ocupará hasta finales del mes de noviembre. Este tiempo ordinario, en la liturgia de cada año, es el más prolongado. A lo largo de 34 semanas, cada uno de los evangelistas sinópticos nos dan la imagen de Cristo Señor presente y operante en las asambleas dominicales, según lo que cada uno vio o escuchó desde el principio, también en asambleas dominicales y en relación con las comunidades concretas a las que pertenecían y a las que se dirigían o para las que escribían.

Este domingo escuchamos unas lecturas de la Palabra de Dios que nos sitúan en un magnífico punto de salida para reemprender el proceso que nos propone este evangelista: *“mirar a Jesús traspasado, en la cruz; confesarle como el Mesías, el enviado del Padre, el ungido de Dios; y seguirle, cargando con la cruz”*. Una mirada eficaz, que no se queda en una situación distante, sino que conduce a caminar con el Señor, a negarse, a cargar con la cruz de cada día, a perder la vida, entregándola en definitiva, como lo ha hecho el Maestro.

Tras celebrar en nuestras comunidades el tiempo pascual y ahondar en el fundamento de nuestra fe: **la muerte y la resurrección de Jesús**, la expresión de *«mirarán al que traspasaron»*, que leemos hoy en el profeta Zacarías, nos resulta más conocida por el relato de la Pasión de Jesús en el evangelio de Juan, cuando un soldado romano traspasa con su lanza el costado de Cristo y de él brota la *“fuente”* de la salvación para toda la humanidad.

Actualmente andamos muy preocupados, en la mayoría de nuestras viejas comunidades cristianas, por la falta de jóvenes en ellas. Poco a poco vamos abandonando las aptitudes condenatorias de los que no acuden y asumiendo la parte de responsabilidad que tenemos los que debíamos presentar la persona y el mensaje de Jesús.

La propuesta del evangelio que estamos acostumbrados a escuchar y a proponer es más una doctrina elaborada que la comunicación de una experiencia de vida plena. Por eso la gente la percibe más como una exigencia que se debe cumplir que como el gozo de una donación gratuita de lo necesario para realizarse como persona.

El concilio Vaticano II nos recordó lo importante que es para la Iglesia convertirse en sacramento de salvación para el mundo. Es decir, que los hombres de cada lugar y de cada tiempo, nos vean como signo de unidad, capaces de superar cualquier tipo de diferencia entre nosotros.

Pablo cita las diferencias más importantes de su tiempo: libres y esclavos, judíos y paganos, hombres y mujeres. Todas esas diferencias eran totalmente normales y estaban claramente determinadas y apoyadas por la legislación vigente. Todos los que entraban a formar parte de una comunidad cristiana, aceptando por la fe el proyecto de Jesús, se sentían plenamente liberados de esas leyes porque, si no, difícilmente podían considerar hermanos a los demás miembros de la comunidad.

Es cierto que la ley es necesaria para regular las relaciones entre personas, sobre todo las relaciones desiguales que generan conflictos y enfrentamientos entre nosotros. Pero, si lo que pretendemos es que todos vivamos en paz, tendremos que aceptar la generosa oferta de vida nueva de Jesús y vivir como Él; trabajando unidos en la humanización de nuestro mundo, más allá de las diferencias y fundamentados en la ley del amor.

Jesús, modelo y guía, no buscó la cruz sino que aceptó una misión gloriosa que incluía la cruz, y la aceptó por amor hasta consumir su obra. El que sigue a Jesús se arriesga a llevar la cruz impresa en su vida. Más, cuando se nos habla de tomar la cruz no pensemos que ello significa y conlleva el martirio, sino las pequeñas o grandes pero inevitables dificultades de la vida, aceptadas por amor, pues si queremos avanzar y perder el miedo a cambiar algo de lo que siempre hemos estado haciendo, será preciso que nada ni nadie tome decisiones por nosotros, que las tomemos libremente y las llevemos a la práctica para agradar a Dios.

La confesión de fe en Jesús como el Mesías de Dios es el objetivo de nuestro existir como creyentes. Jesús no es un profeta más. Con Él se va a iniciar la etapa, última y definitiva, de la manifestación de Dios. Esta confesión de fe, tal y como la hace Pedro en el evangelio que se proclama, va acompañada del mandato de guardarla en secreto y del anuncio inminente de la muerte en la cruz y de la posterior resurrección. Cuando se llenen del Espíritu, entonces podrán hacer pública y valiente confesión de Jesús como el Mesías de Dios.

Los cristianos auténticos no tienen miedo a perder la vida, a entregarla por la causa del Evangelio, porque saben que la vida que Jesús les ha entregado nadie podrá arrebatarla. Sólo podrán quitarles la vida que ellos están llevando diariamente, la cruz en el seguimiento de Jesús y en el servicio a los hermanos y a la humanidad.

Es bueno que, de vez en cuando, nos hagamos algunas preguntas, como: **¿Qué es Cristo para mí?, ¿conozco yo mi cruz?, ¿qué hago con ella?**, y... darnos respuestas sinceras.

**DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (1º Reyes 19,16b.19-21): *Se levantó, marchó tras Elías y se puso a su servicio.*

**2ª lectura** (Gálatas 5,1.13-18): *Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado.*

**Evangelio** (Lucas 9,51-62): *Deja que los muertos entierren a sus muertos.*

Seguramente que recordamos aquellos famosos diálogos del catecismo, devocionario o misalito que se regalaban a los niños al hacer la Primera Comunión, yo tengo una pregunta: «*Dime, niño: ¿eres cristiano? –Soy cristiano por la gracia de Dios. – Y ¿por qué dices “por la gracia de Dios”? –Porque no soy cristiano por mis merecimientos, sino por los de mi Señor Jesucristo*». De modo que la vocación es cosa de Dios. Es Dios quien toma la iniciativa y nos llama, porque nos quiere y quiere contar con nosotros.

El profeta Elías, en nombre de Dios, unge como profeta y sucesor a Eliseo. Eliseo, elegido por Dios, tiene que renunciar a una buena posición (se dice que tenía nada menos que doce yuntas de bueyes). Tiene que dejar una vida cómoda y de bienestar, para empezar otra vida y una tarea ardua. Tiene que dejar la familia y decir adiós a sus padres. Y así de exigente se manifiesta Jesús a los que deciden seguirle.

El evangelista recoge y pormenoriza las principales excusas para no tomarnos en serio nuestra condición de creyentes, de cristianos: Son tantas las obligaciones que tenemos que nos imposibilitan para...; tenemos tantísimas responsabilidades que nos impiden hacer...; tenemos tantos miedos que frenan nuestras pequeñas iniciativas...; cualquier cosa nos sirve de excusa y pretexto para volver la espalda al amor de Dios que nos urge.

Jesús no quiere discípulos suyos engañados o a la fuerza, nos quiere totalmente libres, porque el camino de Jesús no es precisamente un camino de rosas. Al primero que se le acerca y le hace saber sus deseos de seguirle, Jesús le advierte con todo el cariño pero también con toda franqueza que el hijo del hombre no tiene donde reposar la cabeza.

Y a todos nos ha dejado dicho que el que quiera ser discípulo suyo, que se desprenda de todo a favor de los pobres y que tome su cruz y le siga. Lo primero que nos pide es que actuemos con libertad, **¡si queremos!**; y, por tanto, con responsabilidad, **¡porque queremos!**, y con amor, **¡PORQUE LE QUEREMOS!**

Tal es la declaración que nos hace Pablo en la segunda lectura, tomada de la carta a los gálatas, Allí nos recuerda que hemos sido redimidos por Cristo, que hemos sido liberados de las garras del mal, para vivir en libertad. Y que debemos ser libres para no sucumbir a las tentaciones de caprichos, injusticias y, en definitiva, del pecado. Esa libertad no debe ser un pretexto para recaer en la esclavitud del egoísmo, sino, paradójicamente, para ser esclavos unos de otros por amor. Es el amor la fuerza que puede rendirnos ante la iniciativa y la llamada del amor de Dios, que quiere contar con nosotros.

Somos cristianos, Así se decidió en nuestro bautismo y lo hemos confirmado nosotros después, asumiendo el compromiso de nuestros padres y padrinos. Pero no es fácil, lo sabemos por experiencia, y así lo reconocemos, al empezar nuestras eucaristías. Y para que esa experiencia, tantas veces repetida, no nos lleve al desánimo o nos tiente a tirar la toalla, Jesús nos lo recuerda amorosamente en el evangelio. Hay que renunciar a muchas cosas, hay que pasar por encima de muchos convencionalismos y ventajas, hay que entregarse a él radicalmente. Así le ocurrió también al profeta Eliseo, que tuvo que dejar tierra, familia y posición, para quedar incondicionalmente a disposición de Dios.

Cuando el Señor llama, si decidimos responder libremente a esa llamada, no podemos hacerlo a medias, tratando de nadar y guardar la ropa, como suele decirse. A Dios sólo podemos responder radicalmente: «**Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente, con todas tus fuerzas**». Pero esa radicalidad en el seguimiento de Jesús nada tiene que ver con el tipo de radicalismos, integristas y fundamentalismos, que tratan de cercenar la libertad de los hermanos o menospreciar sus diferencias.

Porque, si el primer mandamiento es amar a Dios, el segundo es semejante y consiste en amar, radicalmente también al prójimo. Por eso Jesús regaña y desautoriza la intolerancia de sus discípulos, que hubieran querido erradicar a los samaritanos por no acoger a Jesús. Como regañaría a cierto tipo de cristianos que sólo creen en sus modos de entender las cosas (las normas, las reglas, las rúbricas) y menosprecian a los que piensan u obran con la estrechez de sus criterios.

Tenemos que ser muy exigentes y radicales, con nosotros mismos, pero muy indulgentes y tolerantes con los demás, que también tratan de ser radicales en su peculiar modo de seguir a Cristo y su Evangelio.

**DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 66,10-14): *y os saciaréis de sus consuelos.*

2ª lectura (Gálatas 6,14-18): *lo que cuenta es ser una criatura nueva.*

Evangelio (Lucas 10,1-12.17-20): *Cuando entréis, decid primero: “Paz a esta casa”.*

«No llevéis talega, ni alforjas, ni sandalias» (Lucas 10,4), aún se añaden más cosas a la lista: «*ni bastón, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas*» (Lucas 9,3). *¿Qué te queda cuando no puedes tomar nada para el camino? ¿Qué queda?* Pues, ¡**sólo tú mismo!** ligero de equipaje. Tómate a ti mismo para el camino, es el deseo de Jesús tras las indicaciones concretas sobre lo que tenemos que dejar en casa. Quiere decir, ¡**Tú eres lo importante!** Todo cuanto añadas se puede interponer entre los hombres y tú y, puede velar el mensaje. Veámoslo de forma más concreta:

**Ningún bastón.** Un bastón es algo que me da seguridad, algo en lo que me apoyo cuando estoy débil. Hay quien necesita muletas para apoyarse en ellas, como títulos, condecoraciones, reconocimientos, ser el número uno o estar en los primeros puestos, salir en los periódicos, estar invitado en las recepciones..., algo que me da seguridad.

Entonces ya no soy yo, no es mi persona quien va a los hombres, sino el personaje: el señor importante, el profesor, el entendido, el señor cura párroco. Entonces se les da a mis palabras un valor añadido porque soy alguien que ha estudiado, alguien que tiene cultura o un “consagrado”, aunque las ideas del simple fiel sean más acertadas. Entonces hago referencia a mis largas experiencias y les doy o me doy más importancia que a los otros. Entonces hago cosas para que se me valore, para salir en la prensa, o para hacer méritos para escalar un puesto más alto, no porque sea importante para mí bien y para el bien de los hombres.

A menudo tales bastones, tales muletas, impiden un auténtico encuentro con la gente, una buena comunicación entre tú y los hombres. Ningún bastón, ¡**sólo tú mismo!**

**Ni alforja, ni pan.** Esto suena muy duro, ¿qué puede haber de malo en una alforja o en una tajada de pan? ¡Nada! Y, sin embargo, la alforja es a menudo el comienzo de una angustiada preocupación; tengo que procurar que mi sustento esté asegurado para mañana y para pasado mañana. La alforja es el comienzo del frigorífico, del almacén. Es el comienzo de la explotación de la naturaleza y del hombre. Cuando caigo en el remolino del mañana y del pasado mañana, los prójimos se convierten en rivales, la naturaleza es la cantera para mis necesidades, comienzo a amontonar quizá lo que no necesito. Y en esto olvido que se trata de poner en juego a mí mismo, a mi fe, mi esperanza, mi amor, en una palabra el evangelio. Ni alforja, ni pan, ¡**sólo tú mismo!**

**Ni sandalias.** La gente en Israel iba descalza o con unas sandalias ligeras. Quien habla de Jesús no debe ir por el camino mejor que la gente sencilla. También a los discípulos se les deben calentar los pies en la arena ardiente y cansarse como las otras gentes que viven y trabajan allí. Quien habla de Jesús debe notar él mismo cómo le va a la gente pobre y sencilla. Ni sandalias, ¡**sólo tú mismo!**

**Ni dinero.** El dinero es la posibilidad de amontonar riquezas, sin que se note. En la época del incipiente comercio del dinero en la Edad Media, *Francisco prohibió a sus hermanos aceptar dinero, una riqueza invisible.* Otras riquezas: tierras, casas, ganados, posesiones, no las puedes ocultar; las ve todo el mundo. El dinero lo puedes ocultar. Puedes vivir como si fueras pobre, pero no lo eres. Y puedes al mismo tiempo engañarte con la locura de que si tienes dinero puedes comprarlo todo. *“Lo que cuenta realmente en este mundo, no lo consigues por dinero”*, dice el zorro al principito. No hay tiendas para comprar amigos, para adquirir amor, esperanza o alegría. Todo esto no lo consigues con dinero. No tomar dinero supone confiar en la bondad de los otros que no te van a abandonar cuando acudas a ellos. Ningún dinero, ¡**sólo tú mismo!**

**Ni llevéis dos túnicas.** Ya se sabe. A la segunda túnica, a la segunda camisa sigue la segunda chaqueta, el segundo traje; al vestido sencillo sigue el costoso. La ropa de trabajo, la vestidura litúrgica, los capisayos; rápidamente la ropa se convierte en un símbolo de estatus, que me distingue de los otros, que me separa, me valora e indica exigencias. Ni dos túnicas, ¡**sólo tú mismo!**

Considerando todo esto, me viene a la mente los muchos símbolos de estatus e insignias del rango, con los que está llena nuestra vida social, pero también nuestra vida eclesial y más aún la clerical. ¿Por qué nos ponemos títulos?, ¿para qué nos sentamos arriba y abajo?, ¿por qué los que tienen un cargo o un título tienen más que decir que los otros que, seguro, también tienen algo que decir?

Empiezo a sospechar por qué Jesús mandó a los discípulos sin todo esto. Para que no se interpusiera nada entre ellos y la gente, entre el Evangelio y la fe de los hombres. Si Jesús envía hombres es para que pongan en juego y entren en mutuo intercambio, personas que creen y buscan, que esperan y aman.

Hablar de Jesús y ya ahora vivir un poco como Jesús, es nuestra misión como discípulos. No hace falta que regalemos nuestros zapatos, sino pensar cómo podemos ayudar a aquellos que no tienen ninguno. No necesitamos echar pestes del dinero y de la alforja. Pero si pertenecemos a los amigos de Jesús, todo el mundo debe notar que hemos comprendido el mensaje de compartir.

**DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Deuteronomio 30,10-14): *Conviértete al Señor, tu Dios.*

2ª lectura (Colosenses 1,15-20): *Él es el principio, el primero en todo.*

Evangelio (Lucas 10,25-37): *Anda, haz tú lo mismo.*

Una de las muchas paradojas que vivimos los humanos, en esta etapa de la historia, es lo fácil que nos conectamos –*vía internet*– con la gente del otro lado del mundo y lo complicado que nos está resultando relacionarnos –*vía ponernos de acuerdo*– con las personas que viven a nuestro lado.

Es verdad que hay dificultades reales que obstaculizan esta relación con los de cerca: la diversificación de horarios laborales, la distancia física entre los lugares en que vivimos cada uno o, simplemente, la manera como nos hemos organizado la vida. Pensamos más cada día en lo que tenemos que hacer y menos en lo que queremos llegar a ser y en lo que necesitamos para conseguirlo.

A la mayor parte de los días del año le faltan horas. De lunes a viernes, en las casas donde hay niños en edad escolar, a pesar de la aportación inestimable de los abuelos, tenemos que hacer encaje de bolillo para ajustar las actividades de cada uno de los miembros de la familia. Todo está controlado, medido y tasado; y cuando sucede algún imprevisto: enfermedad, accidente, visita de familiares o amigos de fuera, etc., resulta difícilísimo poder atenderlo.

No resulta nada sencillo enterarnos de lo que está ocurriendo a nuestro lado. En muchas ocasiones es que ni siquiera vemos el rostro de nuestros vecinos. Vamos mirando sin ver, ensimismados, pensando únicamente en lo que estamos haciendo o en lo que vamos a hacer a continuación.

Para poder poner remedio a todo esto que nos está sucediendo es preciso detenerse. Necesitamos, de vez en cuando, hacer un alto en el camino, mirar a nuestro interior y hacer balance de nuestra vida; no sólo de nuestra cuenta corriente y nuestros bienes.

Podemos comenzar por pararnos a observar lo que está ocurriendo en nuestro entorno cercano. Cuando conversamos con nuestros familiares y amigos, *¿hablamos de lo que somos cada uno o de lo que hacemos y de lo que vamos a hacer?* Cuantas personas esperan que les contestes, cuando te preguntan: *¿qué tal estás?*

Las relaciones basadas en lo que haces (profesionales) o en lo que tienes (estatus social) son muy repetitivas, siempre es lo mismo; casi sin darte cuenta, terminas convirtiéndolas en pura competición: *¿quién hace más cosas o quién tiene el último chisme del mercado?* Y como se agotan pronto, tiendes a ir espaciándolas en el tiempo.

Sin embargo, cuando las relaciones están basadas en compartir lo que de verdad vives y te hace feliz, aunque te canses y no siempre encuentres el verdadero sentido de las cosas donde andas metido; y les cuentas, y te cuentan, los proyectos que tratamos de sacar adelante con esfuerzo y dedicación, entonces sí que las palabras no se agotan, porque están cargadas de vida.

Lo que realmente hacemos en esos momentos de diálogo humano es acoger la novedad que la otra persona es para nosotros. En esa relación dialogal nos convertimos en el **TÚ** que escucha al **YO** que nos habla y nos comunica la novedad de su vida; tratamos de comprenderle en su totalidad para poder responderle y complementarle.

Así, las novedades son la consecuencia de nuestro estilo de vida, no el objetivo; pues, para que el diálogo, que mantenemos con personas diferentes, resulte verdaderamente enriquecedor y constructivo nuestras acciones han de ser fruto de lo que somos realmente, no la imagen que muchas veces pretendemos mostrar. Sólo de esta forma podemos llegar a compartir con los otros todo lo que somos y lo que tenemos.

Esto es lo que el evangelio de Jesús nos muestra con un estilo de vida cercano a todas las personas y en especial a aquellas que están pasando por algún tipo de carencia. Él nos pide que nos acerquemos –*que eso significa hacerse prójimo: aproximarse*– a ese que ha sufrido el asalto de los bandidos. Y no de cualquier manera, o sólo para curiosear, sino para conmovernos en el corazón y para actuar con nuestras posibilidades y con las de los demás.

Ya que si nunca has abandonado tu camino porque algo o alguien ha provocado tu atención o tu forma de vida, es porque nada ni nadie te ha conmovido. Puede ser también que sólo das importancia a lo que tú tienes que hacer y no a lo que hacen los otros, que únicamente tus planes son lo que de verdad te importa y, en consecuencia, te resulta imperioso lograrlos lo más pronto posible.

El Apóstol de la Caridad, nuestro patrón **Vicente de Paúl**, ya nos advirtió a todos sus colaboradores: *«¿Ser cristiano y ver afligido a un hermano, sin llorar con él, ni sentirse enfermo con él! Eso no es tener caridad, es ser cristiano en pintura.»*



**DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Génesis 18,1-10a): *Señor, no pases de largo junto a tu siervo.*

**2ª lectura** (Colosenses 1,24-28): *Nosotros anunciamos a ese Cristo.*

**Evangelio** (Lucas 10,38-42): *Andas inquieta y nerviosa con tantas cosas.*

La vida es un largo camino, una búsqueda constante de una meta, el esfuerzo continuo hacia un objetivo, un ideal que espera allá en la lejanía, en el límite de lo que constituye la línea del horizonte que une cielo y tierra, es decir, en la intersección de lo que el ser humano puede y lo que se le escapa, en lo que es la unión de su esfuerzo y la apertura a la esperanza que le trasciende, pero que le alcanza aquello que anhela y escapa a sus posibilidades.

En ese camino está Jesús haciendo el recorrido de su vida, subiendo cuevas, atravesando llanos, descendiendo pendientes, encontrando compañeros de ruta o cruzándose con gentes que van en direcciones distintas.

El cansancio se hace presente con frecuencia, incluso con más frecuencia de lo que nos gustaría, porque el anhelo es grande y los deseos de realizar las aspiraciones que nos impulsan desde la intimidad más profunda son intensos, aunque la fragilidad es también patente.

Pero si la tensión parece contrariarse con la necesidad de descanso, el ánimo necesita encontrar momentos de reposo. Algunos pensarán que son paréntesis justificados por la necesidad de recuperar fuerzas para volver enseguida al camino y seguir la ruta que conduce a la meta soñada. Pero es tan intensa la vida de los descansos que adquiere sentido en sí misma por la dimensión de disfrute, encuentro, intercambio y fiesta.

En los descansos se reflexiona sobre la experiencia del camino; en los descansos se profundiza el sentido de lo vivido; en los descansos se planifica la ruta a seguir entre las posibles variantes; en los descansos se comentan las anécdotas y se consolidan las relaciones de encuentro; en los descansos se recrean vivencias y se exaltan las sensibilidades que luego se pondrán en práctica durante el viaje; en los descansos podemos expresar la gratitud a quien en la dificultad nos ha echado una mano haciendo posible la continuidad.

En los descansos de la ruta de la vida, desarrollamos actitudes y sensibilidades que son fundamentales también para seguir y para fijar nuestra mirada en el entorno con otros ojos más finos, más sensibles, más profundos.

Los comentarios del descanso nos hacen caer en la cuenta de aspectos inadvertidos, de momentos olvidados y de visiones desatendidas: La capacidad de asombro, el sentido de admiración, la sensibilidad para contemplar, la importancia del compañerismo solidario, la vivencia de una unión fraternal entre los caminantes, la pregunta sobre las posibilidades de la meta, la confianza en llegar pese a la debilidad experimentada, la esperanza de que nuestro objetivo no es una ilusión, la apertura a lo inefable, la fe en el Dios de nuestra vida y nuestras aspiraciones. La posibilidad de **Todo**. La gratuidad por **Todo**. La sorpresa ante **Todo**.

Ésa es la experiencia que hace Jesús deteniéndose un día en la casa de Marta y María, unas amigas. Él hace un alto en la ruta; ellas se debaten entre el descanso festivo del encuentro o el nerviosismo de estar a la altura del huésped y hacerle los honores como corresponde. Sus nombres delatan sus actitudes. Marta, que significa “*señora de la casa*”, trata de hacer que todo se haga de acuerdo a la responsabilidad que ella siente de dejar bien el nombre y el prestigio de su familia. María, que significa “*la que es capaz de ver*”, cultiva esas otras dimensiones más vitales, profundas, estéticas y lúdicas.

Son dos dimensiones de la vida que a todos nos afectan, porque todos necesitamos de los aspectos prácticos necesarios y de una actitud que nos permita vivir la vida con esa profundidad de sentido, belleza, admiración y sorpresa. La vida siempre es un conjunto de necesidades y de grandezas que nos exige estar preparados para la sorpresa de recibir, en cualquier momento, la visita de Dios.

Porque en la vida siempre cabe Dios, tanto en la vida colmada de grandeza y admiración, como en la vida cotidiana de actividad y estrés. En los momentos de inspiración y en los momentos de intenso activismo. Lo importante es cultivar la dimensión profunda que nos permitirá ver más allá de lo que llamamos realidad para descubrir algo que es más real todavía pero que sólo los ojos acostumbrados al horizonte pueden observar.

Ése es uno de los sentidos de nuestra celebración eucarística: descansar del camino de la vida para cultivar actitudes, sensibilidades y ojos que nos permitan vivir más intensa y confiadamente, porque Dios es un buen compañero de camino.

**SANTIAGO APÓSTOL**

1ª lectura (Hechos 4,33; 5,12.27-33; 12.2): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

2ª lectura (Corintios 4,7-15): *Estamos apurados, pero no desesperados; acosados, pero no abandonados.*

Evangelio (Mateo 20,20-28): *El que quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo.*

Celebramos la fiesta de Santiago, denominado “*el mayor*”, llamado por Jesús, con su hermano Juan, mientras reparaban las redes y apodados más tarde con el apelativo de “*hijos del trueno*”; hombres de sangre caliente, capaces de levantar chispas como en el caso de los samaritanos inhospitalarios contra los que pedían fuego del cielo que los abrasara (Lucas 9,51-56).

A la hora de expresar su ambición reclamaban los primeros ministerios en el nuevo reino (Mateo 20,21-23). Fueron los preferidos del Señor, que se hizo acompañar por ellos en momentos señeros de su vida como en la transfiguración en la cima del Tabor (Mateo 17,1-3) y en la agónica oración de Getsemaní (Mateo 26,37).

Muerto el Señor, tras su gloriosa Resurrección y Ascensión a los cielos y después de la llegada del Espíritu, Santiago, predicó en Judea y en Samaria. El hombre temperamental y primario no se arredra en levantar su voz en solitario contra la corriente de opiniones contrarias. Y, en la persecución contra los cristianos desencadenada por Herodes Agripa, fue Santiago la primera víctima, muriendo decapitado en la Pascua del año 44.

Éste fue el primer puesto que él ambicionaba en el nuevo Reino, la única muerte de un apóstol de que habla la Escritura (Hechos 12,2). La elección de su vida como víctima propiciatoria para congraciarse Herodes con los judíos, habla por sí sola de la recia personalidad de este apóstol y del testimonio de su predicación.

Según la tradición, sus restos reposan en Compostela, rescoldo ardiente de fe capaz de seguir provocando incendios de entusiasmo religioso. Resucita la tradición medieval de peregrinar a Compostela donde «**el hijo del trueno**» sigue indicando a los peregrinos los caminos de la fe, que son los caminos de la vida.

- Los caminos de Santiago son caminos de unidad de Europa en la fe. La cultura europea no se entiende ni se entenderá nunca sin la fe (por más que los actuales dirigentes se empeñen en lo contrario).
- Desde toda Europa vuelven los peregrinos de la fe en busca de sí mismos: *Ha sido una experiencia inolvidable, un encuentro conmigo mismo*, es el comentario frecuente de los que hacen el camino a pie en su totalidad o en alguno de sus trayectos.
- El encuentro consigo mismo es un encuentro en la fe que permite caminar sin titubeos en el presente ni miedos del futuro.
- Los caminos de Santiago tienen asperezas de montaña, peligro de recovecos y cansancio de llanura. Pero la fe es energía superior al cansancio.
- La fe puede experimentarse alternativamente como un fardo o un alivio, como mochila pesada a la espalda y como ansias de llegada que aligeran el paso.
- La fe es un peso cuando sólo se consideran los compromisos que pide. Es alivio si se encuentra en ella explicación a la vida y sus problemas: la razón de vivir, de trabajar, de caminar.
- Una vida joven encuentra realizable y hasta fácil el trabajo insostenible cuando faltan las fuerzas. La fe es fuerza y cuando la fe es fuerte hay plenitud de vida. Si la fe se debilita todo parece misterio incomprensible.
- En la peregrinación a Santiago se encuentran muchos peregrinos con la verdad de sí mismos, con la verdad de lo que son y quieren, y vuelven con gusto por la vida porque ya nada es absurdo, todo tiene explicación y sentido.
- Además de la iluminación personal hay en Santiago luz espiritual suficiente para iluminar otra vez los caminos de Europa en la unidad de la fe.
- La oración del peregrino presenta al apóstol el ardiente deseo de que haga de Compostela y sus caminos rutas de verdad y destino de plenitud, reserva espiritual de la cristiandad para que la luz de la fe siga ardiendo.
- España se ha forjado en la fe de Santiago y con ella las naciones del mundo hispánico, en el que vive casi la mitad de los católicos de todo el mundo. Es la gran esperanza y también la gran preocupación.

**DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiastés 1,2; 2,21-23): *¿Que sacas con las preocupaciones que te fatigan?*

**2ª lectura** (Colosenses 3,1-5.9-11): *No sigáis engañándoos unos a otros.*

**Evangelio** (Lucas 12,13-21): *Necio, esta noche pueden exigirte la vida.*

En pleno centro del verano, unos con la ilusión de comenzar las vacaciones mientras que otros las terminan, sentimos, precisamente en esas dos formas de vivir el instante presente, las dos sensibilidades con que solemos entender la vida.

Si permanecemos fijos, por residencia o por trabajo, en cualquier centro vacacional, asistimos al continuo fluir de gentes, que llegan o se van, haciendo un paréntesis en su vida para dedicarlo al descanso. Si no estamos atentos, podemos contagiarnos con esa imagen que vemos todos los días, en la que la vida aparece como una gran fiesta, una continua diversión, un pasar el tiempo dedicados a buscar lo que en cada momento puede apetecer.

Es la imagen fija de un lugar por el que pasan muchas personas que van cambiando aunque, en conjunto, parecen siempre los mismos. Una imagen fija que, sin embargo, representa sólo un pequeño instante en el conjunto del año para cada uno de quienes disfrutan de esos días. Una imagen falsa.

En las distorsiones de la realidad que sufrimos y que nos la hacen ver tan distinta, acentuamos los aspectos, que más se corresponden con nuestra imagen, y no estamos dispuestos a cambiarla, porque la herencia cultural nos la han transmitido contrastada con mucha experiencia.

- **¿Qué ha experimentado la humanidad a lo largo de la historia, sino hambre, necesidad e inseguridad?**
- **¿No es lógico que se fomente el ahorro, la previsión y la tranquilidad de un futuro incierto?**

Pero el ahorro se ha convertido en obsesión, la previsión en inversión y la tranquilidad en compañía de seguros. Resolver esas cuestiones se ha tornado en espiral que no cesa y en dinámica imparable que todo se lo lleva.

Ser rico para sí es una meta de poder disponer de todos los instrumentos que la tecnología pone a nuestro alcance para la diversión, la comodidad, o la enfermedad. Ser rico para sí es la insaciable ansiedad del querer más cosas que puedan darme tranquilidad, salud y disfrute.

Ser rico ante el mundo es el exhibicionismo narcisista de quien necesita ver reflejado en el rostro de los otros el reconocimiento y admiración por el éxito alcanzado, como si la construcción personal fuera una construcción social levantada sobre las apariencias, la fachada o la iluminación.

Todos pueden ser elementos “*lógicos*” y, por lo tanto, tienen su importancia para la transitoriedad de esta vida y para la adquisición de esas condiciones que aportan seguridad y tranquilidad a unos seres frágiles como los humanos. Pero no son los decisivos.

Porque el gran problema y la gran necesidad humana es de otro nivel y cualidad. Responde a otros parámetros que los económicos y a otra imagen que la aparente y superficial:

**“Es como el niño pobre que, junto a sus padres y rodeado de hermanos, ve pasar al niño rico de la mano de una nurse o un tutor, en un coche que reúne las características más exigentes y con las manos llenas de juguetes, pero solo y aburrido, sin un entorno de cariño y confianza”.** Es muy probable que los dos se envidien, pero **¿quién tiene más?**

Ésa es la condición del cristiano: revisar su imagen de la vida desde los estratos más profundos para ver cómo puede alcanzar la confianza vital y la previsión de su futuro, cómo puede vivir en la tranquilidad de quien se siente acogido y aceptado. Y así, conseguir ese nivel de seguridad que le da la relación con un Dios que es el futuro, que es el horizonte de esperanza, la promesa de todo lo anhelado, la seguridad de una vida plena, la paz de un amor incondicional, la alegría de un Padre descubierto y el entusiasmo de una convivencia familiar. **La felicidad comenzada a vivirse de antemano con la expectativa de una herencia que da mucho de sí.**

Esta experiencia religiosa, por introducirnos en el círculo de los más allegados, de los hijos, da tranquilidad suficiente para poder dedicarse a las tareas de la historia, a los problemas de la vida ajena, conscientes de no tener que hacer especiales méritos para ganarnos el futuro porque ya nos lo ha firmado Jesús en el libro de Dios-Padre.

**DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Sabiduría 18,6-9): *Tu pueblo esperaba ya la salvación.*

2ª lectura (Hebreos 11,1-2.8-19): *La fe es seguridad de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12,32-48): *Dichosos los criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela.*

Si el domingo pasado se nos ponía en guardia contra la avaricia y la acumulación de bienes, hoy se nos exhorta con radicalidad a desprendernos de ellos.

En la actualidad y dadas las profundas transformaciones que se ha experimentado con la globalización de la economía que ha llevado al mundo a la profunda crisis que estamos padeciendo, se comprende la dificultad que entraña la aplicación de algunos textos evangélicos. Por eso, es preciso preguntarse: **¿qué nos quiere decir Jesús cuando habló sobre el dinero y las riquezas?**

A simple vista parece que Jesús expresa un tajante rechazo del dinero: *“Dios y el dinero son incompatibles”*. Pero **¿se puede afirmar que Jesús está contra el progreso económico y de la sociedad del bienestar?** Un poco antes de este pasaje evangélico, Jesús nos dice: *«Mirad de guardaos de toda avaricia»* y de acumular riquezas en la tierra, *«porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón.»* “Tesoro” indica el centro donde pone uno su preocupación, lo que más le importa en la vida. En este sentido el dinero se convierte en su dios, es la idolatría del dinero.

Se trata, por tanto, de un problema más profundo que lo ético, es religioso y, por eso, el dinero al constituirse en ídolo al que se rinde culto se convierte en rival del Reino de Dios. Así, para mucha gente, el dinero merece más interés y más consideración que Dios mismo y que el hombre. El peligro, pues, no son los bienes en sí mismos, que son buenos y necesarios, *“son obra del buen dios”*, sino de las personas, que se apegan a ellos y tienen el peligro de cerrarse a Dios y a los demás. De aquí, la necesidad de mantenerse en guardia para que las riquezas no seduzcan el corazón.

Para Jesús, el Proyecto de Dios, el Reino, implica plenitud de vida, felicidad, es decir, superabundancia, más no se realiza mediante la acumulación y posesión de bienes, sino despegándose de todo eso. Jesús comprendió como nadie que lo que más necesita la gente no es ayuda, sino respeto, estima, bondad, dignidad y amor. Por supuesto, hay situaciones en que es necesaria la ayuda urgente y que el dinero en la actual situación es necesario. Pero se puede ayudar sin cercanía y sin calor humano, sin amor. El dinero puede proporcionar ayuda, pero de ahí no pasa. El que no tiene dinero, se da a sí mismo. Y la historia demuestra que quienes han tomado en serio el Proyecto de Jesús de desprenderse de todo, son los que han reformado tanto la Iglesia como la sociedad. Muchos piensan que con más dinero van a mejorar las cosas, el mundo. Es la gran trampa y engaño. Sólo el amor es digno de fe.

La sociedad en que vivimos, está sumergida en la inseguridad y buenas pruebas tenemos de ello. Existe inseguridad en el trabajo y en la economía; inseguridad en las calles y en las mismas casas; inseguridad en uno mismo. La inseguridad crea unos mecanismos de autodefensa. Ante esta situación el dios del consumo y del dinero, se nos presenta como Mesías salvador: rodeándonos de cosas y acumulando muchos bienes tendremos seguridad, estima de los demás, seremos bien considerados, en fin, que las riquezas nos lo aportará todo, incluso la felicidad. La experiencia nos señala que todo esto es un engaño.

El evangelio nos dice que la seguridad del discípulo de Cristo radica en que *«el Padre ha querido daros el Reino»*, que implica plenitud de vida. Pero hay bienes que nos son totalmente necesarios y que no se compran en los supermercados, ni se fabrican, ni son fruto de la técnica, ni se imponen; hay que recibirlos gratuitamente, y los seres humanos tenemos necesidad de gestos de gracia. Pero Jesús es consciente de que el dios dinero es muy hábil y que puede quedar camuflado por muchas razones, incluso religiosas y de apostolado; por eso nos exhorta a que estemos muy vigilantes, ya que de una manera muy sutil las cosas pueden llenar el corazón, pasará el Señor a nuestro lado y no seremos capaces de verlo y acogerlo, ya que nuestros ojos están puestos donde el corazón tiene puesto su *“tesoro”*.

Tanto en la Iglesia como en la sociedad necesitamos del servicio de *“vigías”*. Según el Diccionario de la Real Academia, vigía significa; *«Atalaya, torre en alto para registrar el horizonte y dar aviso de lo que se descubre»*

*«Uno grita desde Seir: Vigía, ¿qué queda de la noche? Responde el vigía. ¡Vendrá la mañana, y también la noche!» (Isaías 21,11-12).* Una traducción de este enigmático oráculo, según Schökel, podría ser: *“Es de noche en el escenario de la historia, las tinieblas no dejan comprender, ni es dado calcular cuándo llegará la aurora liberadora. Pero, hay un hombre que con sus ojos penetra la oscuridad: el profeta.”* Misión fundamental y totalmente necesaria del *“vigía”*, por una parte es detectar los movimientos de los enemigos de Dios y del pueblo y a los naufragos que nuestras máquinas no detectan por pequeños e insignificantes; y, por otra, detectar la acción de Dios que está transformando esta pobre existencia humana.

Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Estad atentos y vigilantes a la llegada de vuestro Señor.

**LA ASUNCIÓN DE MARÍA**

**1ª lectura** (Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a. 10ab): *Una mujer, coronada con doce estrellas.*

**2ª lectura** (1ª Corintios 15,20-17a): *Por Cristo todos volverán a la vida.*

**Evangelio** (Lucas 1,39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

**María, la mujer humilde es glorificada.** La gente sencilla, humilde, siempre crea un clima de serenidad y de paz. La grandeza de María está en que desde su pequeñez se atrevió a creer lo imposible humanamente. La pedagogía litúrgica sitúa, con buen criterio, esta fiesta de María en medio del tiempo ordinario y en mitad de la etapa veraniega, cuando estamos de vacaciones laborales y muchos de nosotros descansando en algún pueblo que celebra sus fiestas patronales y honra a la Virgen con alguna de sus advocaciones. Este tiempo es propicio para el encuentro con las personas que no nos vemos el resto del año; es ideal para experimentar la gratuidad a la hora de manifestar lo que somos; así como la capacidad de organizar actos festivos, comidas colectivas, bailes y juegos populares.

Entre esas personas pueden estar también las que tenemos cerca pero no “*vemos*”. Son las que viven con nosotros, en la misma casa, pero no llegamos a mirar en su interior: lo que sienten, lo que piensan, lo que realmente les gustaría hacer para estar bien con ellas mismas, y tampoco nosotros hemos dedicado mucho tiempo a comunicarnos con ellas y transmitirles el nuestro. Estas personas son nuestros cónyuges, nuestros hijos y los amigos de siempre cuya amistad hace tiempo dejamos de cultivar y languidece porque ha quedado reducida a acontecimientos puntuales y fiestas sociales, que nos sacan de la rutina en la que con frecuencia caemos con el paso del tiempo.

En cada etapa de nuestra vida las personas descubrimos la importancia que tienen las relaciones con los demás, y así, afrontar todos juntos la construcción de este mundo, no terminado, que han puesto en nuestras manos. Juntos hemos de analizar cuál es su situación y cuál la de las personas que lo habitamos; qué cosas hacen complicado un desarrollo sostenible y cuáles hacen difícil el poder llevar una vida digna a todas las personas de todos los países.

La lectura que hacemos hoy del libro del Apocalipsis nos muestra la situación por la que atraviesa un colectivo de personas a las que les resulta difícil llevar adelante su proyecto de vida, un proyecto salvador para todas las personas que parte de la acción de Dios, realizada por su Hijo Jesús, y que trata de desenmascarar las fuerzas que se oponen a él. El texto del Apocalipsis nos invita a seguir reafirmando nuestra fe de que hay un juicio salvador, no condenador, y de que Cristo sale victorioso de todas las fuerzas hostiles y de todos los dinamismos de muerte existentes. La última palabra sobre el mal, el sufrimiento, el pecado y la muerte no la tenemos nosotros. La tiene el Padre.

Cuando logramos mantener una relación adulta en un grupo, en el que puedes comunicar tu historia personal y escuchar la de los demás, es posible ayudarnos a descubrir si en la vida cotidiana sólo ocupamos nuestro espacio o invadimos el de los demás. Éste es un tema fácil de observar en la relación abusiva que mantienen los países ricos y poderosos con los países más pobres económicamente, pero ricos en recursos naturales. También es interesante ver lo que sucede en nuestras relaciones comunitarias: **¿cómo son las relaciones entre los que son autoridad y los que no lo son?, ¿entre los que tienen poder y los que no?**

Y en las relaciones humanas tan hondas y emocionales como son las que mantienen los hijos con los padres: **¿cuántos tipos de “invasiones” de espacios, suelen darse!** Ciertamente que en algunas ocasiones se hace con la mejor intención; pensando que se está ayudando, lo que realmente se hace es detener el desarrollo de las responsabilidades naturales de cada uno de los grupos.

En el himno del Magníficat escuchamos cómo es la experiencia de la primera comunidad de creyentes cuando hace lectura de los signos de los tiempos, contempla como **Dios pone a cada uno en su lugar: «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos colma de bienes y a los ricos despide vacíos»**. No se puede decir de mejor manera el respeto que Dios tiene por el espacio de cada persona.

La Iglesia sigue teniendo como misión prioritaria la de dar a luz a Cristo al mundo. No podemos estar en todo, sino dar a luz a Cristo como Señor de cada persona, de la Iglesia y del mundo. Y la persona que se encuentre con Dios vivirá el amor desinteresado en todas sus relaciones.

Siendo la historia humana donde Dios quiso encarnar a su Hijo, ella ha de ser receptora de la acción salvadora de Dios. En el evangelio vemos cómo el Señor a María le empieza a complicar la vida y ella comienza un nuevo proceso de fe (virginidad); será como la señal de la nueva creación que Dios está realizando, por pura iniciativa suya, con la colaboración de María.

No es extraño que la Iglesia nos ofrezca esta perspectiva para la fiesta de la Asunción de María que es como el encuentro final con su Hijo y con su Esposo divino. Así todos nosotros podemos soñar cómo será ese Reino que Jesús inició y que estamos construyendo en colaboración con todas las personas de buena voluntad.

**DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Isaías 66,18-21): *Y anunciarán mi gloria a las naciones.*

2ª lectura (Hebreos 12,5-7.11-13): *Caminad por una senda llana.*

Evangelio (Lucas 13,22-30): *Señor, ábrenos. – No sé quiénes sois.*

Los judíos del tiempo de Jesús y especialmente los notables, piadosos y religiosos se sentían superiores al resto de la población y a todos los pueblos vecinos: **¡Ellos, pertenecían al pueblo elegido!** Sólo ellos conocían los mandamientos de Dios y cumplían sus preceptos. Por eso eran admirados y venerados: **¡Eran hijos de Abrahán!**, por ello, se comportaban de una manera orgullosa y muy seguros de sí mismos. Uno le preguntó: *«-Señor, ¿serán pocos los que se salven?»* A lo que Jesús contesta: *«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»* Y continua la parábola, dirigiéndoles directamente a ellos esta fuerte reprensión: *«No se quienes sois. Alejaos de mi, malvados».*

También hoy, entre nosotros, hay muchos que piensan poder colocarse por encima de sus hermanos: **“desengañate, al cielo iremos los de siempre”**. Esta frase describe la actitud de muchos cristianos y ahí está el problema. El peligro consiste en contar con una seguridad de salvación basada en las *“buenas relaciones con Dios”*, ya que *«uno pertenece a los íntimos de Jesucristo»*, porque *«hemos sido bautizados»* y porque nosotros *«hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas»* (Lucas 13,22-30). Que somos cristianos, no lo podemos poner en duda. Estamos bautizados en el nombre de Jesucristo y podemos llamarnos cristianos: *“hicimos la primera comunión, nos confirmaron, nos hemos casado por la Iglesia, vamos los domingos a misa, de vez en cuando nos confesamos”*; **todo está en orden, tenemos reservada entrada al Reino de los cielos**. Nos sentimos seguros y protegidos, porque sabemos que Dios es un Padre amoroso que conoce nuestras debilidades y perdona aquellos deslices con los que nos separamos de Él.

Si leemos atentamente el evangelio, la *“cosa”* no parece tan sencilla como nos habíamos imaginado. En el evangelio se habla de *«puerta estrecha»*, de *«puerta cerrada»*, e incluso de *«llanto y rechinar de dientes»*. Si tomamos literalmente lo que Jesús dice a sus discípulos y con ellos también a nosotros, nos puede invadir un sentimiento de angustia, desesperarnos y obrar como si las palabras del evangelio no existiesen. ¡Craso error!, no podemos estar balanceándonos en una seguridad engañosa, sino que tenemos que mantener bien abiertos los ojos y los oídos e incorporar las palabras del evangelio a nuestra vida. La pertenencia a la Iglesia por el bautismo no es un pase libre de acceso al Reino de Dios. Quien cuenta con esto, se equivoca: *«Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos»*. Cuando agregamos a nuestra vida un falso sentimiento de seguridad, trae como consecuencia, no tener el corazón abierto y atento a la llamada de Dios, y, por tanto, no estar dispuesto a convertirse cada día.

Los santos, por la finura de su relación con Dios, tienen conciencia de ser pecadores. Esta sutileza en la relación con Dios no puede quedar adormilada ni por una pertenencia titulada a la Iglesia, ni por ritos externos y mucho menos por una recepción superficial de los sacramentos. En el otro mundo la sorpresa va a ser mayúscula al ver quién era cristiano de verdad y quién no. Lo que cuenta ante Dios es el corazón que se abre a Él; cuenta el amor que se hace visible en los hechos de la vida; aquellos que nos llevan a un compromiso consecuente, que se hace visible en el género de vida que llevamos y que otros pueden ver. Para Jesús no hay una salvación automática; por eso no contesta a la pregunta con cifras sino con la exigencia de *«Esforzaos en entrar por la puerta estrecha»*. No especulemos sobre quién se salva y quién no, pensemos solamente en el esfuerzo, en nuestra entrega a los demás.

**¿A qué puerta se refiere Jesús en el evangelio?** Evidentemente a la de entrada al Reino de la VIDA. **¿Cuál es y adónde conduce esa puerta?** Sin duda es Jesús mismo y nos lleva a Dios. **¿Y dónde está esa puerta?** Es difícil decirlo pues no es igual para todos: Puede ser la puerta de un hospital, donde visito a un enfermo. Jesús mismo lo ha dicho: *«Cuando lo hicisteis por uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis»* (Mateo 25,40). Puede ser la puerta que traspaso para pedir perdón a otro, cuando le he hecho daño; puede ser la puerta por la que salgo afuera, a la naturaleza, a la admirable creación de Dios; puede ser la puerta de la Iglesia, por la que entro para estar con Dios y encontrarme con los hermanos; puede ser la puerta de... .. Cada uno debe buscar la suya. Cuando Jesús habla de que debemos intentar con todas nuestras fuerzas entrar por la puerta estrecha, no se está refiriendo a la fuerza de nuestros músculos, sino a otras fuerzas que posee el ser humano.

Hay muchas fuerzas en nosotros que pueden ayudarnos a entrar por la puerta, también por la estrecha. A menudo necesito la *fuerza de mi atención*, para ver la puerta y no pasar de largo; necesito la *fuerza de mi coraje*, porque se requiere mucho valor para ir al otro a pedirle perdón; necesito la *fuerza de mi perseverancia*, porque hace falta, a veces, ánimo para ir a la Iglesia; necesito la *fuerza de mi moral*, porque hace falta grandeza para hacer pública profesión de fe y ser fiel testigo del evangelio; necesito la *fuerza de mi compasión* cuanto estoy con los marginados; necesito la *fuerza de mi buen corazón*, para ir a visitar enfermos o encarcelados; necesito la *fuerza de mi paciencia* cuando estoy con un necesitado de atención. Necesito... Son puertas cotidianas del todo, quizá incluso la puerta de mi propia vivienda. Y detrás de esa puerta, si me esfuerzo por atravesarla, seguro que descubro a Dios.

**DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico 3,17-18.20.28-29): *En tus asuntos procede con humildad.*

**2ª lectura** (Hebreos 12,18-19.22-24a): *Os habéis acercado a la ciudad del Dios vivo.*

**Evangelio** (Lucas 14,1.7-14): *Cédele el puesto a éste.*

Con frecuencia escuchamos, y es verdad, que «*la Iglesia existe para evangelizar*», que ésa es «*su identidad más profunda*» y que «*la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma*» (Evangelii Nuntiandi, 14-15). Es decir, también la Iglesia debe contrastar su vida con el Evangelio al tiempo que lo anuncia a los demás, y debe dejarse corregir, convertir por él, si fuere necesario, que siempre lo será.

Es cierto también, que muchas veces vemos a la Iglesia compartiendo mesa y honores mundanos con los grandes de este mundo. Tentación en la que todos, en mayor o menor grado, caemos. Y no vemos muy bien, cómo armonizar estos comportamientos con el mensaje de Jesús, que a todos amonesta diciéndonos: «*No sea así entre vosotros*».

En la lectura del evangelio de Lucas que presenta hoy la liturgia, se nos relata que Jesús participa en una comida, en la que el anfitrión parece haber invitado a todos sus amigos, hermanos, parientes y vecinos ricos. Aprovecha la ocasión para proponer con una parábola a todos los creyentes y a la Iglesia entera, que tengamos otras preferencias, que pensemos en otros comensales: en los pobres, lisiados, cojos y ciegos. Éstos, descartados de la comensalía del rico, son los favoritos de Dios a la mesa de su Reino. Los excluidos de la mesa social, hoy como ayer, son para Dios Padre y para su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, los más valiosos. **¿Lo son para nosotros? ¿Lo son para la Iglesia?**

Jesús va a comer en casa de uno de los “*principales fariseos*”, en un ambiente hostil: «*le estaban espiando*», dice el texto. Temen que Jesús derribe su poder y sus privilegios, liberando al pueblo sencillo de la opresión de una ley que ellos manejan a su antojo y al servicio de sus intereses de clase. Se sienten superiores al pueblo, por encima de él. No debemos olvidar entre nosotros hoy, las palabras amonestadoras de Jesús a los dirigentes religiosos de su tiempo: «*Les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas, que les hagan reverencias por la calle y que la gente les llame maestro*» (Mateo 23,1-12).

Sabemos que Dios se enfrenta con los soberbios y da su gracia a los humildes. En esta situación Jesús va a proclamar unas palabras que recorren la Biblia, porque brotan del corazón de Dios: «*Todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido*». Las palabras de Jesús han venido precedidas por una parábola que contradice lo que ellos hacen en ese momento: escoger los primeros puestos. “- **Vosotros, no lo hagáis así-**”, “**No te consideres ni sitúes por encima de los demás**”. Nos viene a decir Jesús, porque puede ocurrir que tengas que pasar por la humillación de ceder tu lugar a alguien tenido por más importante que tú.

Más no se conforma con esta enseñanza. Por eso añade cuál es el favoritismo, el querer de Dios, sus pensamientos y caminos, que no son los nuestros, y cuál debe ser la actuación de los que escuchamos sus palabras y queremos vivir según ellas: «*Cuando des una comida, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado. Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; dichoso tú, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos*». Aparecen aquí unas enumeraciones, cuatro por cada parte, que nos hace ver sus preferencias y cómo Dios coloca a su mesa a las personas.

De ello fueron signo los encuentros y palabras de Jesús en ésta y en otras comidas, y cuyas consecuencias vemos claramente: Zaqueo compartirá sus bienes con los pobres; el recaudador Mateo llenará su mesa con publicanos y pecadores; en otra comida, una mujer pecadora se atreverá delante de todos a bañar con sus lágrimas los pies de Jesús y se le perdonará mucho porque ama mucho; otra ungirá a Jesús con un perfume de suave olor...

Todos tenemos en nuestra casa una mesa y comida cada día en ella. ¿Qué lugar real y concreto ocupan en ella los pobres y marginados?, cuando nos sentamos a esa mesa, ¿qué les llega de nuestro menú?:

- **¿La carta completa? ¿Sólo el primer plato? ¿Los postres? ¿Las migajas? ¿Nada?**

No podemos, no debemos, separar las mesas a las que los cristianos nos sentamos, la mesa familiar y la mesa dominical de la Eucaristía, para que ellas sean signo y anticipo de la mesa a la que Dios nos invita hoy aquí y mañana en su casa del cielo.

Y si vemos que hemos de convertir nuestro corazón y nuestros bienes, hagámoslo confiada y decididamente delante de la misericordia amorosa de Dios, porque:

«*Un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias, Señor*» (Salmo 50).

**MISIVA EN VACACIONES, DESDE LA PLAYA**

Queridos amigos:

No, no es que quiera meteros prisa, no; de hecho, nada más lejos de mi intención, pues nada tiene que ver este título con los relojes o las agendas.

En estas líneas deseo referirme a los “*otros segundos*”, a los que van detrás de los primeros. A esos hombres y mujeres que no se ven, de quienes nos olvidamos pronto; aquellos que parecen tener un papel intrascendente, o no son aplaudidos.

Los segundos son importantes. **¡Muy importantes!** Son prueba de humanidad y signo de proyectos comunes. Sin ellos no hay auténtica comunidad; son garantes de pluralidad y manifestación de la igualdad de toda persona.

Curiosamente, sin segundos no hay “*primeros*”. Lo triste es que encontramos a muchos segundos que quieren ser primeros, y son pocos los primeros que quieren ser segundos.

Sin embargo, el Evangelio nos presenta una teología de los segundos o, mejor, de los últimos. Son aquellos que no ansían los primeros sillones sino que se sientan “*en el último puesto*”, y no por estrategia, sino por convencimiento.

Son los que no aspiran a premios terrenos, porque saben que han hecho “*lo que tenían que hacer*”. Son los “*pequeños y humildes como niños*”, aquellos que no cuentan y, sin embargo, son quienes “*entrarán en el reino de Dios*”.

Son aquellos que parecen vivir el tiempo como un regalo diario que sólo tiene valor cuando se reparte entre las personas y las tareas que se llevan entre manos; aquellos que ponen en primer lugar a las personas y su situación concreta, por difícil que sea.

Son aquellos que se ciñen la toalla y se ponen a lavar los pies, y no por buscar la “*foto solidaria*”. Son los valientes, capaces de “*bajarse de su cabalgadura*” y detenerse junto al herido, sin prisas, dejando de lado sus afanes, sólo por aliviar al prójimo.

Son aquellos que dan de comer al hambriento o beber al sediento, gratis, sin esperar nada a cambio: son los que no tienen problemas de acoger, junto a sí, a los “*don nadie del mundo*”, a los pecadores y publicanos, a las prostitutas, a los niños... a tantos que nos adelantarán en el Reino de los Cielos.

El mismo Jesús, Dios, «*No hizo alarde de su categoría*», se despojó, se desnudó de las apariencias y se bajó del pedestal divino para entender a los últimos y para recordarnos que toda persona tiene la misma dignidad.

Dios, se hizo segundo, tercero... último, para poner las cosas en su sitio. No por apariencia, ni por estrategia, ni por interés. Quemó las naves por las personas, sin esperar nada a cambio. A los segundos, los hizo primeros; a los últimos les aseguró el primer lugar.

Sentó en los primeros puestos a quienes estaban despojados de dignidad y de oportunidades. Y, además, nos lo recordó y nos lo recuerda: «*No ambicionéis los mejores puestos, -que no sea así entre vosotros, -poneos a lavar los pies... -Esforzaos en entrar por la puerta estrecha.*»

Parece que aún no nos sabemos bien la lección. Los primeros asientos aún se cotizan caros. También en la Iglesia. **¡Cuánto nos queda por aprender!**

Con todo mi cariño.



**DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 9,13-18): *La sabiduría los salvó.*

**2ª lectura** (Filemón 9b-10,12-17): *No a la fuerza, sino con libertad.*

**Evangelio** (Lucas 14,25-33): *Sin renuncia, no puede ser discípulo mío.*

Quizás que una buena parte del pueblo, después de haber visto y oído lo que Jesús hacía y decía, le seguía pensando que era el Mesías. Posiblemente pensaban que su viaje a Jerusalén iba a ser una marcha victoriosa, que al llegar allí expulsaría a los romanos, y deseaban ver su “*entronización*” y, si era posible, participar en las prebendas del futuro reino.

Pero Jesús quiso dejar las cosas claras desde un principio y señalar las condiciones de quien decida seguirle hacia Jerusalén. **¡No quiere engañar a nadie!** No actúa como suelen hacer algunos líderes políticos y también religiosos, que para conseguir adeptos presentan unos programas de color de rosa, atractivos, prometiendo una especie de paraíso, si les votan o les siguen, inscribiéndose en su grupo. En este sentido, Jesús es un pésimo político y publicista. Hoy se diría que comete un suicidio político. Pero precisamente resulta ser mucho más atractivo para aquél que busca la verdad y no el engaño o la mentira.

Un grave problema del ser humano de todos los tiempos es la ceguera provocada por las tinieblas, símbolo que expresa la ideología del sistema. Pero todavía es más grave el ciego que se cree que ve muy bien. El Crucificado y los crucificados, en este mundo envuelto por las tinieblas de un sistema laicista, pagano e idolátrico, se convierten en faros de luz; linternas de verdad liberadora y sanativa, al aparecer como síntomas de la situación enfermiza de nuestro mundo. La cruz y los crucificados son la “*verdad*” amarga de nuestra realidad humana.

Por eso, al igual que no es un buen servicio, no decir la verdad al enfermo, tampoco lo es ocultar la verdad a nuestro mundo por miedo a que se nos considere como pesimistas, negativos o pájaros de mal agüero. Hablar de la cruz no es fácil, ya que la cultura hoy dominante se caracteriza por ser “*indolora*” y nos invita a olvidar y a no ver la cruz en millones de seres humanos, cruz que les ha sido cargada por los hombres, no por Dios.

Aquí reside el gran engaño, la gran mentira del actual sistema: hacernos ver que las cosas van muy bien, cuando sucede todo lo contrario. Para justificar dicho engaño, intenta provocar lo que el evangelio llama “*ceguera*”, sirviéndose para ello de los medios de comunicación puestos a su servicio. Uno de los mejores servicios a nuestro mundo, que padece de una profunda ceguera, es ayudarle a liberarse de ella mediante un buen diagnóstico, que haga que aflore el “*virus*”, generador de muerte y, una vez diagnosticado, aceptado y asumido, ofrecer la auténtica terapia capaz de curar y dar vida de nuevo. En este sentido la cruz aparece como una Buena Noticia y una gran esperanza para la humanidad.

La cruz no se puede separar del crucificado y, el crucificado es siempre un ser humano concreto, con una historia y un destino también concreto, condenado por unas instancias de todos conocidas y ajusticiado por unos motivos determinados. Pero el Crucificado y los crucificados no sólo muestran la verdad amarga de la historia humana; también nos revela la «*sabiduría*» del Dios manifestado en Jesús; un Dios que no destroza al hombre, sino que le ama a pesar de todo y le perdona.

El motivo por el que se iba a condenar a Jesús, no es la “*maldad*”, sino la “*incomodidad*” de su pretensión, que hace necesario que muera para el bien del sistema. Alguien ha dicho que, si Jesús hubiese sido un fatalista o un pesimista no lo habrían crucificado. Por eso, la cruz de Jesús, como la de todo justo y la de los crucificados por el mundo, desvela la capacidad falsificadora del ser humano. La sabiduría de la cruz nos enseña a adoptar la actitud crítica de nosotros mismos y de nuestras realizaciones: **todos somos pecadores**, y sólo al pie de la cruz nos reconocemos como tales y confesamos que sólo Él es el inocente como hizo el buen ladrón. La cruz no es pesimismo, sino «*sabiduría*» del amor de Dios, fuente de vida y de esperanza. **En la cruz todos hemos sido perdonados.**

Estas expresiones no causan tanto desconcierto, si se sitúan en su adecuado contexto. Su contexto no es moral, ni ascético, sino teologal y místico. El discípulo no es aquella persona que ha dejado algo, sino el que ha encontrado a «*Alguien*» y este encuentro hace que todo lo demás, pase a segundo término: «*Hemos hallado al Mesías*», dijo Andrés a su hermano, Pedro. Este acontecimiento fue decisivo y les marcó toda su existencia.

Encontrarse con Cristo y su proyecto es como encontrar el gran tesoro que le lleva a uno a vender todo cuanto posee para comprarlo. ¡Qué bien lo comprendió Pablo!: «*Nada vale la pena en comparación con ese bien supremo que consiste en conocer a Cristo. Por él renuncié a todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo*» (Filipenses 3,8). Por eso, “*renunciar*” (que otros lo traducen por aborrecer u odiar), no significa despreciar o minusvalorar las cosas, los bienes, la familia, etc., sino recordar que lo primero es el encuentro con Cristo, que debe ocupar el lugar central, afectivo y efectivo del corazón, y actuar en consecuencia. Todo lo demás se coloca, valga la expresión, en segundo lugar, y se mira desde otra perspectiva, y desde la perspectiva de la mirada de Dios en Jesús todo adquiere su auténtico valor. «*Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino*»

**DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Éxodo 32,7-11.13-14): *Pronto se han desviado del camino.*

2ª lectura (1ª Timoteo 1,12-17): *Jesús vino para salvar a los pecadores.*

Evangelio (Lucas 15,1-32): *Va tras la descarriada hasta que la encuentra.*

El mes de septiembre, suele ser el mes de la vuelta a la normalidad. Una vez terminadas las vacaciones estivales, cada cual vuelve a sus tareas habituales: estos a trabajar, esos a estudiar, aquellos a atender otras tareas y, en los grupos parroquiales realizamos, las programaciones que ocuparán el tiempo del curso que comienza.

Llenos de optimismo, sin tener en cuenta en muchas ocasiones lo que ha sucedido en cursos anteriores y partiendo de las ideas y materiales que ya conocemos, nos lanzamos a planificar grandes objetivos para los demás, prescindiendo de si eso es lo que realmente debemos vivir y trabajar para llevar adelante el proyecto de Jesús.

Mejor sería que, antes de elaborar nuestros planes, contásemos con los planes de Dios, con lo que Él nos está transmitiendo a través de los distintos acontecimientos: los que vivimos las personas y aquellos que coexisten por la forma de organizarnos en sociedad.

Si queremos llevar adelante el proyecto que Dios tiene para nuestro grupo y para cada uno de nosotros, necesitamos ser conscientes de que Él nos ha elegido a cada cual, primero y antes que nada, para que seamos libres y felices.

Para caminar hacia los objetivos que Dios nos va indicando en las diferentes etapas de la vida, hay que procurar no distraerse mucho con aquellas cosas que nos entretienen y, en ocasiones, nos detienen.

Así le sucedió al pueblo de Israel cuando Dios, liberándolo de la esclavitud de Egipto, lo introdujo en el desierto como travesía necesaria para alcanzar la tierra prometida; aquella que las personas, desde el comienzo de los tiempos, soñamos para nosotros y para los que queremos.

En ese tiempo de desierto, si se quiere alcanzar la meta, hay que ir ligeros de equipaje, sin riquezas materiales; incluso, alejados de esos “dioses” que elaboramos con nuestras “cosas” y que nos entretienen con la fabricación de ídolos y la edificación de templos, consiguiendo así que nos detengamos y dejemos de pensar en el objetivo del camino. Lo importante es que arribemos a la meta nosotros, no que lleguemos cargados de cosas.

Ésta es también la experiencia del hijo pequeño de la parábola evangélica: con una falsa idea de la libertad, piensa que lo importante es escapar de casa, cargado de cosas y de riquezas, para poder hacer así lo que le venga en gana. Necesitará “vivir el desierto” del hambre y de la desnudez radical para tomar conciencia del camino a realizar si quiere encontrar lo que busca.

Tampoco la figura del hijo mayor, aunque sea obediente, cumplidor y trabajador incansable en la casa de su padre, aparece como la imagen de una persona en camino hacia la libertad y la felicidad. Permanece en la casa con las ideas aprendidas de sus antepasados; ideas que vienen de mucho tiempo atrás, de cuando era un pueblo incipiente que necesitaba a alguien que le fuera diciendo, lo que tenía que hacer para tirar adelante y lo que estaba prohibido para no detenerse con entretenimientos e impurezas, o mezclarse con otros pueblos que eran politeístas y tenían otras costumbres.

Vivir en la casa paterna también supone seguridad material, defensa frente a los de fuera y los que se plantean la vida de otras maneras. La comida, el vestido, las ocupaciones de cada día aseguradas, y, de vez en cuando, alguna fiesta con los amigos, ¡que para eso estoy en casa trabajando todo el día!

Esta actitud temerosa y sumisa del hijo mayor se observa en algunos miembros de nuestra comunidad eclesial, tanto entre la feligresía como en la jerarquía. Es la actitud de los pasotas que no arriesgan, de los inmovilistas que continúan haciendo lo de siempre, de los apáticos que no quieren molestar ni que les molesten, de los que siguen hablando de un Dios que premia y castiga y de los que actúan según los criterios del que manda en cada momento.

El Dios de Jesús, que aparece en el evangelio, no es así; no ofrece premios a los que se quedan en casa y castigos a los que se marchan. Dios es más parecido al padre bueno de las parábolas de Lucas. Este padre considera a sus hijos lo suficientemente adultos como para decidir el lugar en el que mejor van a poder ser ellos mismos, e incluso los anima a que tomen sus propias decisiones. Y aunque no necesitan apropiarse de nada para marcharse o para quedarse en casa, ellos son los que deben discernir lo que necesitan y tomarlo; pues: *«todo lo mío es tuyo»*.

El que se ha encontrado con este Dios se muestra como persona libre, humilde, sin falsos prejuicios ante los demás; es de una sencillez y amabilidad apabullante; sabe alegrarse con las gozos de sus amigos y llorar con sus penas; se muestra cercano siempre y sabe estar donde se le necesita sin hacerse notar. Y, aunque hay ocasiones en que parece agobiarse y se queda como sin fuerza (sobre todo cuando, amontonándose los acontecimientos le requerimos para que nos ayude en las cosas que “*nosotros tenemos que hacer*”), recurre siempre, porque lo necesita, a la presencia y el contacto con el Padre en soledad y, con mayor frecuencia, requiere a los hermanos para hacer fiesta comunitaria en la “*Casa Común*”.

**DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Amós 8,4-7): *No olvidaré vuestras acciones.*

**2ª lectura** (1ª Timoteo 2,1-8): *Dios es uno, y uno solo es el mediador.*

**Evangelio** (Lucas 16,1-13): *Ningún siervo puede servir a dos amos.*

Suelen utilizarse mucho los test para conocer la personalidad, las habilidades, inclinaciones, capacidades y niveles de quienes van a incorporarse a una empresa o a una comunidad de algún tipo que requiere ciertas cualidades específicas, o rechazar, por incompatibles con sus objetivos, algunas otras.

También los psicólogos los usan mucho para saber la situación de un nuevo paciente, a quien han de comenzar a tratar a partir de la situación real en que se encuentra.

Los test dicen mucho de nosotros, de nuestro interior, de nuestras prioridades en la toma de decisiones, en relación con nuestra vida y con el trato a los demás.

Pues Jesús también nos pone, de cuando en cuando, algún tipo de test para que nos apliquemos y conozcamos nuestra realidad religiosa, personal y comunitaria.

Cómo no recordar la parábola del samaritano en el camino de la vida encontrándose con el prójimo, que siempre es Dios. Esperando nuestra atención y nuestra ayuda generosa en su necesidad y, marcando los criterios de una religiosidad que alimenta las más profundas motivaciones de humanización, al vivirla como respuesta agradecida a un Dios que ha sido, previamente, tan espléndido con nosotros.

Y, ¿cómo olvidar el gran capítulo 25 del evangelio de Mateo?; con ese desfile, majestuoso y entrañable, de toda la humanidad ante un Dios que juzga con el amor como único criterio, sorprendiendo a los más fanáticos religiosos, de su vacía y extravagante religiosidad y a los más radicales e incrédulos ateos con su impensable capacidad de compasivo amor, con los sufridos seres víctimas de cualquier tipo de dolor o carencia.

- ¡Qué sorpresa para todos cuantos se escandalizan con el mal del mundo, considerándolo incompatible con el amor todopoderoso de un Dios, “vago” porque no quiere entrometerse en la jurisdicción de la autonomía humana!
- ¡Qué bochorno para quienes tanto nos dirigimos a Dios en su bondad, para que nos solucione los problemas, cuando nos recuerde las opciones que hemos hecho en la vida!

Así es este párrafo del evangelio de Lucas que leemos hoy en la liturgia, un test. Para que con él contrastemos nuestra vida, nuestras decisiones y nuestras prioridades desde la realidad práctica en la que nos movemos, no desde la postura teórica en la que nos instalamos para pedir a Dios nos conceda lo que queremos.

Todos somos administradores de tantas posibilidades como se nos han dado y de las que disponemos si no las hemos atrofiado o consumido ya. Todos somos capaces de ofrecer un montón de servicios muy diversos desde la diversidad de regalos con los que Dios nos ha distinguido en la vida.

Hay quien es muy inteligente para la enseñanza y quien lo es para la diversión; uno es eficaz para la producción, mientras que otro tiene una creatividad fuera de lo común; hay quien posee un grado de alegría simpática, contagiosa; mientras que a otros les va el cultivo de la poesía, literatura, música, canto o de una huerta... Todos disponemos de una cuenta bastante abultada de capital personal y humano que alguien ha puesto en nuestras manos para su administración.

**¿Con qué criterio lo usamos?** Hay que tienen un criterio muy pobre y rácano, economicista, que sólo piensan en ganar dinero por una visión daltónica de la vida en la que sólo ven el color gris, monocorde y depresivo, del materialismo productivo y consumista. Hay otra visión más inteligente, económica, rica y generosa que prefiere invertirlo en relaciones y elige otros valores menos bursátiles pero más humanos y, a la larga, también más rentables económica y afectivamente.

**¿No es cierto, que un amigo es un tesoro?** Pues dirigir el corazón hacia ese horizonte es la propuesta de Jesús como invitación pedagógica para la vida y como test existencial para el enriquecimiento personal y religioso.

“*Quien regala bien vende*”, diría algún comerciante de la época de Amós; así lo dicen, hoy todavía, algunos buenos agentes comerciales. La generosidad, la amistad, la compasión, el amor comprensivo, la tolerancia llena de convicciones y valores, la opción por una dimensión profundamente humana de la existencia y de la convivencia, enriquece más que nada y hace disfrutar mucho más que todo lo que podamos comprar con dinero.

La riqueza es injusta mientras existan “pobres”, porque se hace quitando a unos para que otros tengan más. **¿Quién puede decir que prefiere remediar la necesidad ajena a guardar el dinero en el banco?** El modo concreto cómo ha de realizarse la “justicia social” nos lo deja Jesús a nuestra inteligencia práctica y a nuestra sensibilidad ética. Pero está claro que la opción por Dios, auténtica riqueza y libertad del hombre, no puede aplazarse. Lo cual cambia, sin remedio, nuestra jerarquía de valores e introduce una dinámica efectiva de desprendimiento y solidaridad.

Tenemos que aclararnos sobre aquellos valores en los que queremos invertir aquello que se nos han dado previamente: Dinero o vida. ¿Qué acción tomamos? ¡Seamos inteligentes! Dios nos llama a una misión, nuestro interior profundo nos lo demanda y la humanidad sufriente nos lo exige.

**DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Amós 6,1a.4-7): *Pues encabezarán la cuerda de cautivos.*

2ª lectura (1ª Timoteo 6,11-16): *Combate el buen combate de la fe.*

Evangelio (Lucas 16,19-31): *Manda a Lázaro a casa de mi padre.*

No pretende Jesús con esta parábola informarnos sobre el más allá. En nuestra vida de tejas para abajo, quiere exhortarnos sobre la verdadera vida. Recoge Jesús en esta historia del hombre rico y el pobre Lázaro un cuento de Egipto, que los judíos de Alejandría habrían traído a Palestina y difundido allí; y lo utiliza para decirnos unas verdades sobre el reino de Dios. Trata de la vida nuestra después de la muerte. Se trata aquí de algo que muchos cristianos ya no quieren creer: *Que al final hay un arreglo de cuentas y un juicio final.*

Se puede malinterpretar el sentido de esta parábola, si, como gente que no disponemos de una gran cuenta corriente, meneamos la cabeza y decimos: *“Nosotros somos mejores personas”*. En algún aspecto cada uno de nosotros es rico y en algún lugar de nuestra vida juega un papel la cuestión de si, como gente rica, no habremos despreciado también a nuestro hermano Lázaro y lo habremos desterrado en pensamiento a la puerta de atrás.

Cada uno de nosotros de alguna manera y alguna vez ha dejado ante su puerta al pobre Lázaro, porque, cada uno de nosotros, también el más pobre, de alguna manera y en algún momento, es un hombre rico. Quizá somos ricos porque somos queridos, por nuestros padres, hermanos, cónyuge, hijos y también por nuestros amigos. Quizá somos ricos porque al haber nacido en un país de los llamados desarrollados, somos personas dotadas que han recibido una cultura y poseemos un carácter interesante.

No le quitamos fuerza a la parábola al considerar al hombre rico como una mala bestia social y comprobar luego satisfechos: **“Nosotros, ¡no somos todo esto!”**. El hombre rico quizá tampoco era todo esto. No es la riqueza su perdición, sino su falta de contacto; ese espléndido aislamiento frente al pobre lo hace culpable. **¡Podría ayudar tanto, sin tener que reducir esencialmente su tren de vida!**; sus medios y su fortuna establecen un gran abismo que es insuperable para el pobre.

La percepción de la realidad de muchos hombres ricos está falseada porque ya no pueden ver la miseria del mundo. El hombre rico tiene miedo de entrar en una relación muy estrecha con la miseria. Siente miedo del olor de la gente pobre que puede cuestionar su tren de vida. Aspira a una total seguridad. Pero quien quiera estar seguro, tiene que evitar hacerse preguntas.

**¿Quién es hoy este Lázaro para nosotros?** Lázaros son hoy todas las personas para las que no tenemos tiempo, las que no nos gustan o sencillamente en las que no pensamos. Lázaro ante tu puerta puede ser esa anciana en tu escalera, que tiene bastante dinero y a pesar de ello, se alegra si le das alguna vez un trozo de tarta y sobre todo un trozo de tu tiempo. No necesita tus dones, pero sí necesita, para vivir, una palabra personal, un signo de que tú ves en ella un ser humano y no un objeto en la escalera.

Lázaro ante tu puerta pueden ser tus hijos que necesitan de ti tiempo y cariño. Puede ser tu propio cónyuge de cuyos problemas haces caso omiso y te lo quitas de encima con un par de palabras desabridas. Puede ser el colega o el vecino que cada uno evita y deja al margen. Cada uno de nosotros tiene un Lázaro a su puerta.

Cambia el escenario.-

Estamos en el más allá. Y allí, en el infierno, siente el hombre rico por primera vez algo así como desasosiego y amor. Piensa en sus cinco hermanos y los ve, con horror, vivir despreocupados; sin tener idea de que en nuestra vida está en juego nada menos que el destino, la eternidad.

*“¡Tú, eres uno de los cinco hermanos del hombre rico!”*; éste es el punto culminante de la parábola. Ni signos, ni prodigios, ni apariciones milagrosas desde el más allá, van a conducirte a la reflexión, a la fe, al amor, sino **«Moisés y los profetas»**. Y esto no quiere decir otra cosa que **«la Palabra de Dios»**.

Pero el hombre rico parece que conoce bien la incredulidad de sus hermanos, y pide para ellos (que visten y banquetean como él hacía), una aparición del más allá: **«No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a verlos se arrepentirán»**. Mas la respuesta de Abrahán no deja lugar a dudas: **«Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto»**.

Como a los cinco hermanos, no nos queda otra cosa que **«Moisés y los profetas»** y todo aquello que saben decirnos. Quien aquí no escucha y no se deja salvar aquí, tampoco pueden ayudarle los mensajes del más allá. Nuestra fe no contiene nada sensacionalista. Todo está dicho en Moisés y en los profetas, en el Nuevo Testamento, en las palabras y parábolas de Jesús. La clave es asumir esta realidad en nuestra vida cotidiana.

Vivir de la palabra de Dios no requiere ninguna novedad, sólo es necesario poner atención, para unir lo que nos es conocido ya hace tiempo con la vida de cada día: **«El amor a Dios y el amor al prójimo son el mayor mandamiento. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas»**, dice Jesús (Mateo 22,40).

**DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Habacuc 1,2-3; 2,2-4): *¿Hasta cuándo clamaré?*

**2ª lectura** (2ª Timoteo 1,6-8.13-14): *Vive con fe y amor en Cristo Jesús.*

**Evangelio** (Lucas 17,5-10): *Hemos hecho lo que teníamos que hacer.*

Qué difícil resulta saber qué es lo que tenemos que hacer en un mundo tan complejo como el nuestro. Cada día recibimos tal cantidad de estímulos que es imposible prestarles suficiente atención; hay muchas luces que deslumbran y, al mismo tiempo, impiden ver las sombras de la historia, donde muchas, demasiadas, personas sufren.

Cuando dirigimos nuestra mirada a otras tierras lejanas, a tantos países subdesarrollados y a toda la pobreza que padecen; o cuando nos fijamos en los que “no cuentan” de nuestro propio país y de nuestra propia ciudad, al fijarnos en tantas y tantas personas que pasan hambre o sufren enfermedad, o la vida no les pinta tan bien... entonces nos damos cuenta que hay mucha labor que hacer, que hay mucho que trabajar para hacer realidad el plan de amor que Dios tiene con toda la humanidad.

En la tarea de la construcción de un mundo de hermanos y una sociedad más justa estamos todos implicados; es una tarea común y comunitaria, donde no valen únicamente los logros individuales, sino que tiene que haber un avance comunitario que asegure un desarrollo humano sostenible y respetuoso con la naturaleza.

Una de las necesidades más radicales de la persona, en estos tiempos que nos ha tocado vivir, es la compañía. No estar solo es tener con quien hablar y compartir la vida y los sentimientos. No estar solo es tener una comunidad, un grupo de personas más amplio, que aporta seguridad, reconocimiento y afecto. No estar solo significa compartir un proyecto común, como el de sacar adelante y mejorar el mundo en que vivimos. No estar solo es saber que, a pesar de ver desgracias, violencias y catástrofes..., hay un Dios que nos acompaña en la vida y desde la vida.

Las experiencias comunitarias son más significativas: “Dios mismo es comunidad de vida y amor trinitario”. Las personas estamos invitadas a vivir la comunidad, saber que todos somos parte de la misma familia de Dios y, por tanto, llamados a vivir desde la dignidad de ser hijos del Padre.

La existencia de grupos y comunidades eclesiales aportan una vivencia comunitaria de la fe; la experiencia de asociaciones, ongs y grupos solidarios aseguran dinámicas de servicio al mundo; la creación de redes que se fijan en las pobrezas que acechan a la humanidad genera un estilo comunitario que nos hace estar implicados en una tarea común.

En estos tiempos se habla mucho del “reciclaje” y lo vemos necesario para el sostenimiento del planeta. También hablamos de personas que “reciclan” su vida y cambian de trabajo, de lugar de residencia o de objetivos en la vida. La vida del cristiano, del seguidor de Jesús debe ser un constante actualizar y renovar el “don de Dios” que todos hemos recibido en el bautismo y en la invitación de Jesús a seguirle.

Actualizar la fe es vivir un cambio radical que la haga más genuina y auténtica y nos vincule existencialmente a Jesús y a la misión de hacer más presente su Reino allí donde estemos: en el trabajo, en la familia, en los estudios...

Las muchas novedades que trae nuestro mundo globalizado no anulan los valores de justicia, de perdón, de paz, de igualdad, de comunidad... pero exige que los actualicemos hoy y que los concretemos en iniciativas renovadas que sean signo de la constante novedad de Dios y de la dimensión social de la fe.

Hoy nos detenemos a contemplar una semilla de mostaza. Lo más pequeño, lo diminuto, lo insignificante, lo débil... puede ser fecundo y hacer que todo quede transformado. Y no vale poner la clásica excusa: **¡Es que los problemas son muy grandes y de muy difícil solución!**, y... nosotros somos tan poquita cosa.

No nos engañemos. Una mirada a nuestro entorno que produzca una pequeña reacción, que nos acerque a una vida respetuosa con la naturaleza, que nos lleve a una preocupación por los problemas del pueblo o del barrio, a la atención a los necesitados, a la cercanía al enfermo y a tantas cosas más, lejos de ser una pérdida de tiempo, son un grano de mostaza y fermento de una nueva humanidad. Todo renace, todo cambia de color y encontramos signos de vida nueva, cuando aportamos nuestro “granito”.

Con el evangelio repetiremos **«hemos hecho lo que teníamos que hacer»**: ser signo y sacramento de Dios en medio del mundo. La Iglesia y los creyentes estamos convocados a significar un Dios implicado con la vida del hombre y del mundo.

Los mensajes de esperanza, las acciones comprometidas al servicio del bien común, la preocupación por los pobres, el anuncio del Evangelio a las personas hoy... harán que la Iglesia haga **«lo que tenía que hacer»** y si cada cristiano aporta su “granito de mostaza” semilla de esperanza, todo cambiará en este mundo.

**DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (2ª Reyes 5,14-17): ...*su carne quedó limpia como la de un niño.*

2ª lectura (2ª Timoteo 2,8-13): ...*él permanece siempre fiel.*

Evangelio (Lucas 17,11-19): ...*los otros nueve, ¿dónde están?*

El evangelio de hoy, comienza con un doble apunte geográfico: Jesús va camino de Jerusalén y pasa por Samaria. Son detalles dignos de reflexión. Jesús se encamina hacia Jerusalén, es decir, hacia su pasión y muerte, y en ese camino pronuncia palabras y realiza gestos que tienen sentido de enseñanzas últimas, lo que le da un peso especial.

Son como el testamento de Jesús, que no se echa atrás en su caminar hacia el final de su vida. Todavía los discípulos habrán de aprender que el reino que ellos esperan que Jesús implante en la ciudad sagrada no es al estilo de los reinos de este mundo. Y que la glorificación pasa por la entrega hasta la muerte.

El paso por Samaria significa una ruptura con el pensamiento de sus compatriotas judíos, que evitaban cruzar por esa región, tierra de infieles. Porque también a los samaritanos les ha de llegar la salvación de Dios.

- **¿Afrontamos con decisión la cruz y la muerte que nos puede acarrear una actitud valiente en la vida siguiendo los pasos de Jesús?**
- **¿Cae la Iglesia en la tentación de ser un reino como los de este mundo?**

El centro del relato lo ocupa el encuentro de Jesús con diez leprosos. La lepra hacía del leproso una persona excluida de la vida del pueblo y del culto a Dios. El leproso era en Israel legalmente impuro, no apto para el culto a Dios. Quien tocaba a un leproso se hacía igualmente impuro. Vivían fuera de los pueblos, y no podían acercarse al resto de personas. Por eso, desde lejos y a gritos, piden a Jesús que tenga compasión de ellos.

- **¿Cuántas personas, cuántos pueblos nos están pidiendo que tengamos compasión de ellos a gritos y desde lejos, porque no les dejamos que se acerquen a nosotros?**
- **¿Por qué declaramos “leprosos” a las multitudes hambrientas que llaman a la puerta de nuestro mundo rico, enfermo de “obesidad” y de egoísmo?**
- **¿Cómo somos capaces de negar al combate contra plagas como el sida, la malaria o el hambre, una pequeña parte de lo destinado a la guerra contra personas y pueblos?**
- **¿Dónde está la palabra de la Iglesia contra ese crimen de lesa humanidad?**
- **¿Fue ésa la práctica de Jesús?**

Jesús cura a los leprosos, que son enviados a quienes han de reconocer y certificar su curación. Y parece que una vez curados no saben ser agradecidos. Seguramente ahora muchos estamos pensando que también nosotros hemos sido pagados, en algún caso con la moneda del desagrado. Y será verdad. Pero no parece que Jesús se arrepintiese de haber hecho el bien, y siguió haciéndolo hasta el final de su vida.

Y nosotros, ¿no nos cansamos demasiado pronto de hacer el bien y de ser tachados de tontos? ¿En tan poco aprecio tenemos el valor del bien en sí mismo, aunque no nos lo agradezcan? Por otro lado, ¿somos agradecidos a tanto bien como Dios nos ha hecho y hace cada día? ¿A cuántas personas que nos han ayudado desde niños les hemos declarado nuestro agradecimiento? **-¡Gracias por aquellas palabras tuyas en aquel momento! -¡Gracias porque me escuchaste cuando más lo necesitaba! -¡Gracias por aquella sonrisa que me devolvió la alegría! -¡Gracias...! -¡Gracias!**

Todavía hay dos detalles entrañables en el texto. Samaritanos y judíos no se hablaban. Sin embargo, la lepra los ha unido al ser marginados. De los diez curados, sólo uno se echa por tierra a los pies de Jesús, es un samaritano. **«¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?»**. Los judíos trataban a los samaritanos como paganos, porque no reconocían toda la escritura ni a Jerusalén como el lugar de culto a Dios (ellos adoraban a Dios en Garizín). Y no deja de tener su ironía que Lucas nos lo presente como el único que da gloria a Dios. Como en la parábola del buen samaritano.

El otro detalle a pensar es la última palabra del texto: **«salvado»**. La Iglesia debe curar, nos lo agradezcan o no. Pero el proceso del encuentro del hombre con Dios llega a plenitud cuando el hombre escucha y recibe de Dios, no sólo la curación, sino la salvación total de vida y de sentido.

**DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Éxodo 17,8-13): *...con el bastón de Dios en la mano.*

**2ª lectura** (2ª Timoteo 3,14-4,2): *La Escritura es útil para enseñar, reprender, corregir y educar.*

**Evangelio** (Lucas 18,1-8): *...les hará justicia sin tardar.*

Las lecturas de hoy tienen como trasfondo una concepción bien asumida, pensada y elaborada. Es el trasfondo que debemos tener en cuenta para entender toda la Biblia, pero que los autores tuvieron especialmente en cuenta, cuando se pusieron a redactar estos libros a los que pertenecen los párrafos de hoy.

La primera lectura está tomada del Éxodo, uno de los cinco libros que constituyen la colección del Pentateuco y que inaugura las estanterías de esa biblioteca que es la Biblia, con sus dos apartados, Antiguo y Nuevo Testamento y sus setenta y tres libros escritos a lo largo de muchos años, como resultado de una profunda y contrastada reflexión sobre la vida, unida a la convicción de que Dios está siempre cercano y presente, misteriosamente presente, en ella.

La tercera corresponde al evangelio de Lucas, el autor que nos describe la figura de Jesús como reflejo de nuestra propia vida y como resumen de la concepción bíblica de la vida de todos. Jesús, como nosotros, pasa la vida haciendo el camino que le lleva a su meta y experimentando en ella las dificultades, frustraciones, cansancios y esfuerzos por los que todos pasamos.

Pero el camino de la vida, como la historia, se convierte en un conjunto de anécdotas, de historietas y experiencias insensatas, es decir, sin sentido, si no hay una línea que impregne todo el acontecer dándole una forma, y sobre todo, un sentido de conjunto.

El paso de la vida, desde un atropellado conjunto de anécdotas a experiencia de proceso humano y personal, la da un conjunto de elementos entre los que destaca la referencia de una meta, objetivo o ideal, que hay que buscar con la fe y la confianza puesta en un compañero, invisible pero real, a quien se debe el aliento anímico y la energía que tantas veces sacamos de no sé sabe dónde, y nos hace superar situaciones francamente difíciles.

La vida de todos es un Éxodo en lucha esforzada por mantener la libertad con la que tendremos que decidir hacia dónde dirigir nuestro destino. En ella siempre está Dios. Al siempre de su presencia le corresponde el nunca de su visión. Pero entre el siempre y el nunca estamos nosotros con nuestra profunda necesidad de ayuda, de esperanza y de futuro.

Vapuleados por las inquietantes situaciones de la experiencia, sentimos el cansancio del camino, la distancia de la meta y la escondida presencia de Dios, tan escondida a veces que llegamos a dudar de su realidad. La impaciencia se nos apodera, la prisa nos ciega y la desesperanza se abre paso.

Sin Dios todo se convierte en un presente agobiante, porque el mundo no puede esperar otra salvación que la que le aportemos nosotros, y los pobres no pueden esperar otra justicia que la ofrecida por las estructuras sociales y políticas, tan insuficientes y lentas cuando se trata de problemas tan fundamentales y urgentes.

Entre el abandono desesperado de quien no ve futuro y la visión mágica de quien ingenuamente cree que solo es cuestión de rezar, la Biblia insiste en la oración vital y en el esfuerzo humano. En la confianza y en la esperanza laboriosa y decidida. Como Moisés, que cree en Dios como compañero de andanzas. Como la viuda, que lucha, insiste, ruega y exige. Como Josué, que sale al campo de batalla asistido por la oración de su líder.

Necesitamos alimentar esas cualidades vitales y profundas para caminar por la historia. La confianza básica que da cimienta fuerte frente a los vendavales. La esperanza firme que no se arruga ante los frecuentes reveses. El amor inmenso que se sabe querido, aceptado y sentido, tan fundamental para el equilibrio y la superación.

Pero el alimento, se recibe cada vez que, como hijos, acudimos a la casa paterna a recibir el bocado preferido, el gesto buscado, la sonrisa condescendiente y cómplice, la conversación añorada y portadora de calor, identidad y cariño.

La segunda lectura nos indica cómo conseguir esa relación. La podemos encontrar en los libros de la Biblia, culminación de un largo proceso de experiencia vital, resultado de una larga caminata con Dios en animada charla, fruto de un intercambio de sabiduría, decisión, consejos, ánimos e invitaciones.

Para vivir podemos encontrar en lo que reconocemos como Palabra de Dios los referentes más firmes. Pero hace falta cultivar el contacto con ella.

Al comenzar el curso podemos plantearnos la necesidad y la posibilidad de conocer un poco mejor las fuentes de nuestra fe, pero también de nuestra cultura y, desde luego, de nuestra fuerza vital.

**DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Eclesiástico 35,12.14.16-18): *El Señor es un Dios justo.*

**2ª lectura** (2ª Timoteo 4,6-8.16-18): *El Señor me ayudó y me dio fuerza.*

**Evangelio** (Lucas 18,9-14): *Dos hombres subieron al templo a orar.*

Con este relato evangélico continua Lucas con el tema de la oración. La pasada semana insistía en que hay que orar siempre. En este pone el acento en el espíritu con el que hay que orar, y nos lo presenta en forma de parábola que, por cierto, solo se encuentra en el evangelio de Lucas. En la parábola se nos describe dos aptitudes contrapuestas. La una, la encarna el **fariseo**, la otra, el **publicano** que personaliza a los despreciados, rechazados y condenados por los fariseos.

Los fariseos personalizan a todos aquellos que están convencidos de su propia justicia. El camino del fariseísmo es el camino del “*compromiso moral*”. En general al fariseísmo se le ha hecho peor de lo que fue; se le ha catalogado como «*hipócritas*». Etimológicamente «*fariseo*» no quiere decir hipócrita, sino «*separado*». Les gustaba llamarse los «*piadosos*», los «*justos*», los «*temerosos de Dios*». Eran considerados como gente respetable y personas de orden.

**El fariseo** que Jesús propone de ejemplo no era hipócrita, sino un hombre honesto, piadoso, que decía la verdad. Realmente hacía todo lo que decía. Para conservar su pureza debían mantenerse apartados de los pecadores. Tomaban tan en serio todas las normas, que eran implacables contra los que no conocían la ley. En tal caso se hacía necesaria la segregación frente a las gentes ignorantes; y, en especial, la radical separación de los pecadores públicos, como las prostitutas y los publicanos. En este ambiente la forma de actuar y de comportarse Jesús desconcertó y nos desconcierta, porque va contra la manera de ver la vida de la mayoría de la gente.

Pero, entonces, *¿en qué consiste la perversión del fariseo?* En su oración el fariseo no pide nada, no tiene conciencia de sentirse necesitado. Lo único que experimenta es complacencia y satisfacción, pero en sí mismo: «*Te doy gracias porque no soy como los demás*». Aunque en teoría afirme que “*todo viene de Dios*”, en la práctica está convencido que todo se debe a su propio comportamiento: no roba, ni es adúltero, ni tampoco es como esos publicanos, pecadores... Y no se para aquí; no se contenta con enumerar las cosas malas que no hace, sino que añade las cosas buenas que realiza: «*Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que gano*». Y todo esto es cierto. Pero, el problema del fariseo no está en su falta de generosidad, ni siquiera en su falta de fidelidad a sus convicciones.

El problema del fariseo está en que el centro de su vida es su propia conducta, el más exacto sometimiento a la ley, y esto lleva a colocar el centro de su vida en uno mismo, por más que diga que lo tiene en Dios. Una religiosidad así pervierte al sujeto de modo radical por las consecuencias que acarrea. Tres son las características que nos señala la parábola: 1) se sentían seguros de sí mismos, 2) se consideraban justos y 3) estaban convencidos de su superioridad despreciando a los que no pensaban y actuaban como ellos.

En definitiva, terminan siendo fundamentalistas y sectarios. Y lo peor es que viven engañados, en el engaño más radical, porque creyendo que están cerca de Dios, en realidad están más lejos de lo que podían sospechar, indudablemente más lejos que el publicano que ellos desprecian: «*Os digo que éste (el publicano), y no el otro (el fariseo), bajó a su casa justificado*». Y, una persona así configurada se incapacita para amar y para aceptar un Dios-Amor, Padre de todos.

**El publicano.** La actitud del publicano está en claro contraste con la del fariseo. El publicano se va a su casa, justificado; el fariseo no. A simple vista, no nos parece justo y más todavía, si se ve desde una perspectiva moralizante y legalista, es decir, desde el mérito; pero todo cambia, si se contempla desde una perspectiva evangélica, es decir, desde la novedad de la imagen de Dios que Jesús nos muestra en la figura del publicano: Un Dios amor, misericordioso, un Dios Padre bueno, que acoge a todos con amor y cariño; un Dios que es Buena Noticia para los pobres y pecadores, y, a la vez, nos revela la imagen auténtica y real del hombre: un ser débil, necesitado, pecador.

Y también nos dejar ver la verdad radical del Evangelio: Jesús no anuncia un Reino de Dios que el hombre puede instaurar, edificar y organizar mediante la observancia de la ley y de una mejor moral. El rearme moral, sea del tipo que sea, no lo consigue. Jesús anuncia un reinado que es pura acción gratuita, liberadora y gratificante. Para Jesús no hay mérito en absoluto, sino acogida humilde y agradecida.

Volviendo al tema de la oración a la que hace referencia directa la parábola; la oración ha de brotar de un convencimiento humilde de nuestra situación de pecadores, necesitados de acogida y perdón y, de la confianza en la misericordia de Dios... y el publicano se acoge a dicha misericordia: «*Ten compasión de mí que soy un pecador*»



**DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Sabiduría 11,22-12,2): *Señor, amigo de la vida.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1,11-2,2): *Esperamos la venida de nuestro Señor.*

Evangelio (Lucas 19,1-10): *Hoy ha sido la salvación de esta casa.*

Aunque ya nos vamos acercando al final del tiempo litúrgico, la Palabra de Dios de este domingo, como hace tantas otras veces, parece situarnos en el inicio de la vida del seguidor de Jesús: **la conversión**.

Esta paradoja de el comienzo o el final, puede ayudarnos a profundizar en la diferencia que existe entre *tener* experiencia religiosa y *vivir* experiencia creyente; la práctica de ritos y normas que promueve cualquiera de las religiones y la vida nueva que proclama Jesús de Nazaret, con su manera de tratar a las personas y con sus aptitudes rompedoras de lo que, en su tiempo y en su país, estaba establecido con fuerza de ley sagrada.

Así vemos que son diferentes las preguntas que les hacen a Jesús los apóstoles: «¿*Qué pasa con nosotros que lo hemos dejado todo y te hemos seguido?*» Y la que hace aquel joven: «¿*Qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?*»

La cuestión no está únicamente en hacer las cosas que nuestros antepasados, con la mejor intención, nos han ido transmitiendo de generación en generación. Consiste más bien en el encuentro con una persona que nos convence como vive, nos ilusiona con su proyecto de vida extraordinario y el encuentro con otras gentes que lo están poniendo en práctica sin imponérselo a nadie.

La primera lectura transmite una serie de expresiones y de acciones de Dios, amigo de los hombres, que nos muestran el acompañamiento personal que cada hombre necesita.

La compasión, que es como poner el corazón en sintonía con el de la otra persona, hace que el acompañado nunca se sienta solo; y así las preocupaciones, las ocupaciones, los éxitos y los fracasos, todo lo verdaderamente humano resulta también de interés para la acción del creador de la vida.

Porque Él es quien llama a la vida a todos los seres, es Él quien hace que lo que no es tenido en cuenta resulte de interés para quien lo realiza y para los que lo disfrutan. De ahí se deriva que lo que realmente importa no es lo que hacemos o lo que tenemos; lo que hemos de valorar es lo que somos cada uno de nosotros y cada una de las personas que viven junto a nosotros.

Por eso, de lo que se trata es que a lo largo de nuestro camino en esta vida terrena escuchemos la invitación que permanentemente se nos hace para no abandonarlo. Y si lo abandonamos, que nos sintamos corregidos y perdonados.

La inmensa mayoría de las personas venimos al mundo con un camino marcado por unas tradiciones familiares, sociales, culturales y religiosas que vamos interiorizando en la relación que mantenemos con otras personas y con otros colectivos.

Todo esto se traduce en unos rituales y en unas prácticas que realizamos habitualmente cuando llegan ciertos acontecimientos de la vida ordinaria: los nacimientos, la infancia, el paso a la juventud, los matrimonios y el final de la vida. A nadie le extrañan hoy los gastos suntuosos por esos motivos, ni las ceremonias religiosas con un número, cada vez mayor, de personas ajenas a esos rituales.

Lo que si provoca algunos interrogantes, y también la búsqueda de respuestas, es la decisión de algunos cristianos por celebrar esos acontecimientos de la vida diaria de una manera diferente; puesto que, lo que queremos celebrar es el proyecto personal de vida de cada miembro de la comunidad, que inspirado e iluminado por el proyecto de Jesús, está haciéndose vida en la sociedad y en la Iglesia.

En Zaqueo comprobamos que una cosa es querer saber, por nuestro interés, cosas sobre Jesús y otra muy distinta experimentar que es Jesús el que quiere acompañar nuestra vida, hacerse presente en nuestras celebraciones e indicarnos la mejor manera de relacionarnos con los demás.

Muchas personas, en nuestra infancia, aprendimos a resolver los problemas de las matemáticas repitiendo las operaciones y haciendo nuevos planteamientos con los datos que venían en el enunciado de los mismos. En ese proceso de aprendizaje fue fundamental la persona del educador.

Así también, en lo que se refiere a la experiencia creyente, continúa siendo fundamental la presencia de testigos con experiencia de Dios y con experiencia de vida cristiana, libre y comprometida, en los procesos de acompañamiento de adultos, de jóvenes y de niños que han experimentado, en algún momento de sus vidas, que están caminando al lado de Jesús y con su mismo estilo de vida.

## TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *Una muchedumbre inmensa.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *Somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Dichosos vosotros... Estad alegres.*

En el centro del cristianismo no hay un programa, sino una persona: **Jesús de Nazaret**. Cuando comienza su predicación por los campos y aldeas de Galilea no dice a los discípulos: «*Estudid teología*», sino «*Sígueme*», y, fascinados por su vida lo siguen. Aunque no entienden muchas cosas, se deciden por Jesús porque: «*¿Adonde iremos? Tú solo tienes palabra de vida eterna*».

A la Iglesia se la describe de muy diversas maneras: Roca en las olas, barca en el mar, institución, sociedad, organización, etc. Pero la Iglesia es ante todo Cristo perviviendo e influyendo en la historia. La Iglesia es la comunidad de todos los santos de Dios.

La fe no se adquiere por el catecismo, por muy importante que sea su estudio. La fe nos llega por testigos practicables y creíbles. Nuestra fe de niños se encendió en la fe de nuestros padres. Por eso son importantes los santos, porque nos muestran la vivencia de la fe. Un santo es un compañero de viaje que nos acompaña en el camino de la vida, como aquel desconocido que acompañó a los dos discípulos en el camino de Emaús y caldeó su corazón mientras les explicaba las Escrituras.

«*Las palabras enseñan, los ejemplos arrastran, sólo los testigos convencen*». La instrucción, los conocimientos, la inteligencia, ciertamente tienen un valor, pero es más valioso el testimonio vivido. Cuando a lo largo de nuestra vida, recordamos a nuestros profesores y nos preguntamos: **¿quién nos marcó más?**, vemos que no fue el más inteligente, ni el más intelectualmente preparado, sino el que nos dio el ejemplo de su vida.

No son los testigos sin faltas, sino los testigos entusiasmados los que nos contagian. San Gregorio Magno dice: «*¡El que no arde, no incendia!*». Los santos son como luces donde encender de nuevo la luz de nuestra fe.

Los santos son personalidades individuales. No hay ninguna reproducción clónica. No hay un molde en el que tengan que hacerse los santos. El molde es para las imágenes cursis de yeso, en las que no se sabe a veces si es un hombre o una mujer y que tienen que sostener algún instrumento en la mano para que se pueda adivinar de quién se trata.

Sexo, edad, temperamento, herencia, ambiente, raza, disposiciones naturales, surten su efecto. Pedro, Pablo, Jerónimo, Agustín, Ignacio, Javier, Teresa, Francisco de Sales son auténticas personalidades. Son diferentes modelos de la única fe. Así como decoramos la vivienda de modo diverso, así también la fe común se vive de formas diversas. Cada uno aporta su grandeza y su debilidad. No hay un solo tipo de santo, sino un gran número. Aunque la Iglesia, oficialmente, reconozca sólo a unos pocos, junto a los canonizados están la inmensa muchedumbre de los santos anónimos.

Los santos son testigos polifónicos de la fe. De hecho, la vida de los santos, no es otra cosa que el Evangelio representado en acciones: «*No conozco entre el evangelio escrito y la vida de los santos otra diferencia que la que hay entre una música escrita en notas y la música como se ejecuta por los artistas*». La santidad es una irradiación de lo que el Señor ha vivido y a la vez es cumplimiento de la tarea: «*Vosotros sois la luz del mundo*».

Así la vida en pobreza no es un invento de san Francisco de Asís; una vida a partir de las ideas fundamentales de los Ejercicios Espirituales no es un invento de san Ignacio de Loyola; la vida al servicio de los enfermos no es un invento de san Juan de Dios; una vida consagrada a la enseñanza y la educación no es invento de san Juan Bautista de la Salle o san Marcelino Champagnat; la vida dedicada a los pobres no es invento de san Vicente de Paúl o de santa Luisa de Marillac... Todos han vivido lo que Cristo ha proclamado con su palabra y su ejemplo. Como han vivido una enseñanza del Evangelio con todo su corazón lleno del Espíritu, nos ofrecen una profundidad y claridad que nos causa como una revelación de la doctrina.

No hay que mirar sólo al pasado, a la historia de la Iglesia, sino también a la actualidad y al futuro: **Bienaventurados** entre nosotros los que no dejan que se endurezca el corazón con las riquezas. **Bienaventurados** entre nosotros los que padecen las separaciones, llenas de dolor y de lágrimas. **Bienaventurados** entre nosotros los que, día a día, hacen su labor en la familia, en el trabajo, sin quejarse, contentos. **Bienaventurados** entre nosotros los que visitan enfermos, ayudan a vecinos, procuran reconciliación. **Bienaventurados** entre nosotros los que se levantan por la dignidad del hombre y su derecho a trabajo y hogar... **Bienaventurados**...

En la fiesta de Todos los Santos y con el pasaje evangélico del Sermón de la montaña, late nuestro corazón. Jesús se alegra con nosotros, los que le escuchamos y seguimos y nos sentamos con Él a su mesa. Que no se corte aquí la corriente de los santos, tan necesaria para el mundo. Pasemos el relevo (la luz de la fe) a la siguiente generación.

**DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (2º Macabeos 7,1-2.9-14): *El Señor, nos resucitará para la vida eterna.*

**2ª lectura** (2ª Tesalonicenses 2,16-3,5): *El Señor que es fiel, os dará fuerzas.*

**Evangelio** (Lucas 20,27-38): *No es Dios de muertos, sino de vivos.*

**Esta vida no es eterna.** Y no lo es, gracias a Dios. Sería terrible que la desigualdad, la miseria de muchos y el insultante despilfarro de pocos, la injusticia, la discriminación, el hambre, la pobreza, la violencia incontrolada, el terrorismo y los abusos de los poderosos se perpetuaran indefinidamente y sin remisión, sin ninguna esperanza para las víctimas. Una vida así sería inaguantable.

**Esta vida no es eterna,** gracias a Dios. Sería terrible envejecer eternamente, ir perdiendo facultades, cubriéndose de canas, de arrugas, de achaques, de años; lamentando constantemente la juventud perdida, la madurez malograda, la vejez acorralada y una longevidad insoportable.

**Pero esta vida** es ya una experiencia singular, una especie de degustación –gracia de Dios- de la vida eterna. Esta vida, con todas sus limitaciones, puede despertar en nosotros la imagen de una vida sin limitaciones, sin cortapisas, sin violencia, sin injusticias, sin desigualdades, sin odios; vida pura y convivencia en paz y felices todos, sin excepción. Una utopía, ciertamente. Una provocación para la fe y un reto para la esperanza.

La fe en la vida eterna echa por tierra todas las objeciones de los escépticos y desenmascara la irracionalidad de tantas falsas razones en contra. Es lo que hace Jesús en el evangelio que hoy escuchamos. Ante la insensata objeción de los que creen saberlo todo, Jesús los pone en su sitio, en ridículo, desmontando el castillo de naipes de una objeción sin fundamento. ¿Por qué se empeñan en ser racionales, racionalistas, los que sólo niegan una vida eterna que no son capaces de imaginar?

**La vida eterna no es ésta.** La resurrección no es una vuelta a la vida, a esta vida. Eso sería sólo una vuelta a las andadas, y así vuelta a empezar en un eterno retorno. Ése es el error de los saduceos y de tantos otros. No es sólo cuestión de racionalidad, sino falta de imaginación. Como no nos cabe en la cabeza cómo puede ser una vida eterna, como se nos multiplican las dificultades para imaginarla, optamos por decir que es impensable, inconcebible e irrealizable por imposible. Imposible, ciertamente para nosotros, que intentamos vanamente alargar ésta indefinidamente, pero posible y más que posible para Dios, pues está en su proyecto original al crear y llamar a la vida al hombre.

Morir no es perder la vida, sino cambiarla, como nacer no es perder la vida intrauterina, sino cambiarla cortando el cordón umbilical, para vivir en libertad y en este mundo. Y algo así será el morir, cortar por lo sano con las limitaciones y ataduras de esta vida, para vivir plena y definitivamente en libertad y felices.

Resucitar es nacer a la vida, a la de verdad, a la que aspiramos y con la que soñamos sin saberlo, pero creyendo en cada instante de disfrute de esta vida. En cada una de esas experiencias hay una posibilidad para la fe y una invitación a la esperanza.

Esa felicidad, que arañamos tantas veces y que otras tantas se nos escapa y nos esquivo, es ya gracia de Dios que alimenta nuestra fe y sostiene nuestra esperanza en la vida eterna gracias a la resurrección de Jesús. Porque, la resurrección de Jesús es la garantía de que nada está perdido, de que nuestro sufrimiento no es inútil, de que la vida está a salvo.

La vida eterna es fuerza imparable para mejorar ésta. La fe en la vida eterna fue la fuerza indomable que animó a los siete hermanos (1ª lectura), frente a las pretensiones del tirano de imponerles una vida indigna. Como será la fuerza de los mártires para resistir a los poderosos y renunciar a una vida degradante en el horizonte de la resurrección y de una vida eterna.

Como fue el ejemplo de Jesús muriendo en la cruz. Quisieron acabar con Él, quitándole la vida. Más, como **«el Padre no es un Dios de muertos, sino de vivos»** (Lucas 20,38), Dios lo resucitó para desautorizar a todos los que, creyendo que la muerte tiene la última palabra, utilizan la violencia y la muerte como solución final para sacar adelante sus insensatos planes.

Dejarse matar puede ser no más que un acto de cobardía o una insensatez; pero empeñar la vida, hasta morir en el empeño, de plantar cara y resistir las arbitrariedades de los que se sirven de la muerte, para atemorizar a la gente y someterla a la pobreza, a la dependencia y a la esclavitud de sus locuras, es una actitud ante la que se encuentran desarmados. Por eso prefieren ignorar y desprestigiar a los creyentes.

El refinamiento en las torturas, como los sibilinos procedimientos de difamación, es la mejor prueba de la debilidad de los que apuestan por la muerte, por la guerra, por la violencia como solución de los problemas. Matar a un hombre por defender una idea, una ley, un proyecto no es, en definitiva, más que un asesinato, aunque se disimule con la legalidad, que siempre será injusta e ilegítima.

***La vida eterna, es el abrazo de Dios, nuestro padre, tras nuestra resurrección.***

**DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO**

1ª lectura (Malaquías 3,19-20a): *Mirad que llega el día.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3,7-12): *...trabajamos y nos cansamos día y noche.*

Evangelio (Lucas 21,5-19): *Habrán espantos y grandes signos en el cielo.*

En estos últimos domingos la liturgia, nos invita a mirar hacia el futuro. Ante la pregunta **¿cuándo?**, Jesús responde alertando sobre el peligro que proviene de los falsos profetas con sus engaños y mentiras. Este discurso, llamado “*escatológico*”, encaja en el contexto de la predicación del Reino de Dios. Jesús tiene conciencia de que el Reino está irrumpiendo a través de su persona en el momento presente. No es necesario seguir esperando a que Dios intervenga, poniendo punto final a la historia humana como anunciaba la apocalíptica; ni es preciso que llegue una revolución, como reivindicaban los zelotes. «*El Reino está en medio de vosotros*», pero falta la consumación plena. Por eso, el Evangelio invita a mirar al futuro, pero viviendo con intensidad el presente.

**El ser humano tiene futuro.** En medio de una sociedad tan necesitada de escuchar noticias que aporten esperanza al mundo, los cristianos estamos llamados a “*dar razón de nuestra esperanza*”, cuyo fundamento tiene un nombre: «**Jesucristo**». Sólo desde Jesucristo, crucificado y resucitado, se nos revela el futuro último para la humanidad. La resurrección de Jesús, ha introducido en nuestra historia una realidad nueva, que revoluciona y transforma las pobres expectativas humanas. Desde esta nueva luz ya se puede mirar y comprender la vida y la historia de manera nueva. Desde Cristo la esperanza crea una dinámica de crítica y esfuerzo: es posible mejorar el mundo; es posible esperar contra toda esperanza. La historia no ha acabado y siempre es posible transformar a mejor la realidad, avanzando hacia una humanización más plena. Jesús está presente entre nosotros, pero, a la vez, está delante de nosotros como meta, como horizonte al que mirar. De este modo nos estimula la fantasía y la capacidad de proyectar un futuro distinto y mejor.

**El ser humano es un ser esperanzado, utópico.** Este carácter utópico, “*escatológico*”, es algo constitutivo de la esencia humana, de la historia y del mundo; es un modo de leer, de comprender y asumir la vida, la historia y la realidad no como algo cerrado, predeterminado, sino como algo dinámico, abierto a nuevas posibilidades y en continua tensión hacia un futuro último, absoluto. Esa mirada hacia el futuro hace importante el presente, le ofrece un criterio de valoración, de orientación y de discernimiento. En el Evangelio del Reino de Dios nos encontramos con la siguiente tensión: por una parte, el final está pendiente, todavía no ha llegado ni se sabe “*cuándo*”; pero, por otra parte, ese mundo que esperamos ya ha comenzado a hacerse presente y operativo.

**La esperanza no es fácil.** En nuestro mundo no es fácil mantener encendida la estrella de la esperanza, pues se ha de vivir en una historia, en un mundo, a simple vista dominado por el imperio del mal; prevalece la injusticia, la mentira, la violencia, el sufrimiento, la muerte... En estas circunstancias, la Palabra de Dios nos invita a trascender la situación actual y a que dirijamos nuestra mirada hacia el futuro de Dios, que ya está actuando en el presente. A partir de ese futuro prometido la situación actual de opresión, explotación y violencia no se ha de vivir como simple determinismo histórico, sino como un pecado personal, social y estructural. Esperar es luchar contra este pecado; es oponerse a los dioses de este mundo y optar por Jesús y su nuevo orden de justicia, verdad y paz. Pero esta esperanza crece y se vive en un terreno difícil, ya que los dioses de este mundo se opondrán con todas sus fuerzas y estrategias a que el pueblo se libere de los nuevos faraones.

Por eso, Jesús, consciente de esta dificultad, nos advierte: «*Os perseguirán y os entregarán a la cárcel... y hasta vuestros amigos os traicionarán y a alguno de vosotros os matarán y todos os odiarán por mi causa*». Pero, nos promete que Él estará con nosotros y nos protegerá. No hay esperanza auténtica, activa y liberadora sin miedo, sin angustia; son la otra cara de la esperanza, y hacen que la esperanza sea previsoras de lo que va a suceder y así poner los medios. El estar muy animosos sin esa previsión, aleja de lo real. Por otro lado, la previsión sin el ánimo esperanzado nos acobarda, nos hace depresivos, agresivos, nos autodestruye.

Hay que aprender a esperar en medio de peligros y aprender la lección del miedo, que nos hace ser realistas. Esta experiencia de miedo y angustia, no hay que reprimirla, sino expresarla, ya que es necesaria para preservar la esperanza cristiana sobre la esperanza de optimismos fáciles, para precaver contra falsos profetas, que dicen: «*paz, paz, y no hay paz*» (Jeremías 8,11); contra los ligeros y superficiales profetas del sistema que gritan: “*diversión, alegría, alegría*”, cuando nos rodea por todas partes el llanto. La esperanza nos libera de semejantes errores, pero no podemos olvidar que el núcleo y fundamento de nuestra esperanza no son las fuerzas y estrategias humanas, sino la confianza total en la promesa y en la fuerza de Dios que triunfa en la debilidad.

Esta esperanza nos aporta la luz de que la última palabra sobre la historia ya está dicha. No será ninguna potencia humana, ningún dictador, ninguna clase dominante quien decidirá el destino del ser humano. Es el amor de Dios que resucitó a Jesús y en Él todos resucitaremos.

**JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO**

1ª lectura (2º Samuel 5,1-3): *Tú serás el pastor de mi pueblo.*

2ª lectura (Colosenses 1,12-20): *...por medio de él fueron creadas todas las cosas.*

Evangelio (Lucas 23,35-43): *«Este es el rey de los judíos.»*

En ciertos ambientes y mentalidades suena a algo extraño la fiesta de hoy, **«Cristo Rey»**. Quizá esta extrañeza se deba a la experiencia negativa y también dolorosa de los imperios de este mundo, de los reyes, jefes de Gobierno, etc. *“La fiesta de Cristo Rey fue instituida por Pío XI, el 11 de marzo de 1925 y quedó fijada el domingo anterior a «Todos los Santos». La encíclica «Quas primas» del 11/11/1925 dio el significado de esta fiesta al reconocer que «la mayoría de los hombres se habían alejado de Jesucristo y su ley santísima». “El texto papal afirma la soberanía de Cristo en instituciones, pueblos y naciones frente a una sociedad agnóstica o atea, y como Jesús es Rey, se concluía que la Iglesia ha de ejercer la realeza con todas sus consecuencias relativas a los derechos, privilegios e influencias”* (Casiano Floristán).

La actual fiesta, renovada por el Concilio en 1970, se denomina **«Festividad de Jesucristo, rey del Universo»**. Los textos actuales acentúan evangélicamente el señorío de Jesús y reconocen la autonomía del mundo y el servicio de la Iglesia a la sociedad. La realeza de Cristo no se visualiza en la Iglesia por los poderes o el esplendor, sino por la justicia, el servicio y la caridad. En la Biblia aparece un gesto de significación importante, la *“unción”*. En el A.T. se unguía a los reyes y, mediante esa unción, se le transmitía al rey el poder para ejercer su función. Pero esta función estaba relacionada con la defensa de la justicia, que era, según la mentalidad hebrea, la defensa de los pobres y desvalidos, es decir, la defensa eficaz, de los que por sí mismos no podían defenderse. Para la Biblia el gran defensor de la justicia a favor de los débiles es Dios mismo.

Ahora bien, Dios ejercía esta función, no directamente, sino por medio del rey. Por tanto, la tarea prioritaria del rey consistía en hacer justicia en nombre de Dios. Por eso, cuando en la Biblia se describe lo que era un rey ideal, se explica diciendo que él era el defensor de los pobres, desvalidos y marginados. Pues para esto eran ungidos los reyes de Israel: *«para dedicarse a la defensa de la justicia en nombre y en lugar de Dios»*. Y esa justicia consistía en la defensa de los pobres y desamparados de la tierra.

Ahora se comprende mejor la relación estrecha que se establece en el N.T. entre la *«unción del Espíritu Santo»* y la solidaridad con los pobres, los oprimidos y desgraciados. San Lucas en su evangelio nos dice que Jesús fue ungido por el Espíritu para *«dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los oprimidos»*. Y san Pedro nos dirá que Jesús, al que Dios ungió con el Espíritu Santo, *«pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con Él»*. Por tanto, recibir la unción del Espíritu es recibir la fuerza y el encargo en nombre de Dios de defender la justicia en favor de los más pobres y marginados de este mundo. Por aquí es por donde va el significado del ritual de la Confirmación.

El verdadero fundamento de la autoridad regia de Jesús no reside en los signos extraordinarios que realiza, ni en ningún código legal; esto lo que daría sería poder legal, pero no daría autoridad evangélica; ni siquiera en que se presente ante el pueblo, diciendo que viene de parte de Dios y con poderes divinos. El fundamento decisivo de su autoridad reside en su forma de vivir y de relacionarse con los otros, con los justos y pecadores, con los ricos y los pobres, con los sanos y los enfermos, con los poderosos y los débiles, con los grandes y los pequeños. Sobre todo, su sensibilidad ante el sufrimiento de los más desgraciados fue de tal calidad humana que le otorgó una gran autoridad, la cual se basa no en el poder que impone y domina, que castiga y crea miedo, sino en la ejemplaridad que libera y convence.

Todo esto llega a su culmen en su entrega total en la cruz. Y aquí radica el fundamento de la autoridad. El rebajarse hasta la muerte de cruz emerge como signo decisivo de la autenticidad y legitimidad de la autoridad o realeza de Cristo. De este modo, la cruz se muestra como criterio decisivo, de si la autoridad en la Iglesia es reflejo de la autoridad evangélica, transparencia de la de Cristo, o si es reflejo del poder del mundo, del que nos habla el evangelio: *«No será así entre vosotros»*.

Existe una clara diferencia entre el poder de este mundo y la fuerza de la ejemplaridad del crucificado. El poder crea dominación y uniformidad en donde toda diferencia es proscrita cual mancha en la belleza unitaria, produciendo desresponsabilización personal y sumisión. Por el contrario, la fuerza de la ejemplaridad en el servicio no crea dominación, ni se impone, ni castiga, ni condena, sino que convence, produciendo libertad creadora y una auténtica comunión, esto es, una unidad en la diversidad e igualdad.

También Pablo apelará a la cruz de Cristo para autenticar su autoridad como evangelizador y apóstol. Una falsa o deficiente comprensión del ministerio de Cristo tiene consecuencias desastrosas en el creyente y en la concepción de los ministerios eclesiales. La verdadera autoridad evangélica en la Iglesia no se puede separar de la cruz.